

ADRIAN MOLE

Los años salvajes
(1993)



Sue Townsend

Traducción:

Julio Tamayo

cinelacion@yahoo.es

A mis hermanas, Barbara y Kate

*«Lo que se ha ido y ya no tiene remedio,
debería ser motivo de duelo.»*

William Shakespeare, “Cuento de invierno”

ÍNDICE

Dedicatoria y cita.....	3
-------------------------	---

1991

Invierno.....	7
Primavera.....	51
Verano.....	81
Otoño.....	109

1992

Invierno.....	133
Primavera.....	165

1993

Mole cocina su ganso.....	175
---------------------------	-----

Invierno

Martes 1 de enero de 1991

Empiezo el año con un fuerte dolor de cabeza y temblores en las extremidades, debido a la excesiva cantidad de alcohol que fui forzado a beber en la fiesta de mi madre anoche.

Estaba bastante a gusto sentado en una silla del comedor, viendo bailar y tomando un refresco bajo en calorías, pero mi madre no paraba de gritarme: «¡Únete, cara de pez!» y no paró hasta que me bebí una copa y media de Lambrusco.

Mientras me servía el vino en un vaso de plástico, la observé detenidamente. Sus labios estaban rodeados de finas líneas, como numerosos lechos de río que desembocaban en un lago escarlata; su cabello era rojo y brillante casi hasta la raíz, donde una capa gris revelaba la verdad: su cuello estaba flácido, su escote arrugado y su vientre sobresalía del pequeño vestido negro (*muy* pequeño) que llevaba. La pobre mujer tiene cuarenta y siete años, veintitrés años mayor que su segundo marido. Sé con certeza que él, Martin Muffet, *nunca* la ha visto sin maquillaje. Sus fundas de almohada son un desastre; están cubiertas de pintalabios y rímel.

No tardé en encontrarme en la improvisada pista de baile del salón de mi madre, bailando al son de «El baile de los pajaritos», junto a Pandora, el amor de mi vida; el nuevo amante de Pandora, el profesor Jack Cavendish; Martin Muffet, mi padrastro con aires de niño; Iván y Tania, los padres bohemios de Pandora; y otros amigos y familiares de mi madre, todos algo ebrios. Cuando la canción alcanzó su clímax, me vi reflejado en el espejo sobre la chimenea. Estaba agitando los brazos y sonriendo como un lunático. Me detuve de inmediato y volví a la silla del comedor. Bert Baxter, que cumplió cien años el año pasado, bailaba torpemente en su silla de ruedas, lo que provocó algunos percances; mi tobillo izquierdo todavía está magullado e hinchado, gracias a su imprudencia. Además, tengo una gran mancha de remolacha en la parte delantera de mi camisa blanca nueva, causada por él, que lanzó uno de sus sándwiches de remolacha por la habitación creyendo erróneamente que era un petardo. Pero el pobre viejo casi seguro que morirá este año —ya recibió su telegrama de la Reina—, así que no le cobraré la limpieza en seco especializada que mi camisa casi seguro requerirá.

Llevo más de diez años cuidando de Bert Baxter, volviendo de Oxford para visitarle, comprándole sus asquerosos cigarrillos, cortándole las horribles uñas de los pies, etc. ¿Cuándo acabará esto?

Mi padre se coló en la fiesta a las 11:30. Su excusa fue que quería hablar urgentemente con mi abuela. Ahora está muy sorda, así que se vio forzado a gritar por encima de la música. «Mamá, no encuentro el nivel».

¡Qué excusa tan patética! ¿Quién usaría un nivel en Nochevieja, aparte de un fontanero de urgencia? Era una petición lamentable de un divorciado solitario de cuarenta y nueve años, cuyo traje azul marino de mediados de los ochenta necesitaba una limpieza y cuyos mocasines marrones debían desecharse. Había hecho lo que pudo con el pelo que le quedaba, pero no fue suficiente.

«¿Sabes dónde está el nivel?», insistió mi padre, mirando hacia la mesa de las bebidas. Luego añadió: «Estoy colocando losas». Me reí a carcajadas ante una mentira tan obvia.

Mi abuela parecía desconcertada y volvió a la cocina para calentar los rollitos de salchicha en el microondas, y mi madre, muy amablemente, invitó a su ex-marido a unirse a la fiesta. Enseguida se quitó la chaqueta y se puso a bailar frug [derivación del twist] en la pista con mi hermana Rosie, de ocho años. Me daba muchísima vergüenza ajena ver a mi padre bailar (su modelo sigue siendo Mick Jagger); así que subí a cambiarme de camisa. De camino, me crucé con Pandora y Barbazul Cavendish en un apasionado abrazo medio dentro del armario de la ropa blanca. Tiene edad para ser su padre.

Pandora ha sido mía desde que tenía trece años y me enamoré de su cabello color melaza. Simplemente se hace la difícil. Solo se casó con Julian Twyselton-Fife para darme celos. No puede haber otra posible razón. Julian es un semiaristócrata bisexual que ocasionalmente usa monóculo. Se esfuerza por ser excéntrico, pero continúa sin lograrlo. Es un hombre de lo más común con acento de clase alta. Ni siquiera es guapo. Parece un caballo con dos patas. Y en cuanto a su romance con Cavendish, un hombre que viste como un vagabundo, es incomprensible. Pandora lucía particularmente hermosa con un vestido rojo sin hombros, del que sus pechos amenazaban con escapar. Nadie habría adivinado, al verla, que ahora era la Dra. Pandora Braithwaite, que hablaba con fluidez ruso, serbocroata y otros idiomas poco comunes. Se parecía más a una de esas supermodelos que desfilan por las pasarelas que a una Doctora en Filosofía. Sin duda, aportó glamour a la fiesta: a diferencia de sus padres, que iban vestidos como siempre con su estilo beatnik de los años cincuenta — jerséis de cuello alto y pana. No es de extrañar que ambos sudaran a mares mientras bailaban al ritmo de Chuck Berry.

Pandora me sonrió mientras se acomodaba el pecho izquierdo dentro del vestido, y sentí como si me traspasara el corazón. La amo de verdad. Estoy dispuesto a esperar hasta que recapacite y se dé cuenta de que solo hay un hombre en el mundo para ella, y ese soy yo. Esa es la razón por la que la seguí a Oxford y me instalé temporalmente en su trastero. Llevo allí un año y medio. Cuanto más se exponga a mi presencia, antes apreciará mis cualidades. He sufrido humillaciones diarias al verla con su marido y sus amantes, pero cosecharé los frutos más adelante, cuando sea la orgullosa madre de nuestros seis hijos y yo sea un autor famoso.

Cuando dieron las doce, todos se tomaron de las manos y cantaron «Auld Lang Syne» [“Por los viejos tiempos”, canción tradicional escocesa]. Miré a mi alrededor: a Pandora, a Cavendish, a mi madre, a mi padre, a mi padrastro, a mi abuela, a los padres de Pandora, Ivan y Tania Braithwaite, y al perro. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Tengo casi veinticuatro años, pensé, ¿y qué he hecho con mi vida? Y, mientras el canto se desvanecía, me respondí a mí mismo: nada, Mole, nada.

Pandora quería pasar la primera noche del Año Nuevo en Leicester, en casa de sus padres con Cavendish, pero a las 12:30 de la madrugada le recordé que ella y su anciano amante me habían prometido llevarme de vuelta a Oxford. Le dije: «Entro de servicio en ocho horas en el Departamento de Medio Ambiente. ¿A las 8:30 en punto?».

Ella me respondió: «¡Por Dios! ¿No puedes tomarte un maldito día libre sin permiso? ¿Tienes que rendirle pleitesía a ese comisario Brown?».

Le contesté, con dignidad, espero: «Pandora, algunos mantenemos nuestra palabra, a diferencia de ti, que el jueves 2 de junio de 1983 prometiste casarte conmigo en cuanto terminaras tus estudios preuniversitarios».

Pandora se rió, derramando el whisky puro de su vaso. «Tenía dieciséis años», dijo. «Vives en una especie de bucle temporal».

Ignoré el insulto. «¿Me llevarás a Oxford como prometiste?», espeté, secando las gotas de whisky de su vestido con una servilleta de papel cubierta de renos.

Pandora le gritó a Cavendish, que estaba conversando con la abuela sobre la falta de apetito del perro: «¡Jack! ¡Adrian insiste en que lo lleves de vuelta a Oxford!».

Barbazul puso los ojos en blanco y miró su reloj.

«¿Me da tiempo a tomar otra copa, Adrian?», preguntó.

«Sí, pero solo agua mineral. Tú conduces, ¿no?», le dije.

Volvió a poner los ojos en blanco y cogió una botella de Perrier. Mi padre se acercó y él y Cavendish recordaron con nostalgia los Buenos Viejos Tiempos, cuando podían tomarse diez pintas en el pub, subirse al coche y marcharse «sin que la policía les pisara los talones».

Eran las dos de la madrugada cuando por fin salimos de casa de mi madre. Luego tuvimos que pasar por casa de los Braithwaite para recoger la bolsa de viaje de Pandora. Me senté en el asiento trasero del Volvo de Cavendish y escuché su conversación banal. Pandora lo llama «Buenorro» y Cavendish la llama «Monita».

Me desperté en las afueras de Oxford y la oí susurrar: «¿Qué te parecieron las fiestas en Casa Mole, buenorro?».

Y le oí responder: «Como prometiste, Monita, deliciosamente vulgares. Me lo pasé de maravilla». Ambos se giraron para mirarme, así que fingí dormir.

Empecé a pensar en mi hermana Rosie, que, en mi opinión, está totalmente mimada. La cabeza de peluca de la marca *Gins' World* que había pedido para Navidad llevaba abandonada en el alféizar de la ventana del salón desde el día de San Esteban (Boxing Day), mirando hacia el jardín, igualmente descuidado. Su pelo rubio retráctil estaba irremediablemente enredado y su rostro manchado de maquillaje chillón. Rosie había estado bailando antes con Iván Braithwaite de una manera totalmente impropia para una niña de ocho años. Parecían Lolita y Humbert Humbert.

Nabokov, colega escritor, deberías haber estado vivo ese día. ¡Incluso a ti te habría impactado ver a Rosie Mole haciendo pucheros con su minifalda negra, medias rosas y top corto morado!

He decidido llevar un diario completo, con la esperanza de que mi vida parezca más interesante al escribirla. Desde luego, no es interesante vivir mi vida actual. Es increíblemente tediosa.

Miércoles 2 de enero

Llegué diez minutos tarde al trabajo esta mañana. Se le cayó el tubo de escape al autobús. El señor Brown no mostró ninguna compasión. Me dijo: «Deberías comprarte una bicicleta, Mole». Le expliqué que me han robado tres bicicletas en dieciocho meses. Ya no puedo permitirme proporcionarles a los delincuentes de Oxford un medio de transporte ecológico.

Brown espetó: «Pues *camina*, Mole. ¿Levántate más temprano y *camina*?».

Entré en mi cubículo y cerré la puerta. Había un mensaje en mi escritorio que me informaba de que se había descubierto una colonia de tritones en Newport Pagnell. Su hábitat se encuentra en medio de la nueva circunvalación proyectada. Llamé a la Oficina de Medio Ambiente del Departamento de Transporte y advertí a un tal Peter Peterson que las obras de la circunvalación podrían sufrir retrasos.

«Pero eso es una maldita barbaridad», dijo Peterson. «Nos costaría cientos de miles de libras desviar esa carretera, ¿y todo para salvar a unos cuantos reptiles asquerosos?».

Esa es también mi opinión personal sobre los tritones. Estoy harto de ellos. Pero me pagan por defender su derecho a sobrevivir (al menos en público), así que le di a Peterson mi habitual charla sobre la conservación de los tritones (y le señalé que los tritones son anfibios, no reptiles). Pasé el resto de la mañana redactando el caso de Newport Pagnell.

A la hora del almuerzo salí del Departamento de Medio Ambiente y fui a recoger mi chaqueta de la tintorería. Se me olvidó coger el recibo. (Estaba en casa, siendo usado como marcapáginas en el libro de Colin Wilson, *El extraño*. El señor Wilson nació en Leicester, como yo).

La mujer de la tintorería se negó a entregarme mi chaqueta, ¡a pesar de que se la señalé colgada en el perchero! Me dijo: «Esa chaqueta tiene una insignia de la Legión Británica. Eres demasiado joven para pertenecer a la Legión Británica».

Un estudiante universitario detrás de mí soltó una risita.

Enfurecido, le dije a la mujer: «Es obvio que te enorgulleces de tus dotes de detective. Quizás deberías escribir un episodio del *Inspector Morse* para la televisión». Pero la pedante no me hizo caso.

El estudiante se adelantó y le entregó un edredón apestoso, exigiendo el servicio de cuatro horas.

No me quedó más remedio que ir a casa a recoger el recibo, volver a la tintorería y luego correr con la chaqueta, envuelta en plástico, colgada al hombro, hasta la oficina. Tengo una cita a ciegas esta noche y es lo único que tengo para ponerme.

Mi última cita a ciegas terminó prematuramente cuando la señorita Sandra Snape (no fumadora, veinticinco años, vegetariana: pelo oscuro, ojos marrones, metro sesenta y ocho, no sin atractivo) salió corriendo del Burger King,

alegando que había dejado la tetera en el fogón. Ahora estoy convencido, sin embargo, de que la tetera era solo una excusa. Cuando volví a casa esa noche, descubrí que el dobladillo de mi abrigo militar estaba descosido por detrás. A las mujeres no les gustan los dejados.

Llegué veinticinco minutos tarde al trabajo. Brown me estaba esperando en mi cubículo. Blandía mis cifras de tritones de Newport Pagnell. Al parecer, me había equivocado en mi proyección de nacimientos de tritones vivos para 1992. En lugar de 1.200, había puesto 120.000. Un error fácil de cometer.

«¿Ciento veinte mil tritones en 1992, eh, Mole?», se burló Brown. «Los buenos ciudadanos de Newport Pagnell se verán inundados de anfibios».

Me dio una advertencia oficial sobre mi impuntualidad y me ordenó que regara mi cactus. Luego se fue a su oficina, llevándose mis papeles con él. Si pierdo mi trabajo, estoy acabado.

11:30 p.m.

Mi cita a ciegas no apareció. Esperé dos horas y diez minutos en el Burger King del centro. ¡Gracias, Sra. Tracy Winkler (rubia tranquila, veintisiete años, no fumadora, amante de los gatos y los paseos por el campo)!

Esta es la última vez que escribo a un apartado de correos del *Oxford Mail*. De ahora en adelante, solo usaré la sección de cartas al director de la *London Review of Books* [Revista de Libros de Londres].

Jueves 3 de enero

Tengo problemas terribles con mi vida sexual. En resumen, no *tengo* vida sexual. Al menos no con otra persona.

Anoche no pude dormir, preguntándome: ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Soy grotesco, sucio, repelente? No, no soy nada de esas cosas. ¿Soy de aspecto normal, limpio, agradable? Sí, soy todas esas cosas. Entonces, ¿qué estoy haciendo mal? ¿Por qué no puedo llevar a una joven de aspecto normal a mi cama?

¿Exudo un olor desagradable que todos perciben menos yo? Si es así, espero por Dios que alguien me lo diga y pueda buscar ayuda médica de un especialista en glándulas.

A las 3 de la madrugada, mi sueño se vio interrumpido por el sonido de un violento altercado. Esto no es inusual, ya que esta casa alberga a mucha gente, la mayoría estudiantes universitarios ruidosos y borrachos, que se pasan la noche en vela discutiendo sobre las cualidades de distintas marcas de cerveza. Bajé las escaleras en pijama y justo a tiempo vi a Tariq, el estudiante iraquí que vive en el sótano, siendo llevado por una pandilla de hombres con aspecto de delincuentes.

Tariq gritó: «¡Adrian, sálvame!». Le dije a uno de los hombres: «Déjalo ir o llamaré a la policía».

Un hombre con la nariz rota dijo: «*Somos* la policía, señor. Su amigo está siendo expulsado del país por orden del Ministerio del Interior».

Pandora apareció en lo alto de las escaleras del sótano. Llevaba muy poca ropa, acababa de levantarse de la cama. Preguntó con su tono más imperioso: «¿Por qué expulsan al señor Aziz?».

«Porque», dijo el matón, «la presencia del señor Aziz no es conveniente para el bien público, por razones de seguridad nacional. ¿No ha oído que hay una guerra?», añadió, mirando con lujuria el camisón de satén de Pandora, a través del cual se veía claramente el contorno de sus pezones.

Tariq gritó: «Soy estudiante del Brasenose College y miembro de los Jóvenes Conservadores: ¡no me interesa la política!».

No pudimos hacer nada para ayudarlo, así que Pandora y yo volvimos a la cama. Aunque no a la misma, por desgracia.

A las nueve de la mañana siguiente, llamé al casero, Eric Hardwell, desde el teléfono de su coche, y le pregunté si podía mudarme al piso del sótano, ahora vacante. Estoy harto de vivir en el trastero de Pandora. Hardwell estaba de mal humor porque estaba atascado en el tráfico, pero accedió, con la condición de que le diera un depósito de 1.000 libras, tres meses de alquiler por adelantado (1.200 libras), una referencia bancaria y una carta de un abogado que indicara que no encenderé velas, no usaré freidora ni criaré perros bull terrier en el sótano.

Tendré que quedarme aquí, en el sótano. Necesito usar mi freidora a diario.

Lenin tenía razón: todos los caseros *son* unos bastardos.

Alguien que se parecía a Tariq estaba en el programa *Newts At Ten* [Tritones a las diez]; saludaba desde la escalerilla de un avión con destino al Golfo. Le devolví el saludo por si acaso era él.

Corrección: Quería decir, por supuesto, *News At Ten* [Noticias a las Diez].

Viernes 4 de enero

Me desperté por la mañana y no pude volver a dormirme. Mi mente insistió en recordar todas mis humillaciones pasadas. Una a una desfilaron ante mí: el acoso que sufrí por parte de Barry Kent hasta que mi abuela lo detuvo; el día en Skegness en que mi padre nos dio la noticia a mi madre y a mí de que su hijo ilegítimo, Brett, había nacido de su amante, Stick Insect [Bicho Palo]; el fatídico día en que mi madre se escapó a Sheffield para tener un breve romance con el señor Lucas, nuestro engreído vecino; el día en que supe que había suspendido Biología de nivel avanzado por tercera vez; el día en que Pandora se casó con un hombre bisexual.

Luego, tras las humillaciones, llegaron los *faux pas* [meteduras de pata], una marcha implacable: la vez que inhalé pegamento y se me pegó un avión de juguete a la nariz; el día que nació mi hermana Rosie y no pude sacar la mano del tarro de espaguetis donde guardaba el billete de cinco libras para el taxi al hospital de maternidad; la vez que le escribí al señor John Tydeman de la BBC y me dirigí a él como «Johnny».

A la procesión de *faux pas* le siguió un desfile de episodios de cobardía moral: la vez que crucé la calle para evitar a mi padre porque llevaba un gorro rojo con pompón; mi cobardía cuando mi madre tuvo un ataque de ira menopáusica en el mercado de Leicester — no debí haberme alejado y escondido detrás de aquel puesto de flores; el día que, en un ataque de celos, destruí las entradas de cortesía para el primer concierto profesional de Barry Kent en el circuito de poesía y le eché la culpa al perro; mi deserción de Sharon Bott cuando anunció que estaba preñada.

Me desprecio a mí mismo. Merezco mi infelicidad. Soy una persona verdaderamente detestable.

Sentí alivio cuando mi despertador portátil me sacó de mi sombría ensoñación y me indicó que eran las 6:30 de la mañana y que era hora de levantarme.

Pezones de A. Mole

Como frambuesas
recién sacadas del congelador
Lengua y labios que invitan
pero advierten: no morder
Todavía no
pronto
Pero aún no

Tengo horario flexible y había acordado empezar a trabajar a las 7:30 a.m., pero, por alguna razón, aunque salí de mi habitación a las 7 a.m., no llegué al trabajo hasta las 8 a.m. «Un trayecto de medio kilómetro me llevó una hora. ¿Adónde fui? ¿Qué hice? ¿Tuve un desmayo en el camino? ¿Me asaltaron y me dejaron inconsciente? ¿Estoy, incluso mientras escribo, sufriendo una pérdida de memoria?».

Pandora me dice constantemente que necesito ayuda psiquiátrica urgente. Quizás tenga razón. Siento que me estoy volviendo loco; que mi vida es una película y que soy un mero espectador.

Sábado 5 de enero

Julian, el marido adinerado de Pandora, ha regresado de sus vacaciones navideñas en el campo con sus padres. Se estremeció al entrar por la puerta principal del piso.

«¡Dios mío!», exclamó. «La despensa de Twyselton Manor es más grande que este maldito agujero».

«¿Entonces por qué has vuelto, cariño?», preguntó Pandora, su supuesta esposa.

«¿Por que, *ma femme* [mi mujer], mis padres, pobres criaturas ilusas, están pagando un montón de dinero para que me quede aquí en Oxford estudiando chino?». Soltó una risa estridente. (Y vaya si tiene dientes para ello).

«Pero si no has asistido a una clase en más de un año», dijo la Dra. Braithwaite (12 sobresalientes, 5 notables, licenciatura con honores y doctorado).

«Pero mis profesores son todos unos hombrecitos tan aburridos».

«Es una lástima, marido», dijo Pandora. «Eres el hombre más listo de Oxford y el más vago. Si no tienes cuidado, acabarás en el Parlamento».

Después de que Julian arrojara su maltrecha maleta de piel de cerdo a su habitación, regresó a la cocina, donde Pandora estaba picando puerros y yo me ejercitaba con mi nuevo desatascador. «¿Qué hay de nuevo, queridas?», dijo, encendiendo uno de sus asquerosos cigarrillos rusos.

Pandora dijo: «Estoy enamorada de Jack Cavendish, y él está enamorado de mí. ¿No es absolutamente maravilloso?». Sonrió extasiada y picó los puerros con renovado fervor.

«¿Cavendish?», preguntó Julian, desconcertado. «¿No es ese viejo cascarrabias lingüista que no puede controlar sus impulsos sexuales?».

Los ojos de Pandora brillaron peligrosamente. «Me juró que de ahora en adelante su estilo de vida será estrictamente no poligínico», dijo.

Se estiró para colocar el cuchillo en su soporte magnético y su camiseta corta se subió, dejando al descubierto su delicado abdomen. Clavé el desatascador con fuerza en el contenido grasiento del fregadero, imaginando que la cabeza de Cavendish estaba en el extremo del palo de madera, en lugar de en la ventosa de goma negra.

Julian resopló con complicidad. «Cavendish no sabe lo que significa la palabra «no poligínico». ¿No es un mujeriego empedernido?»

«Sí, lo era», insistió Pandora, añadiendo: «Y *por supuesto* que sabe el significado de la palabra “no poligínico”: es profesor de Lingüística».

Dejé el desatascador flotando en el fregadero y fui a mi trastero, saqué mi *Diccionario Oxford Condensado* de la estantería y, con la ayuda de la lupa, busqué la palabra «no poligínico». Entonces solté una risa cínica y sonora. Lo suficientemente fuerte, esperaba, como para que me oyeran en la cocina.

Domingo 6 de enero

Me desperté a las 3 de la mañana y me quedé despierto recordando la vez que Pandora y yo casi llegamos hasta el final. Todavía la amo. Pretendo ser su segundo esposo. Y además, adoptará mi apellido. En privado, se la conocerá como la «Sra. Adrian Albert Mole».

Al ver el vientre de Pandora

La gloriosa línea de costa desde la caja torácica

Hasta la pelvis

Como una ensenada

Una bahía

Un refugio seguro

Quiero navegar

Explorar

Tomar lecturas de las estrellas

Recorrer cuidadosamente con mis dedos

La línea de costa

Y finalmente guiar mi barco, mi destructor, mi embarcación de placer

Hacia tu puerto y más allá

6:00 p.m.

El fregadero sigue atascado. Trabajé tres horas en la cocina, añadiendo vocales a la primera mitad de mi novela experimental *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria*, que originalmente solo contenía consonantes. Han pasado dieciocho meses desde que se la envié a Sir Gordon Giles, agente del príncipe Carlos, y me la devolvió sugiriéndome que añadiera las vocales.

¡He aquí! Las colinas planas de mi patria explora al hombre de finales del siglo XX y su dilema, focalizándose en un «Hombre Nuevo» que vive en una ciudad de provincias de Inglaterra.

El estilo es en gran medida lawrentiano, con un toque de la oscuridad dostoievskiana y un matiz de lirismo hardyano.

Predigo que algún día será lectura obligatoria en el GCSE [Certificado General de Educación Secundaria].

Salí de la cocina a empujones por la llegada de ese cenicero arrugado con patas, Cavendish, que había sido invitado al almuerzo del domingo. No llevaba ni dos minutos en el piso cuando ya estaba descorchando una botella y sirviéndose vasos del armario. Luego se sentó en *mi* silla, que acababa de quedar libre, en la mesa de la cocina y empezó a decir disparates sobre la Guerra del Golfo, prediciendo que terminaría en cuestión de meses. Yo predigo que será el segundo Vietnam de América.

Julian entró en la cocina, con su pijama de seda y un ejemplar de la revista *¡Hola!*

«Julian», dijo Pandora—, «te presento a mi amante, Jack Cavendish». Se giró hacia Cavendish y dijo: «Jack, este es Julian Twyselton-Fife, mi marido». El marido de Pandora y su amante se estrecharon la mano.

Me aparté con disgusto. Soy tan liberal y civilizado como cualquiera. De hecho, en algunos círculos se me considera una persona de pensamiento bastante avanzado, pero incluso yo me estremecí ante la absoluta depravación que implicaba esta presentación.

Salí del piso a tomar el aire. Cuando regresé de mi paseo por la circunvalación exterior dos horas después, Cavendish seguía allí, contando anécdotas tediosas sobre sus numerosos hijos y sus tres ex-mujeres. Calenté mi almuerzo dominical en el microondas y me lo llevé a mi trastero. Pasé el resto de la noche escuchando risas en la habitación de al lado. Me desperté a las dos de la madrugada y no pude volver a dormirme. Llené dos páginas A4 ideando torturas para Cavendish. No son las acciones de un hombre racional.

Torturas para Cavendish

- 1) Encadenarle a la pared con un vaso de agua *justo* fuera de su alcance.
- 2) Encadenarle desnudo a una pared mientras un grupo de chicas guapas pasa a su lado, burlándose cruelmente de su pene flácido y erecto.
- 3) Obligarle a sentarse en una habitación con Ivan Braithwaite, mientras Ivan habla sobre los detalles de la Constitución del Partido Laborista, con especial referencia a la Cláusula Cuatro. (Esto sí que es una verdadera tortura, como puedo atestiguar).
- 4) Mostrarle un vídeo de Pandora casándose conmigo. Ella radiante de blanco, yo con sombrero de copa y frac, señalando a Cavendish con dos dedos enguantados.

Que el castigo sea proporcional al delito.

Lunes 7 de enero

Hoy he empezado a dejarme barba.

Algunos tritones de Newport Pagnell han cruzado la carretera. Llamé a Peterson, del Departamento de Transporte, para informarle. Obviamente, ha habido una división en la comunidad. Sospecho que un tritón hembra está detrás de todo esto: *cherchez la femme* [busquen a la mujer].

Miércoles 9 de enero

Por primera vez en mi vida, no tengo ni una sola imperfección, pústula ni grano. Durante el desayuno, le comenté a Pandora que mi cutis estaba impecable, pero ella se detuvo mientras se aplicaba el rímel, me miró fríamente y dijo: «Necesitas un afeitado».

Pasé diez minutos en el lavabo con el desatascador antes de ir a trabajar, pero fue en vano. Pandora dijo: «Tendremos que llamar a un hombre de verdad».

¿Se da cuenta Pandora del impacto que esas palabras, pronunciadas con tanta naturalidad, han tenido en mí? ¡Me ha despojado de mi identidad de género! ¡Me ha cortado mis pobres e inútiles testículos!

Jueves 10 de enero

Brown me aconsejó que me afeitara. Me negué. Quizás deba consultar con el Sindicato de Funcionarios Públicos.

Viernes 11 de enero

Solicité mi ingreso al CPSU [Sindicato Nacional del Sector Público]. Pandora encontró la lista de torturas de Cavendish en formato A4. Me concertó una cita con su amiga Leonora De Witt, que es psicoterapeuta. Acepté a regañadientes. Por un lado, me aterroriza mi inconsciente y lo que revelará sobre mí. Por otro, tengo muchas ganas de hablar de mí mismo sin parar durante una hora, sin interrupciones, dudas ni repeticiones.

Sábado 12 de enero

El más reciente ex-amante de Pandora, Rocky (Gran Chico) Livingstone, vino hoy al piso a pedir que le devolviera su mini equipo de sonido. Con su metro noventa de estatura y 90 kilos de puro músculo, Rocky es un hombre de verdad, si es que alguna vez he visto uno. Pandora había salido, se había reunido con algunos de los hijos de Cavendish en el Hotel Randolph. Así que, en su ausencia, le di el equipo de sonido. Desde que él y Pandora rompieron, Rocky ha abierto nuevos gimnasios en Kettering, Newmarket y Ashby de La Zouch. Él y su nueva novia, Carly Pick, siguen felices.

Rocky dijo: «Carly es una estrella, Aidy. La respeto mucho, ¿sabes?». Le conté a Rocky sobre el profesor Cavendish. Se indignó.

Dijo: «Esa Pandora es una *interesada*. Solo porque es lista, se cree...» Buscó la palabra adecuada y terminó: «lista».

Antes de irse, desatascó el fregadero. Se lo agradecí mucho. Estaba harto de lavar las ollas en el lavabo del baño. Ninguna de las cacerolas cabía bajo los grifos.

Me acerqué a la ventana y le vi alejarse en el auto. Carly Pick lo tenía abrazado por el cuello.

Domingo 13 de enero

El ultimátum para la Guerra del Golfo vence el 15, a medianoche. ¿Qué haré si me llaman a luchar por mi país? ¿Me cubriré de honor, o me mearé de miedo al oír el sonido de los disparos enemigos?

Lunes 14 de enero

Fui a Sainsbury y me abastecí de latas de frijoles, velas, galletas Jaffa, cerillas, pilas para linterna, paracetamol, multivitaminas, Ry-King [pan crujiente de centeno] y latas de carne en conserva, y las guardé en la alacena de mi trastero. Si la guerra se extiende hasta aquí, estaré bien preparado. Los otros en el piso tendrán que probar suerte. Predigo compras de pánico a una escala nunca antes vista en este país. Habrá peleas en los pasillos de los supermercados.

Cita con Leonora De Witt el viernes 25 de este mes a las 6 p.m.

Martes 15 de enero

Medianoche.

Estamos en guerra con Irak. Llamé a mi madre en Leicester y le dije que dejara al perro dentro. Tiene doce años y reacciona mal a los ruidos inesperados. Se rió y me dijo: «¿Te estás volviendo loco?». Le dije: «Probablemente», y colgué.

Miércoles 16 de enero

Compré dieciséis botellas de agua Highland Spring [Manantial de las Tierras Altas], por si se corta el suministro de agua debido a los bombardeos de la fuerza aérea iraquí. Me costó cuatro viajes desde la tienda Spar de la esquina hasta el piso, pero me siento más seguro sabiendo que no pasaré sed durante la inminente *Blitzkrieg* [guerra relámpago].

Brown no ha mencionado mi barba desde hace días. Está preocupado por el efecto que la «Operación Tormenta del Desierto» tendrá en la fauna del desierto. Le dije: «Me temo que considero que la fauna iraquí está del lado del enemigo. Estoy más preocupado por mi perro, que está en casa en Leicester».

«Siempre tan provinciano, Mole», dijo Brown con un gesto de desdén. Me sentí bastante insultado. Brown no lee nada, aparte de revistas sobre fauna, mientras que yo he leído a la mayoría de los grandes autores rusos y estoy a punto de embarcarme en *Guerra y Paz*. ¡Nada provinciano, Brown!

Jueves 17 de enero

He alquilado un televisor portátil a color, para poder ver la Guerra del Golfo en la cama.

Viernes 18 de enero

El portavoz del ejército estadounidense es un hombre que se hace llamar «Colon Powell». Cada vez que lo veo, pienso en intestinos y en el intestino grueso. Le resta importancia a la gravedad de la guerra.

Sábado 19 de enero

Bert Baxter me llamó hoy a la oficina. (Mataré a quien le haya dado el número). Quería saber «¿cuándo vais a venir a verme tú y mi chica favorita?». Su «chica favorita» es Pandora. ¿Por qué Bert no se *muere* de una vez como los demás pensionistas? Su calidad de vida no debe ser muy buena. No es más que una carga para los demás (para mí).

Fue un completo desagradecido cuando le cavé una tumba para su perro, Sabre, el año pasado. Aunque reto a cualquiera a cavar un hoyo más pulcro en tierra compactada con una pala de jardín oxidada. Si hubiera tenido una pala decente a mi disposición, *naturalmente*, la tumba habría quedado más pulcra. La verdad es que odiaba y temía a Sabre. El día que murió el pobre pastor alemán fue un día de regocijo para mí. Ya no tendría que soportar su aliento nauseabundo. Ya no tendría que forzarle a comer las pastillas de Bob Martin [comida para perros] entre sus horribles y feroces colmillos.

Bert parloteó un rato sobre la guerra, y luego me preguntó si había escuchado a mi viejo enemigo Barry Kent en *Stop the Week* [Detén la mañana] esta mañana. Al parecer, Kent estaba promocionando su primera novela, *Dork's Diary* [Diario de un inadaptado]. Ahora estoy completamente convencido de que Dios no puede existir. Fui yo quien animó a Kent a escribir poesía, y ahora me entero de que el ex-skinhead [cabeza rapada], cerebro de guisante congelado, ha escrito una novela, ¡¡¡y la ha publicado!!!

Pandora me contó esta noche que Kent hizo reír casi sin parar a Ned Sherrin, A. S. Byatt, Jonathan Miller y Victoria Mather. Al parecer, las líneas telefónicas de la BBC estaban colapsadas con oyentes preguntando cuándo se publicaría *Dork's Diary* (el lunes). Esto es, sin duda, la gota que colma el vaso. Mi cordura pende de un hilo.

Domingo 20 de enero

Pasaba por la librería Waterstone cuando vi lo que parecía ser Barry Kent en el escaparate. Levanté la mano para saludar y dije: «Hola, Baz», y entonces me di cuenta de que aquel skinhead sonriente era solo una figura de cartón. El escaparate estaba repleto de ejemplares de *Dork's Diary*. No me avergüenza decir que salieron palabrotas de mis labios.

Mientras hojeaba las páginas del delgado volumen, me llamó la atención no solo la gran cantidad de obscenidades, de las que el libro estaba repleto, sino también el nombre —«Aiden Vole»— dado a uno de los personajes. Este «Aiden Vole» está obsesionado con el sexo anal. Es chovinista, profundamente conservador y un fracaso con las mujeres. «Aiden Vole» es una escandalosa caricatura de mí, sin duda. He sido difamado. Consultaré con mi abogado mañana por la mañana. Le daré instrucciones (aún no tengo abogado) para que exija cientos de miles de libras en concepto de daños y perjuicios. No pude decidirme a comprar el libro. ¿Por qué iba a contribuir a las regalías de Kent? Pero al salir de la librería, vi que Kent leerá fragmentos de *Dork's Diary* el martes por la noche a las 7 p.m. Estaré entre el público. Kent saldrá de Waterstone [cadena de librerías más importante del Reino Unido] destrozado cuando termine con él.

Lunes 21 de enero

El Cubículo, DOE [Departamento de Medio Ambiente]

Acabo de escuchar a Kent en *Start the Week* [Comienza la semana] en mi radio portátil. Ciertamente ha extendido su vocabulario. Melvyn Bragg dijo que el personaje de Alden Vole era divertidísimo y preguntó si estaba basado en alguien real. Kent se rió y dijo: «Eres escritor, Melv; sabes de qué se trata. Vole es una amalgama de realidad y fantasía. Vole representa todo lo que más odio de este país, después de la nueva moneda de cinco peniques, claro». Los demás invitados —Ken Follett, Roy Hattersley, Brenda Maddox y Edward Pearce— se rieron a carcajadas.

Pasé el resto de la mañana buscando en las Páginas Amarillas un abogado con un nombre de confianza. Elegí y llamé a «Churchman [Clérigo], Churchman, Churchman y Luther [Lutero]». Tengo cita con el Sr. Luther el jueves a las 11:30 a.m. Se suponía que iba a visitar a los tritones de Newport Pagnell el jueves por la mañana con Brown, pero tendrá que enfrentarse a ellos solo. Mi reputación y mi futuro como novelista serio están en juego.

Alfred Wainwright, autor de guías de las colinas del Distrito de los Lagos, falleció hoy. Una vez usé los mapas del Sr. Wainwright cuando intenté hacer la ruta de costa a costa con el club juvenil «Fuera de las calles». Desafortunadamente, sufrí hipotermia media hora después de salir del albergue juvenil de Grimsby y tuve que abandonar mi intento de récord.

Martes 22 de enero

Reseña de *Dork's Diary* en el *Guardian*:

«Un relato deslumbrante de la vida provinciana *de finales de siglo*. Brillante. Oscuro. Hilarante. ¡Cómpralo!» Robert Elms

Trastero 10:00 p.m.

No pude entrar a ver a Kent; todas las entradas estaban vendidas. Intenté hablar con él cuando entró en la tienda, pero no pude acercarme. Estaba rodeado de prensa y gente de publicidad. Llevaba gafas de sol. En enero.

Miércoles 23 de enero

La barba va muy bien. Dos granos en el omóplato izquierdo. Un ligero dolor en el ano, pero por lo demás estoy en excelente condición física.

Leo la extensa entrevista que Barry Kent publicó en *El Independiente*. Mintió de principio a fin. Incluso mintió sobre la razón por la que fue enviado a prisión, alegando que fue sentenciado a dieciocho meses por varios actos de violencia, cuando sé muy bien que recibió cuatro meses por daños criminales a un seto de ligustro. Envié un fax a *El Independiente* para aclarar la situación. No me complació hacerlo, pero sin la Verdad no somos mejores que perros. La Verdad es lo más importante en mi vida. Sin la Verdad estamos perdidos.

Jueves 24 de enero

Esta mañana le mentí por teléfono a Brown y le dije que no podía visitar el hábitat de tritones de Newport Pagnell debido a una severa migraña. Brown despotricó sobre cómo «nunca había faltado un día al trabajo en veintidós años». Continuó presumiendo de que «incluso había expulsado varios cálculos renales enormes en el baño del trabajo». Quizás eso explique por qué el lavabo está agrietado.

Llegué tarde a mi cita con el Sr. Luther, el abogado, aunque salí del piso con tiempo de sobra —otra distorsión temporal o pérdida de memoria—, un misterio, en fin. Mientras le contaba a Luther (con gran detalle) las calumnias de Kent contra mí, le vi bostezar varias veces. Supongo que se había acostado tarde; tiene pinta de ser un disoluto. Llevaba brackets con fotos de Marilyn Monroe.

Finalmente levantó la mano y dijo: «Basta, ya he oído suficiente», con un tono irritado. Luego se inclinó sobre su escritorio y preguntó: «¿Es usted inmensamente rico?».

«No», respondí, «no inmensamente».

Entonces preguntó: «¿Es usted desesperadamente pobre?».

«No desesperadamente. Por eso...».

Luther me interrumpió antes de que pudiera terminar la frase: «Porque a menos que sea inmensamente rico o desesperadamente pobre, no puede permitirse ir a juicio. No tiene derecho a la asistencia jurídica gratuita y no puede pagarle a un abogado mil libras al día, ¿verdad?». «¿Mil libras al día?», dije, absolutamente atónito.

Luther sonrió, revelando una muela de oro.

Recordé el consejo de mi abuela: «Nunca confíes en un hombre con un diente de oro». Le agradecí al Sr. Luther con cortesía pero con frialdad y salí de su oficina. Menuda justicia la inglesa. Es la peor del mundo. Al pasar por la sala de espera, vi un ejemplar de *Dork's Diary* en la mesa de centro, junto a ejemplares de *Amnistía Internacional* y *El Republicano*.

Al llegar a casa, encontré una nota de Leonora De Witt informándome de que no podría asistir a nuestra cita de mañana. ¿Por qué? ¿Se está arreglando el pelo? ¿Le están instalando ventanas de doble acristalamiento en su consulta? ¿Han encontrado muertos a sus padres en la cama? ¿Soy tan insignificante que mi tiempo es un mero juguete para la Sra. DeWitt? Me sugirió una nueva cita: jueves 31 de enero a las 5:00 p.m. Le dejé un mensaje en su Ansafoe [contestador automático], aceptando el nuevo horario pero expresando mi descontento.

Sábado 26 de enero

Anoche estuve despierto viendo la «Operación Tormenta del Desierto». Siento que es lo mínimo que puedo hacer — después de todo, al gobierno británico le cuesta treinta millones de libras al día mantener a Kuwait como una democracia.

Domingo 27 de enero

Según el *Observador* de hoy, Kuwait no es ni ha sido nunca una democracia. Está gobernado por la familia real kuwaití. Barbazul se rió cuando se lo conté. «Todo tiene que ver con el *petróleo*, Adrian», dijo. «¿Crees que los yanquis estarían allí si el principal producto de Kuwait fueran los *nabos*?».

Pandora se inclinó y besó su nuca marchita. Cómo pudo permitir que su joven y vibrante piel entrara en contacto con su piel vieja y arrugada, nunca lo sabré. Tuve que ir al baño, respirar hondo y controlar las ganas de vomitar. ¿Para qué babear sobre *él* cuando podía tenerme a *mí*?

Mi madre llamó a las cuatro de la tarde. Oí a mi joven padrastro, Martin Muffet, martillando de fondo. «Martin está poniendo unas estanterías para mis chucherías», gritó por encima del alboroto. Luego me preguntó si había leído los extractos de *Dork's Diary* en el *Observador*. Pude responder con sinceridad. «No», dije. «Deberías», dijo mi madre. «Es absolutamente brillante. La próxima vez que veas a Baz, ¿le pedirás un ejemplar gratis, firmado para Pauline y Martin?».

Le dije: «Es muy improbable que vuelva a ver a Kent. No me muevo en los mismos ilustres círculos sociales que él».

«¿En qué ilustres círculos sociales te mueves, entonces?», preguntó mi madre.

«En ninguno», respondí con sinceridad. Luego colgué el teléfono y me fui a la cama, y me tapé la cabeza con el edredón.

Lunes 28 de enero

Los británicos Jo Durie y Jeremy Bates ganaron el dobles mixto en Melbourne. Esto sin duda apunta a un renacimiento del tenis británico.

La gatita [Pussy=Gatito=Coño] de Pandora
Me encanta su gatita
Su pelaje es tan cálido
Pero si la acaricio
Llamará a la policía y me identificará en
Una rueda de reconocimiento
Y me hará daño

Miércoles 30 de enero

Conmocionado al escuchar en Radio Cuatro que el rey Olav V de Noruega fue enterrado hoy. Su contribución al continuo éxito de la industria noruega del cuero es algo poco apreciado por la vasta mayoría del público británico [bolso bandolera Olav de Louis Vuitton]. El príncipe Carlos fue el representante de Inglaterra en el cementerio.

Tomé prestado de la biblioteca el libro *Escenas de la vida provincial* de William Cooper. Solo tuve tiempo de elegir un libro, porque encontraron un «paquete sospechoso» en la sección de novela romántica y la biblioteca fue evacuada. El fregadero se atascó de nuevo. Intenté desatascarlo durante la duración de *The Archers* [Los Arqueros, radionovela de la BBC], pero fue inútil.

Jueves 31 de enero

No llegué al consultorio de Thames Street hasta las 5:15 p.m. Leonora De Witt no estaba contenta.

«Tendré que cobrarle la hora completa, Sr. Mole», dijo, sentándose en un sillón cubierto con retazos de alfombra vieja. «¿Dónde le gustaría sentarse?», preguntó. Había muchas sillas en la sala. Elegí una silla de comedor que estaba apoyada contra la pared.

Una vez sentado, dije: «Tenía entendido que nuestras sesiones se realizarían bajo los auspicios del Servicio Nacional de Salud».

«Entonces se equivoca gravemente», dijo la Sra. DeWitt. «Cobro treinta libras la hora, bajo los auspicios del sistema de empresa privada».

«¡Treinta libras la hora! ¿Cuántas sesiones necesitaré?», pregunté.

Explicó que le era imposible predecir, que no sabía nada de mí. Que dependía de la causa de mi infelicidad.

«¿Cómo se siente ahora?», preguntó. «Aparte de un ligero dolor de cabeza, me siento bien», respondí. «¿Qué hace con las manos?», preguntó en voz baja.

«Me las estoy retorciendo», respondí. «¿Qué es eso en su frente?», preguntó. «Sudor», contesté, sacando mi pañuelo.

«¿Tiene los glúteos apretados, Sr. Mole?», insistió.

«Supongo que lo están», dije.

«Ahora, por favor, responda de nuevo a mi primera pregunta. ¿Cómo se siente en este momento?»

Sus grandes ojos marrones se clavaron en los míos. No pude apartar la mirada.

«Me siento totalmente miserable», dije. «Y mentí sobre el dolor de cabeza».

Habló largo y tendido sobre la técnica Gestalt.

Explicó que era posible enseñarme «mecanismos de afrontamiento». Aparte de Pandora, probablemente sea la mujer más adorable con la que jamás he hablado. Me costaba apartar la vista de sus pies con medias negras, que calzaban zapatos de ante negro de tacón alto. ¿Llevaba medias o pantis?

«Entonces, Sr. Mole, ¿cree que podemos trabajar juntos?», dijo.

Miró su reloj y se puso de pie. Su cabello parecía un río de medianoche que le caía por la espalda. Le afirmé con entusiasmo que me gustaría verla una vez por semana. Luego le di treinta libras y me marché.

Viernes 1 de febrero

Acabo de regresar de Newport Pagnell. Estoy hecho un manojo de nervios. Brown conducía como un poseso. En ningún momento excedió el límite de velocidad, pero se subió al bordillo, rozó los setos y, en el tramo de autopista de nuestro viaje, dejó apenas quince centímetros de espacio entre nuestro frágil Ford Escort y el coloso monolítico que teníamos delante.

«Se ahorra combustible si te mantienes en la estela del camión», dijo a modo de explicación. El hombre es un fanático ecologista. Pasó la pasada Navidad clasificando algas en Dungeness. No tengo nada más que añadir. Gracias a Dios por el fin de semana. O *le weekend*, como dicen nuestros amigos europeos.

Sábado 2 de febrero

El vizconde Althorp, hermano de la princesa Diana, ha confesado a su delgada esposa y al resto del mundo que tuvo una aventura en París. El príncipe Carlos y la princesa Diana debieron horrorizarse al descubrir que había un adúltero en la familia. Deberían despojarlo de su título inmediatamente. La Familia Real y sus allegados deberían estar por encima de tales instintos brutales. El país espera de ellos un ejemplo moral. Tomé un baño, lavé la barba, corté las uñas de manos y pies. Me puse aceite caliente en el pelo para nutrirlo, darle brillo y una apariencia saludable.

11:45 p.m.

Bert Baxter acaba de llamar. Sonaba patético. Pandora no estaba y en un momento de debilidad accedí a ir a visitarlo a Leicester mañana. Le escribí una nota a Pandora, la dejé en su almohada.

Pandora,

Baxter llamó muy angustiado, algo sobre suicidarse. — Tengo la intención de visitarle mañana. Me comentó que también deseaba verte. Pienso levantarme a las 8:30 para coger el tren, o, si quieres, acompañarme, mi alternativo *modus operandi* es levantarme a las nueve y que me lleves en tu coche, llegando así a Leicester aproximadamente sobre las 11:00 a.m. ¿Podrías por favor comunicarme tu decisión deslizando una nota por debajo de la puerta? Por favor no me molestes esta noche con los ruidos de vuestros apasionados encuentros amorosos. Las paredes de mi trastero son muy finas y estoy harto de dormir con mi Walkman Sony encendido.

Adrian

Domingo 3 de febrero

A las 2:10 de la madrugada, Pandora irrumpió en mi trastero y me insultó. Me arrojó la nota que le había enviado a la cara y gritó: «¡Eres un *nerd* [friki] pomposo, un patético *idiota!* ¡*Modus operandi!*!» «¡Que te lleve tu propio coche! ¡Quiero que te largues de este trastero y de mi vida, *mañana mismo!*»

Barbazul entró y se la llevó, y yo me quedé en la cama escuchándoles murmurar juntos en la cocina. ¿Qué provocó semejante arrebato sin motivo?

A las 3:30 de la madrugada entraron en la habitación de Pandora. A las 3:45 puse Dire Straits en mi Sony y subí el volumen al máximo.

No me desperté hasta el mediodía. Llamé a Bert y le dije que no podía visitarle porque había estado despierto toda la noche con dolores intestinales. Me di cuenta de que Bert no me creía. Me dijo: «Eres un maldito mentiroso. Acabo de hablar con mi chica, Pandora. Me llamó desde el teléfono de su coche. Miró en tu habitación antes de irse a Leicester y dijo que estabas durmiendo como un recién nacido».

«¿Por qué no me despertó entonces?», pregunté.

«Porque no te puede ni ver», dijo el diplomático.

Lunes 4 de febrero

Inexplicablemente llegué veintitrés minutos tarde al trabajo. Brown estaba prácticamente echando espuma por la boca. También me acusó de robar sellos de correos. Dijo: «¿Acaso el Departamento de Medio Ambiente no necesita cada penique para preservar nuestra fauna silvestre?».

¿Y si fuera cierto? ¿Acaso los tejones, los zorros, los renacuajos y los asquerosos y apestosos tritones van a morir porque yo, Adrian Mole, usé dos sellos de segunda clase pagados con mis impuestos? No, Brown. No lo creo.

Martes 5 de febrero

Pandora sigue en Leicester. Me he recortado la barba alrededor de la boca. Me he tragado los restos de pelo. Uno se me ha quedado atascado en la parte posterior de la garganta; es molesto.

Miércoles 6 de febrero

¡Brown entró hoy en mi cubículo y exigió ver mis certificados de bachillerato! Había oído rumores en la oficina de que había suspendido Biología tres veces.

La única persona en Oxford —aparte de Pandora— que sabe de mi triple suspenso es Megan Harris, la secretaria de Brown. Se lo confesé en estado de embriaguez y con las emociones a flor de piel en la fiesta de Navidad del Departamento de Medio Ambiente el año pasado. Solo ella sabe que mi puesto como Oficial Científico de Grado Uno me fue concedido con medios fraudulentos. ¿Habrá contado algo Megan? Necesito saberlo.

Esta noche le conté a Leonora De Witt la historia de mi familia. Es una historia trágica de rechazo y alienación, pero Leonora simplemente se sentó y se quitó bolitas de pelusa de su suéter, lo que dirigió mi atención hacia la forma de sus atractivos pechos. Era obvio que no llevaba sujetador. Quise levantarme de la silla y hundir la cabeza en su pecho. Le conté con cierto detalle el comportamiento desviado de mis padres, pero la única vez que mostró interés fue cuando mencioné a mi abuelo fallecido, Albert Mole, a quien tengo que dar las gracias por mi segundo nombre.

«¿Viste su cadáver?», preguntó.

«No», respondí. «El sepulturero de la cooperativa había atornillado la tapa del ataúd y nadie encontraba el destornillador en casa de la abuela, así que...»

«Continúa», ordenó Leonora. Y así lo hice. Entre lágrimas gruesas y calientes. Le conté mi sentimiento de exclusión de la vida «normal»; de cuánto anhelaba unirme a mis semejantes, compartir sus penas, sus alegrías, sus canciones en los pubs.

Leonora dijo: «La gente canta canciones horribles en los pubs. ¿Por qué siente la necesidad de unirse a cantar esas letras empalagosas y melodías banales?».

«De niño me quedaba fuera de esos pubs», dije. «Todos parecían tan felices».

Entonces sonó la alarma de su reloj y era hora de pagar treinta libras y marcharme.

De camino a casa entré en un pub y tomé una copa. También entablé una conversación sobre el tiempo con un anciano. No hubo canto, así que me fui a casa.

Jueves 7 de febrero

Esta mañana le pregunté directamente a Megan. Me acerqué a ella en el pasillo justo cuando la máquina expendedora de té, café y sopa de rabo de buey le estaba echando una bronca. Admitió que se le había escapado que yo era totalmente incompetente para mi puesto. Luego me hizo jurar guardar el secreto y me contó que ella y Brown tienen una aventura desde 1977. ¡Brown y la encantadora Megan! ¿Por qué las mujeres se lanzan a los brazos de viejos chochos como Brown y Cavendish, y pasan de tipos jóvenes, viriles y con barba como yo? Es algo que desafía toda lógica.

Megan estaba ansiosa por hablar de su aventura con Brown. Al parecer, él había jurado dejar a la Sra. Brown en 1980, pero aún no lo ha hecho. Siento lástima por la Sra. Brown cada vez que viene a la oficina. No es culpa suya que tenga ese aspecto. Algunas mujeres tienen buen gusto para vestir y otras mujeres no. La Sra. Brown obviamente no sabe que los calcetines altos solo deben usarse debajo de pantalones o faldas largas. Además, alguien debería decirle que las verrugas tienen cura hoy en día.

Viernes 8 de febrero

Pandora ha vuelto a Oxford, pero no me habla mucho, aparte *del* hecho de que Bert ya no tiene tendencias suicidas. Le compró un gatito y también instaló una gatera en la puerta trasera. Brown me pidió de nuevo mi certificado de Biología de nivel avanzado. Le miré enigmáticamente y le dije: «Creo que descubrirás que Megan tiene la información que requieres». Dios, chantaje es una palabra horrible. Espero que Brown no me fuerze a usarla.

He tirado el condón. Había excedido la fecha de «consumo preferente».

Lunes 11 de febrero

Megan entró hoy a mi cubículo sollozando. Al parecer Brown olvidó su cumpleaños, que fue ayer. ¡Ay, Alack! Parece que te ha tocado ser el único confidente de Megan. La abracé y la besé. Se sentía tan suave y blandita. Sin embargo, se apartó enseguida y dijo: «Tu barba es áspera y horrible».

¿Pero era mi barba la *verdadera* razón?

¿Apesta mi aliento? ¿Apesta mi cuerpo?

¿En quién puedo confiar para que me diga la verdad?

Puedo ciertamente ver lo que Brown ve en Megan, pero jamás, ni en un billón de años, entenderé lo que ella ve en él. Tiene cuarenta y dos años, es delgado y viste ropa atroz de «Hombre de C&A». Megan dice que es bueno en la cama. ¿A quién intenta engañar? ¿Bueno en qué en la cama? ¿En hacer rompecabezas? ¿En dormir? ¿Quizás quiere decir que es generoso con el edredón? Si Brown es bueno en la cama, entonces yo soy una rueda de tractor.

Martes 12 de febrero

Intenté visitar el hábitat de tritones en Northamptonshire, pero «una clase de nieve inadecuada» [excusa absurda] provocó que el motor del tren Clase 317 fallara. Me vi forzado a esperar en un vagón helado mientras el camarero del vagón restaurante hacía anuncios continuos con una molesta voz nasal. Me alegré cuando el vagón restaurante se quedó sin provisiones y cerró. Regresé a Oxford a las 10:30 p.m. y encontré un mensaje de Megan. La llamé y me enteré de que ella y Brown habían discutido; su romance había terminado. Estaba destrozado. Esto significa que ya no tengo control sobre Brown. Podría significar el fin de mi carrera en el Departamento de Medio Ambiente.

Miércoles 13 de febrero

El romance entre Brown y Megan ha vuelto. Al parecer Brown fue en bici al apartamento de Megan de madrugada, después de decirle a la Sra. Brown que iba a ver murciélagos. Su reconciliación fue muy apasionada.

No puedo imaginar nada más desagradable en el mundo que ver a Brown en un estado de placer orgásmico. Aparte de *estar* con Brown en un estado de placer orgásmico.

Compré un nuevo condón, con sabor a menta.

También compré un racimo de bananas. Megan dice que son muy buenos para quienes, como yo, sufren de intestino irritable.

Jueves 14 de febrero

Tarjeta de San Valentín de mi madre, como siempre. Megan llorando otra vez. Brown se olvidó. Compré una caja de pañuelos económicos a la hora del almuerzo solo para uso de Megan. No puedo permitirme seguir desperdiciando pañuelos con ella. Barbazul le ha enviado a Pandora un ramo de flores escandalosamente extravagante (es repugnante cuando la gente se muere de hambre), y a las siete de la tarde pasó con champán, un broche Art Nouveau y un par de pijamas de satén. ¡Y por si no fuera suficiente, la llevó a cenar en un coche de alquiler con chófer uniformado! Un comportamiento de lo menos académico.

Cavendish se comporta más como un campeón de billar que como un profesor de Lingüística en una antigua institución académica.

Solo conmigo mismo, cené algo sencillo: pan, atún y pepino, y me fui a la cama temprano. Estoy leyendo *Poemas de amor ingleses*, editado por John Betjeman. El Día de San Valentín es una ridícula charada; las masas ignorantes son manipuladas por las compañías de tarjetas de felicitación para que gasten millones, ¿y para qué? Para la ilusión de ser amados.

Viernes 15 de febrero

¡Una tarjeta de San Valentín! ¡Firmada por «Una admiradora secreta»! Canté en la bañera. ¡Caminé al trabajo sin tocar el pavimento! ¿Quién es ella? La firma me decía que es culta y usa rotulador, como yo.

Leonora llevaba el pelo recogido hoy; lucía unos pendientes de plata tan largos que le rozaban los hombros. Llevaba una blusa negra con escote redondo. Se le veía el tirante del sujetador. De encaje negro. Ocasionalmente se lo echaba hacia atrás, dentro de la blusa. Cada vez que lo hacía, su brillante pulsera se le caía por el brazo, hacia el codo. No estoy enamorado de Leonora De Witt. Pero estoy obsesionado con ella. Invade mis sueños. Me hizo hablar con una silla vacía y fingir que era mi madre. Le dije a la silla que bebía demasiado y que llevaba las faldas demasiado cortas.

Sábado 16 de febrero

Finalmente hoy devolví los libros de la biblioteca: *Un hombre soltero* de Christopher Isherwood, *Poemas de amor ingleses* de John Betjeman, *Escenas de la vida provincial* de William Cooper y *Notas del subsuelo* de Dostoievski. Debía siete libras y ochenta peniques de multa. Mi bibliotecaria menos favorita estaba de servicio en el mostrador. No sé su nombre, pero es la galesa de gafas extravagantes.

Después de extender mi cheque y entregárselo, me preguntó: «¿Tiene tarjeta de débito?».

«Sí», respondí. «Pero la tengo en casa».

«Entonces me temo que no puedo aceptar este cheque», dijo.

«Pero usted me conoce», dije. «Llevo viniendo aquí una vez a la semana durante dieciocho meses».

«Me temo que no le reconozco en absoluto», dijo, y me devolvió el cheque. «Esta barba es bastante reciente», dije con frialdad. «¿Quizás podría intentar visualizar mi rostro sin ella?».

«No tengo tiempo para visualizaciones», dijo. «No desde los recortes». Le mostré una pequeña fotografía mía que llevo en la cartera. Era de antes de que me dejara barba.

«No», dijo, tras echarle un vistazo rápido. «No reconozco a ese hombre».

«¡Pero si ese hombre soy *yo!*», grité. Se había formado una cola detrás de mí y escuchaban atentamente la conversación. Las gafas de la bibliotecaria brillaron de ira.

«He estado haciendo el trabajo de tres personas desde que empezaron los recortes», dijo. «Y estás haciendo mi trabajo aún más difícil. Por favor vete a casa y busca tu tarjeta de débito».

«Son ahora las 5:25 de la tarde y la biblioteca cierra en cinco minutos», dije. «Ni siquiera Superman podría volar a tiempo para pagar las multas, elegir cuatro libros y marcharse antes de que cierren las puertas».

Alguien detrás de mí en la cola murmuró: «¡Date prisa, Superman!».

Así que le dije a la de las gafas: «Volveré mañana».

«¡Oh, no puedes!», dijo con una leve sonrisa. «Debido a los recortes, esta biblioteca no vuelve a abrir hasta el miércoles».

De camino a casa me desahugué internamente contra un gobierno que me está privando de nuevas lecturas. Pandora me ha prohibido tocar sus libros desde que dejé una galleta Jaffa dentro de su edición de Folio Society de *Nicholas Nickleby*; los libros de Julian están en chino y me están resultando pesadas las últimas cien páginas de *Guerra y Paz*. No puedo permitirme comprar un libro nuevo. Incluso un libro de bolsillo cuesta al menos un billete de avión.

Tengo que desembolsar treinta libras a la semana a Leonora. Incluso he tenido que reducir mi consumo de bananas. Ahora solo como una al día. Me he visto forzado a leer mis viejos diarios. Algunas de las entradas son increíblemente perspicaces. Y los poemas han resistido el paso del tiempo.

Domingo 17 de febrero

Pandora me habló hoy. Me dijo: «Quiero que te vayas. Me embrutece. Tuvimos un romance de niños, pero ahora ambos somos adultos: hemos madurado en diferentes direcciones y ha llegado el momento de separarnos». Luego añadió, con crueldad, pensé: «Y esa maldita barba te hace parecer absolutamente ridículo. ¡Por Dios, aféitate!». Me fui a la cama destrozado. Leí la página 977 de *Guerra y Paz*, y me quedé despierto mirando fijamente en la oscuridad.

Lunes 18 de febrero

De camino al trabajo, miré en el quiosco. Vi el siguiente anuncio, escrito con una letra razonablemente legible, en una postal de Conqueror:

Se alquila habitación amplia y soleada en una casa familiar.
Se prefiere signo de fuego. Uso de lavadora/secadora.
75 £ semanales, todo incluido, para un profesional varón sin especificar.
Llamar a la Sra. Hedge.

Llamé a la Sra. Hedge en cuanto llegué a mi cubículo.

Me preguntó mi fecha de nacimiento. Le dije que era el 2 de abril, lo que provocó la respuesta: «Aries, bien. Soy Sagitario».

Fui a verla a las 7 de la tarde e inspeccioné la habitación. «No es muy soleada», dije.

Ella dijo: «No, ¿pero lo esperabas en una noche de febrero?».

Me gusta su estilo. Es mayor (entre treinta y cinco y treinta y siete años, calculo), pero no tiene mala figura, aunque es difícil decirlo con la ropa que usan las mujeres hoy en día. Tiene el pelo precioso; color melaza, como el de Pandora antes de que empezara a experimentar con tintes fluorescentes. Llevaba bastante maquillaje y la máscara de pestañas se le había corrido. Espero que esto no sea señal de promiscuidad. Se divorció recientemente y necesita alquilar la habitación para poder seguir pagando la hipoteca. Al parecer, la sociedad de crédito hipotecario (la mía, casualmente) se ha vuelto muy desagradable.

Me invitó a probar la cama. Lo hice y de repente tuve una visión de mí mismo y la señora Hedge teniendo un vigoroso intercambio sexual. Dije en voz alta: «Lo siento».

Naturalmente la señora Hedge estaba completamente a oscuras sobre la razón de mi disculpa y me dijo: «¿“Lo siento”? ¿Eso significa que no te gusta la cama?».

«No, no», balbuceé. «Te quiero; quiero decir, me encanta la cama».

Me preocupaba no haber causado una buena impresión, así que llamé a la señora Hedge cuando llegué a casa (en un esfuerzo por impresionarla) y le informé que era escritor; ¿le molestaría el rasgueo de mi pluma a altas horas de la madrugada?

«Para nada», respondió. «A mí también me visita la Musa por las noches ocasionalmente».

Es imposible caminar por la acera en Oxford sin toparse con un escritor, publicado o no. No me extraña que el dueño de la papelería donde compro mis provisiones vaya a las Islas Canarias dos veces al año y conduzca un Mercedes. (Conduce un Mercedes en *Oxford*, no *en* las Islas Canarias, aunque, por supuesto, es perfectamente posible que también tenga un Mercedes allí. Pero dudo, dada la poca frecuencia de sus visitas, que realmente tenga un Mercedes *propio* en las Islas Canarias, aunque supongo que podría alquilarlo). No sé por qué sentí la necesidad de explicar la confusión entre las Islas Canarias y el Mercedes. Supongo que es otro ejemplo de lo que Leonora llama mi «infantil pedantería».

Martes 19 de febrero

Mi madre llamó presa del pánico a las 11 de la noche para preguntar si Martin Muffet, mi joven padrastro, había llegado al piso. Francamente, me reí a carcajadas. ¿Por qué querría Muffet visitarme a *mí*? Sabe que desapruero el imprudente segundo matrimonio de mi madre. Aparte de la diferencia de edad (que es tan grande como la boca del Amazonas), son física y mentalmente incompatibles.

Muffet es un flacucho de un metro noventa y ocho que cree que la Reina trabaja mucho y que Paddy Ashdown [líder del partido Demócratas Liberales] es incapaz de decir una mentira. Mi madre mide un metro sesenta y cinco, se mete en ropa dos tallas más pequeña y piensa que Gran Bretaña debería ser una república y que nuestro primer presidente debería ser Ken Livingstone, el famoso amante de los tritones. En mi última visita, noté que el joven Muffet estaba mucho menos atento con mi madre que últimamente. Supongo que se arrepiente de su precipitada carrera hacia el matrimonio.

Mi madre dijo: «Fue a Londres esta mañana a visitar el edificio de Lloyd's para su curso de ingeniería».

El conocimiento que mi madre tiene de la geografía de las Islas Británicas siempre ha sido mínimo. Le informé de la distancia entre el edificio de Lloyd's en la City de Londres y mi trastero en Oxford.

Con una voz patética, dijo: «Pensé que tal vez se habría aparecido por allí de camino a Leicester».

Volvió a llamar a las dos de la madrugada. Muffet estuvo atrapado en el metro en un túnel durante seis horas, o eso dijo.

Jueves 21 de febrero

Esta vez Leonora me invitó a imaginar que la silla era mi padre. Me dio un palo africano y golpeé la silla hasta quedarme sin fuerzas, exhausto y físicamente incapaz de levantar el palo de nuevo.

«Mi padre no es un mal tipo», dije. «No sé por qué me puse tan fuera de sí».

Leonora dijo: «No me hable a mí, háblele a él. Háblale a la silla. La silla es tu padre».

Me sentí estúpido al dirigirme de nuevo a la silla vacía, pero quería complacer a Leonora, así que me obligué a mirar la tapicería a los ojos y dije: «¿Por qué no me compraste una lámpara de pie cuando estaba estudiando para mis exámenes de secundaria?»

Leonora dijo: «Bien, bien, sigue adelante Adrian».

«Odio tus casetes de música country», dije.

«No», susurró Leonora. «Más profundo, más oscuro, un recuerdo anterior».

«Recuerdo cuando tenía tres años», dije. «Entraste en la habitación, me quitaste el chupete de la boca y dijiste: “Los niños *de verdad* no necesitan chupete”».

Entonces agarré el palo del suelo y volví a golpear la silla. Se levantó polvo.

Leonora dijo: «Bien, bien. ¿Cómo te *sientes*?».

Le dije: «Me siento fatal. Me he dislocado el hombro golpeando esa silla».

«No, no», dijo ella, irritada. «¿Cómo te sientes *por dentro*?».

Caí en la cuenta.

«Oh, en paz conmigo mismo», mentí. Me levanté, le di a mi terapeuta dominatrix las treinta libras y me fui. Necesitaba comprar Nurofen antes de que la farmacia nocturna cerrara. Estaba agonizando con mi hombro.

Viernes 22 de febrero

Otra división en el grupo de tritones de Newport Pagnell. Ahora hay tres hábitats separados. Algo raro está pasando en el mundo de los tritones. Brown está llamando a expertos en tritones de todo el mundo, quejándose sin parar de este fenómeno. La señora Hedge ha entrevistado a otros potenciales inquilinos, ¡pero me ha elegido a mí! Pasé toda la noche atormentado por sueños eróticos concernientes a mí, Brown, Megan y la señora Hedge. Me da vergüenza, pero ¿qué puedo hacer? No puedo controlar mi subconsciente, ¿verdad? Me vi forzado a ir a la lavandería, aunque no es mi día habitual.

Sábado 23 de febrero

Norman Schwarzkopf apareció esta noche en televisión, señalando con un palo un mapa incomprensible. Que estuviera vestido con camuflaje militar es un misterio para mí:

- a) no hay árboles en el desierto
- b) no había árboles en la sala de reuniones
- c) obviamente es demasiado importante como para acercarse al enemigo; podría ir vestido como Coco el Payaso y aun así no le dispararían.

Martes 26 de febrero

Hoy visité a la Sra. Hedge para ultimar los detalles del alquiler de la habitación y para discutir sobre nuestro contrato de arrendamiento. Tenía una foto de la cabeza carbonizada de un soldado iraquí hallado muerto en un vehículo pegada a su nevera con un imán de Mickey Mouse. Aparté la mirada y le pedí un vaso de agua.

Miércoles 27 de febrero

Anoche le informé a Pandora que me mudo del piso este fin de semana. Esperaba que me suplicara que me quedara, pero no lo hizo. A la 1 de la madrugada me despertó el sonido de un corcho de champán, el tintineo de las copas y las risas desenfrenadas de Pandora, Cavendish y Julian. El Triángulo Infernal.

Jueves 28 de febrero

Leonora fue quien más habló esta noche. Me dijo que me exijo demasiado, que tengo estándares imposibles. Me aconsejó que fuera amable conmigo mismo y me hizo escribir una lista de diez cosas que disfruto haciendo. Cada vez que destierro un pensamiento negativo sobre mí, puedo darme un capricho.

Me preguntó si puedo permitirme algún capricho de vez en cuando. Le confesé que tengo ahorros en la Market Harborough Building Society. Me dio un trozo de papel y un crayón infantil y me dijo que escribiera diez placeres.

Placeres

- 1) Leer novelas
- 2) Escribir novelas
- 3) Relaciones sexuales
- 4) Mirar mujeres
- 5) Comprar material de oficina
- 6) Comer bananas
- 7) Bocadillos de pasta de cangrejo
- 8) Ver boxeo en la televisión
- 9) Escuchar a Tchaikovsky
- 10) Pasear por el campo

Le pregunté a Leonora cuáles eran sus placeres.

Dijo con voz ronca y baja: «No estamos aquí para hablar de mí». Luego sonrió, mostró sus hermosos dientes blancos y dijo: «Tenemos algunas cosas en común, Adrian».

Sentí una oleada de deseo sexual recorrer mi cuerpo.

«A mí también me gusta ver boxeo por televisión», dijo. «Soy fan de Bruno [Frank Bruno, boxeador británico de pesos pesados]».

Viernes 1 de marzo

Esta mañana, durante el desayuno, le pregunté a Cavendish si me ayudaría a llevar mis cosas a casa de la Sra. Hedge. Tiene un gran Volvo familiar. Me dijo: «No se me ocurre nada que prefiera hacer, Aidy». Se ofreció a ayudarme de inmediato, pero le dije: «Mañana por la mañana me viene bien. Algunos tenemos que *trabajar*».

Se rió y me dijo: «¿Así que crees que enseñar Lingüística es una opción fácil, Aidy?».

Le respondí: «Sí, de hecho, lo creo. Dudo que *trabajo* sea una four-letter word [palabrota] para ti».

«Hablando como profesor de Lingüística», gruñó, «Puedo asegurar que trabajo [work] es, en efecto, una palabra de cuatro letras». Al alcanzar el cenicero, su bata se abrió, dejando al descubierto pezones resecaos y vello pectoral gris y enmarañado. Casi me dan náuseas. Apenas pude tragar mis copos de salvado.

Devolví el televisor portátil a la tienda. Al regresar, le escribí un poema a Pandora y se lo deslicé por debajo de la puerta. Fue mi último intento desesperado de seducirla y alejarla de Cavendish.

¡Pandora! ¡Déjame! de A. Mole

Déjame acariciar la parte interna de tus muslos

Déjame escuchar tus suspiros entrecortados

Déjame sentir tu piel sedosa

Déjame hacer que tus sentidos se desborden

Déjame tocar tu suave y blanco pecho

Detengámonos un momento y descansenos

Déjame unir nuestros corazones palpitantes

Déjame forjar nuestras partes íntimas

Déjame adentrarme y hacerte mía

Déjame darte comida y vino

Déjame lamerte con mi lengua

Déjame hacer lo que sea que esté mal

Déjame verte disfrutar

Déjame vestirme de cuero negro

Déjame ajustarte como un guante

Déjame consumir nuestro amor.

A la 1 de la madrugada, Pandora me deslizó una nota por debajo de la puerta.

Adrian,

Si continuas enviándome semejante basura, en el futuro la haré llegar a la policía.

Pandora

Sábado 2 de marzo

Mientras empaquetaba mis cosas, reflexioné sobre lo poco que he acumulado en mi vida. Un guardarropa básico. Unos cientos de libros. Un Walkman Sony. Una docena de casetes. Mi propia taza, vaso, tazón y plato. Un póster de Munch, un cactus, un espejo de aumento con soporte, un bol para bananas y una lámpara. No es mucho que mostrar después de un año y medio de trabajo en el Departamento de Medio Ambiente. Es verdad que tengo 2.579 libras ahorradas en la Sociedad de Ahorro y Préstamo de Market Harborough, y 197,39 libras en NatWest, pero aun así.

Encontré el peine de plástico azul que he estado buscando desde el año pasado. Estaba encima del armario. ¿Por qué? ¿Cómo llegó allí? Nunca me he subido al armario para peinarme. Sospecho de Julian. Es un gran admirador de Jeremy Beadle [presentador de concursos televisivos].

11:00 p.m.

Estoy demasiado cansado para escribir mucho, solo quería dejar constancia de que estoy acostado en la cama de la Sra. Hedge. Es muy comfortable. Mi nueva dirección es:

8 Sitwell Villas
Summertown
Oxford.

Domingo 3 de marzo

No sabía dónde estaba cuando desperté, pero luego lo recordé. Olí a beicon cocinándose, pero no bajé. Me sentía como un intruso. Me levanté, fui de puntillas al baño, me vestí, hice la cama y me senté en ella, escuchando los ruidos de abajo. Finalmente, impulsado por el hambre, bajé. La Sra. Hedge no estaba allí. Los platos del desayuno seguían sobre la mesa de la cocina. El cubo de basura de la cocina estaba rebosante. Había cáscaras de huevo en el suelo. El armario debajo del fregadero estaba lleno de trapos amarillos sucios. La nevera estaba llena de platitos con restos de comida mohosa. La parrilla estaba sin limpiar. El *Observador* estaba salpicado de jugo de tomate enlatado.

Tal como temía: la Sra. Hedge es una guarra. El teléfono no paró de sonar. Tomé los mensajes: «¿Ted llamó? ¿Ian llamó? ¿Martin llamó? Llama a Kingsley». «Julian llamó: ¿Vas a ir al lanzamiento el martes?».

Estaba fregando el suelo de la cocina cuando la Sra. Hedge regresó. Traía un gran arbusto y cuatro latas de Carlsberg.

«¡Santo Dios!», dijo. «Parece que he tenido suerte. ¿Le gusta hacer las tareas domésticas, Sr. Mole?».

«Me resulta difícil tolerar el desorden», respondí.

Salió al jardín a plantar el arbusto y luego se sentó en el patio en una silla de hierro, bebiendo Carlsberg directamente de la lata. Parecía no notar el frío. Cuando empezó a llover, entró en la casa, cogió un paraguas de golf del jarrón del recibidor y volvió a salir. Subí a mi habitación para trabajar en mi novela, *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria*.

Cuando bajé las escaleras, no había rastro de la Sra. Hedge. Me alegré de ver que aún quedaban tres latas de Carlsberg en la nevera. Puede que sea una guarra y una excéntrica, pero, gracias a Dios, todavía no es una alcohólica.

Lunes 4 de marzo

La Sra. Hedge seguía en la cama cuando volví del trabajo. La cocina era un desastre. Las Carlsberg habían desaparecido de la nevera. ¡Seguro que se las bebió en la cama! Es la única conclusión posible.

Miércoles 6 de marzo

Fui a casa de Pandora a recoger mi correo. Nada excitante. Cartas de la Sociedad de Construcción Market Harborough, *Reader's Digest* y Plumbs, una empresa que promociona fundas elásticas. ¿Cómo consiguió Plumbs mi nombre y mi dirección? Nunca he mostrado el más mínimo interés por la decoración textil. Pandora ha convertido mi trastero en un estudio. Abrí un archivo en su escritorio que decía «Apuntes de clase». No entendí ni una palabra. Estaban escritos en lo que probablemente era serbocroata.

Jueves 7 de marzo

Entré al baño esta noche sin llamar. La Sra. Hedge estaba en la bañera, afeitándose las piernas. Mañana compraré un cerrojo para la puerta. Yo diría que tiene como mínimo una 38.

Viernes 8 de marzo

La señora Hedge me dijo: «Siéntase libre de invitar a sus amigos, Sr. Mole?». Le dije que no tenía amigos. Camino solo.

Cuando le dije lo mismo a Leonora, me dijo: «Antes de nuestra próxima sesión, por favor, intenta hablar con un desconocido; sonríe e inicia una conversación; y haz una nueva amiga».

Sábado 9 de marzo

Había un desconocido en la cocina cuando bajé.

Estaba comiendo tostadas con Marmite [pasta de levadura]. Me dijo: «Hola. Soy Gerry».

Sonreí y le dije: «Buenos días. Soy Adrian Mole».

Ahí terminó nuestra interacción social. Me resultó difícil entablar una conversación con un hombre que solo llevaba un camisón de mujer.

Me preparé una taza de té y me fui.

Ojalá estuviera de vuelta en mi trastero.

Lunes 11 de marzo

El Sr. Major en las noticias. Dijo: «Quiero que estemos donde pertenecemos, en el corazón mismo de Europa, trabajando con nuestros socios para construir el futuro».

Algo peculiar: el Sr. Major no es capaz de pronunciar la palabra «want» [quiero] de forma que rime con «font» [fuente], que es la pronunciación correcta en inglés. Por alguna razón, dice «went» [fue]. Sospecho que esta dificultad se remonta a su infancia. Cuando el pequeño John ceceaba diciendo «Quiero caramelos», etc., etc., ¿acaso su padre saltaba del trapecio y gritaba: «¡Te daré lo que *quieras!*»? ¿O gritaba: «Di "querer" otra vez y te daré una paliza», dejando así al pequeño John sollozando en el serrín de la carpa del circo, incapaz de pronunciar esa pequeña palabra en inglés?

Me da mucha pena por él. Obviamente necesita terapia urgentemente. Me parece que ambos hemos sufrido por tener padres vergonzosos. Hablaré del tema la próxima vez que vea a Leonora.

Martes 12 de marzo

Brown resbaló por una ladera cubierta de hierba y se lastimó el coxis el fin de semana. Estaba recogiendo excremento de búho. Está incapacitado y yace sobre una tabla en el suelo de su habitación. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! ¡Tres hurras!

Miércoles 13 de marzo

El adjunto de Brown, Gordon Goffe, *is throwing his weight* [impone su peso-autoridad] (pesa 127 kilos). Está llevando a cabo una investigación sobre el «hurto de sellos postales». ¡Qué mala suerte! Justo hoy que iba a enviar los primeros capítulos de mi novela *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria* a Faber and Faber. Tendré que pagar yo mismo los sellos. Una vez que lean estos capítulos, estarán ansiosos por leer el resto.

Jueves 14 de marzo

Los Seis de Birmingham han salido de prisión. Gordon Goffe anda dando vueltas por las oficinas, haciendo inspecciones sorpresa en nuestros cajones. A Megan le encontraron una caja ilícita de bolígrafos del Departamento de Medio Ambiente. Ha recibido una advertencia verbal. No hay sesión con Leonora esta semana. Está asistiendo a una conferencia en Sacramento.

Viernes 15 de marzo

Barry Kent estaba en *Caleidoscopio* leyendo fragmentos de *Dork's Diary*. Lo poco que alcancé a oír era una sarta de basura nihilista. Goffe irrumpió en mi cubículo y me dijo que no podía escuchar Radio Cuatro durante el horario laboral. Le señalé que el Sr. Brown nunca había objetado nada.

Goffe dijo: «Yo no soy el señor Brown», una afirmación tan estúpida que me dejó sin respuesta. Ahora tengo una respuesta, a las tres y media de la madrugada, pero obviamente es demasiado tarde.

Sábado 16 de marzo

Merodeé el piso de Pandora en busca de mis cartas. Nada interesante: un folleto publicitario de ropa interior térmica; un formulario para participar en un concurso del *Reader's Digest* — premio: un lingote de oro; un catálogo de Plumbs, con descuento en cortinas de imitación de terciopelo. Cumplo veinticuatro años el mes que viene y debo confesar, querido diario, que esperaba estar carteándome a estas alturas con gente interesante y fascinante. En cambio, el mundo parece pensar que soy una persona que se levanta por la mañana, se pone la ropa interior térmica, corre las cortinas de imitación de terciopelo y se sienta a leer su nuevo ejemplar del *Reader's Digest*.

El gato parecía delgado, pero se alegró de verme. Le di una lata entera de comida para gatos. Pandora no estaba, así que eché un buen vistazo al piso. Su cajón de ropa interior está lleno de juguetes sexuales asquerosos. Barbazul obviamente no está a la altura.

Domingo 17 de marzo

Esta mañana tuve una charla interesante sobre las elecciones rusas con la chica del quiosco. Luego, al entregarme mi ejemplar del *Sunday Times*, comentó (en broma, supongo): «Pesa mucho. ¿Quieres que te ayude a llevarlo a casa?».

«No», respondí en tono jocoso. «Creo que puedo con ello». Aunque, al cogerlo, fingí que me desplomaba bajo su peso. ¡Cómo nos reímos!

Es bastante agradable, de una forma bastante discreta.

6:00 p.m.

Al releer lo anterior, creo que he sido injusto con la chica del quiosco. Un mono de nailon a cuadros no es precisamente la prenda más favorecedora. Y no le vi las piernas, ya que siempre estaban detrás del mostrador.

Acabo de leer la sección de libros del *Sunday Times* y me quedé horrorizado, asombrado y disgustado al ver que *Dork's Diary* ocupa el décimo puesto en la lista de los libros más vendidos en tapa dura.

Lunes 18 de marzo

Paré en el quiosco para comprar un paquete de Polos [marca de caramelos, Chimos] de camino al trabajo. La chica bromeó diciendo que estaba pagando por aire fresco, ¡es decir, por el agujero! No se me había ocurrido antes, así que le devolví los Polos y le dije: «Vale, me llevaré en su lugar unos Trebor Mints [caramelos de menta]». De nuevo, nos reímos a carcajadas. Sin duda tiene un buen sentido del humor. Las piernas siguen detrás del mostrador. Brown sigue fingiendo estar enfermo en casa. Goffe sigue haciendo de las suyas en la oficina. Leonora se alegrará de saber sobre la chica del quiosco.

Martes 19 de marzo

Carta de Pandora, la primera que recibo en Sitwell Villas:

Domingo 17 de marzo

Adrian,

Te he pedido muchas veces que me devuelvas la llave de la puerta principal de este piso. Aún no lo has hecho. Me temo que debo darte un ultimátum. O me entregas la llave antes de las 7 de la tarde del martes, o llamo a un cerrajero, cambio la cerradura y te envío la factura. Tú decides. Ya no toleraré que:

- a) interfieras en la alimentación del gato;
- b) husmees en mi cajón de ropa interior; o
- c) tomes comida del refrigerador cuando no estoy.

Como ya te dije, seguiré redirigiendo tu correo (si es que llega) y transmitiéndote cualquier mensaje que considere urgente.

A las 6:59 p.m., deslicé un sobre con la llave, una moneda de diez peniques y una breve nota por debajo de la puerta del piso de Pandora. La nota decía:

Pandora,

- a) En mi opinión, el gato está demasiado delgado y parece que le falta energía;
- b) Recuerdo perfectamente que dijiste que «las ligas, etc., son símbolos de la esclavitud de la mujer a la lujuria masculina». Lo mismo ocurre con los vibradores;
- c) El bote de pasta de cangrejo que hay en la nevera era *mío*. Lo compré el 20 de febrero de este año. Tengo el recibo para demostrarlo. Admito que me serví una rebanada de pan. Adjunto, como puedes ver, una moneda de diez peniques como compensación por la rebanada.

Miércoles 20 de marzo

¿Cómo saco las piernas de detrás del mostrador?

Jueves 21 de marzo

Su nombre es Bianca. Un nombre raro para alguien que trabaja en un quiosco. Normalmente se llaman Joyce.

La vi bajando cajas de patatas fritas de un camión de reparto a la tienda. Las piernas están bien, pero los tobillos un poco huesudos, así que, en una escala del uno al diez, solo un cinco.

9:00 p.m.

Leonora estaba de un humor extraño esta noche. Estaba molesta porque llegué quince minutos tarde. Le indiqué que le pagaría la hora completa.

Ella dijo: «Esa no es la cuestión, Adrian. Nuestras sesiones están cuidadosamente estructuradas. Insisto en que seas puntual en el futuro».

Respondí: «Mi impuntualidad crónica es uno de mis muchos problemas. ¿No deberías estar hablando de ello?».

Cruzó sus piernas bien formadas bajo su falda de seda negra y vi un destello de blanco. A partir de ese momento, me sentí impotente y solo pude asentir o negar con la cabeza en respuesta a sus preguntas. Hablar me resultaba imposible. Sentí que si abría la boca, proferiría protestas groseras e inarticuladas de lujuria, lo que la asustaría y significaría el final de nuestro tiempo juntos.

Diez minutos antes de que terminara nuestra sesión me dijo: «Estás mostrando un comportamiento típicamente regresivo en este momento, ¿aprovechamos esto?».

Asentí y me animó a hablar de mis primeros recuerdos. Recordé que un perro me mordió y que mi abuela me aplicó yodo en la herida. También recuerdo a mi abuelo (ya fallecido) pateando al perro por la cocina.

Luego llegó el momento de pagar 30 libras y marcharme.

Sábado 23 de marzo

La Sra. Hedge me preguntó si debía casarse con Gerry, venderlo todo y mudarse a Cardiff. Le aconsejé que no. Apenas me he instalado, aprendí a usar la parrilla, etc. No me veo buscando un alojamiento alternativo. Además, ¿por qué me lo pregunta? Solo he hablado con ese bruto feo un par de veces.

Domingo 24 de marzo

La tapa del inodoro estaba levantada, así que supuse que Gerry estaba *in situ*. Fui a comprar el periódico a Bianca y, al regresar, efectivamente, Gerry y la Sra. Hedge estaban en la cocina comiendo huevos con beicon. La Sra. Hedge no parecía muy contenta de verme. Eché unos Rice Krispies [cereales] en un bol y los llevé a mi habitación. Pero, cuando llegué arriba, ya no crujían ni chisporroteaban, lo que me molestó considerablemente. Detesto los cereales blandos.

Lunes 25 de marzo

Gerry ya es un habitual. Soy como un cuco en el nido. Una grosella en el fresal. Una piraña en la pecera. La conversación se detiene cuando entro en la cocina o en el salón y están allí. Quería ver la ceremonia de los Óscar por televisión esta noche, pero Gerry me arrebató el mando a distancia y lo dejó en su regazo, privándome así del placer de *ver* al talentoso y modesto actor Jeremy Irons ganar un Óscar para Gran Bretaña. Tuve que enterarme de esta maravillosa noticia en Radio Cuatro y visualizar la alegría del Sr. Irons por mí mismo. Quien dijo que «las imágenes se ven mejor en la radio» estaba completamente equivocado.

Martes 26 de marzo

Le pedí a Bianca que me avisara prioritariamente si llegaba a la tienda un anuncio que sonara apropiado ofreciendo alojamiento. Aceptó. Creo que le caigo bien. La prisa ha cambiado el significado de la frase anterior: los anuncios no pueden entrar en un quiosco y hablar apropiadamente. Leonora canceló la cita de esta noche. «Una emergencia», dijo. ¿Acaso no soy una emergencia? Mi cordura pende de un hilo. Leonora es la única barrera entre yo y la sala común de un manicomio. ¿Cómo podrá vivir consigo misma si me ingresan echando espuma por la boca y luchando dentro de una camisa de fuerza?

Miércoles 27 de marzo

El Sr. David Icke [negacionista del Holocausto], una figura conocida de Leicester, ha revelado que es un «canal del espíritu de Cristo». Apareció en televisión y declaró a la prensa, ávida de noticias, que su esposa e hija eran «encarnaciones del arcángel Miguel». Culpó al planeta Sirio de traer terremotos y peste al mundo. Gerry y la Sra. Hedge se burlaron de él y dijeron que es un chiflado, pero yo no estoy tan seguro. Los habitantes de Leicester somos conocidos por nuestra sensatez. Quizás el señor Icke sepa algo que nosotros, simples mortales, ni siquiera podemos imaginar.

Jueves 28 de marzo

Bianca estudió Astronomía en bachillerato. Esta mañana dijo: «No existe ningún planeta llamado Sirus». Pero, como le señalé, «David Icke dijo que Sirus no había sido *descubierto*, así que, naturalmente, no se *encontraría* ninguna referencia a él en los libros, ¿verdad?».

Se formó una cola, así que tuvimos que interrumpir la discusión. Pasé a saludar de camino a casa después del trabajo, pero Bianca estaba ocupada: un viejo cascarrabias se quejaba de la factura del periódico.

Viernes 29 de marzo

Cuanto más pienso en las predicciones de David Icke, es decir, que el mundo se acabará a menos que se «purifique del mal», más sentido tienen. Es un hombre exitoso, ¡que trabajó nada menos que para la BBC! Además, fue portero profesional del Hereford City. No deberíamos apresurarnos a burlarnos. A Colón lo ridiculizaron por afirmar que la Tierra era redonda. Algo que los primeros astronautas estadounidenses verificaron.

Esta noche mi madre me llamó para preguntarme qué quería para mi cumpleaños la semana que viene. Le dije que me regalara lo de siempre: un vale para libros. Me contó que en Leicester estaban entusiasmados con David Icke y que «se habían agotado los chándales turquesa» (los que usan los seguidores del Sr. Icke). Dijo que sentía pena por su madre. Al parecer, el Sr. Icke afirmaba haber nacido en el planeta Sirio, mientras que su madre declaró en el *Leicester Mercury* que recordaba perfectamente haber dado a luz en el Hospital General de Maternidad de Leicester. Esta noche me quedé sin bananas. Tuve que ir andando hasta otros suburbios antes de encontrar una tienda de bebidas alcohólicas que las tuviera.

Sábado 30 de marzo

Me envié a mí mismo dos tarjetas de cumpleaños. Les puse sellos de segunda clase, así que deberían llegar el martes por la mañana.

Primavera

Lunes 1 de abril

Un hombre con acento de Glasgow me llamó esta mañana a mi cubículo y dijo: «Acabo de terminar de leer los primeros capítulos de tu novela *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria* y quiero publicarla el año que viene. ¿Aceptarías un anticipo de 50.000 libras?»

Tartamudeé: «Sí», y le pregunté con quién hablaba.

«¡Con un tonto!», se rió el impostor y colgó el teléfono de golpe.

¿Hasta dónde puede llegar la crueldad? Durante quince segundos, había alcanzado mis ambiciones. Era escritor profesional y vivía en mi propia casa. Había aprendido a conducir. Tenía un coche en el garaje. Tenía un reloj Rolex y una pluma Montblanc. Llevaba un billete de avión a Estados Unidos en el bolsillo de mi abrigo de cachemir. Cartas de admiradores se amontonaban en mi maletín de cuero. Invitaciones a eventos literarios se apilaban en la repisa de la chimenea. Entonces mi sueño se hizo añicos por culpa del farsante y volví a ser el simple Adrian Mole, que estaba a mitad de redactar un informe sobre los movimientos de los tritones, en un cubículo de un edificio del Departamento de Medio Ambiente en Oxford. Sospecho de Goffe.

Martes 2 de abril

Tarjetas de cumpleaños de mamá, Rosie, papá, la abuela, la Sra. Hedge y Megan. Seis tarjetas en total. No está mal, no hacía falta que me enviara dos a mí mismo.

Presentes

- 1) Vale de diez libras para libros de mamá.
- 2) Cupón de W. H. Smith de papá (folleto).
- 3) Dos pares de calcetines blancos de la Sra. Hedge.
- 4) Planta de cactus de Megan (obscena).

Nada de fiesta sorpresa. Nada de velas para soplar. Nada de cantar. Nada de Leonora hasta el jueves.

Miércoles 3 de abril

Tengo veinticuatro años y un día. *Pregunta:* ¿Qué he hecho con mi vida?
Respuesta: Nada.

Graham Greene falleció hoy. Le escribí hace cuatro años, señalándole un error gramatical en su libro *El factor humano*. No me respondió.

Jueves 4 de abril

Me recorté la barba esta mañana. La Sra. Hedge gritó cuando salí del baño. Cuando se recuperó, dijo: «¡Dios mío, pareces el Destripador de Yorkshire!».

Tuve una sesión terrible con Leonora. Entré en su habitación con la autoestima de un pulgón anoréxico y salí sintiéndome peor.

Mi baja autoestima al entrar en la habitación de Leonora se debía a una agria conversación telefónica que había tenido con mi madre antes. Ella había llamado a la oficina para preguntarme si quería ir a una fiesta que organizaba Barry Kent para celebrar el éxito de *Dork's Diary*. El lugar es el Club de Trabajadores del Noreste de Leicester, y han invitado a la mitad de Leicester.

Le dije a mi madre: «Preferiría lavar un cadáver». Mi madre me acusó de celos mezquinos y luego montó en cólera y recitó mis defectos: arrogancia, orgullo desmedido, esnobismo, pretensión, falso intelectualismo, debilidad, etc., etc.

Le conté esto a Leonora, que me dijo: «Te sugiero que tengas en cuenta lo que dice tu madre. También te sugiero que *vayas a la fiesta*». Dijo que había comprado cinco ejemplares de *Dork's Diary*: uno para su marido, Fergus; otro para su mejor amiga, Susan Strachan; otro para su terapeuta, Simon; otro para su supervisora, Alison; y otro para ella misma. Me quedé completamente atónito. Cuando Leonora dijo que era hora de irnos, me negué a levantarme de la silla.

Le dije: «No soporto la idea de que disfrutes del trabajo de Barry Kent».

Leonora dijo: «Fácil, dame treinta libras y vete».

Le dije: «No, estoy totalmente obsesionado sexualmente contigo. Pienso en ti constantemente. Te he revelado mis sentimientos más íntimos».

Leonora dijo: «Es una reacción normal. Ya se te pasará».

Le dije: «Leonora, me siento traicionado. Me niego a que me traten como un ejemplo de un libro de texto».

Leonora se puso de pie, sacudió su magnífica cabeza y dijo: «La nuestra es una relación profesional, Sr. Mole. No podría ser otra cosa. Ven a verme el próximo jueves».

«De acuerdo», dije. «Toma tus treinta monedas de plata».

Arrojé un cheque de la Market Harborough Building Society por treinta libras sobre el escritorio y me marché dando un portazo.

Si mi padre me hubiera permitido deshacerme de ese muñeco cuando yo quería, estoy convencido de que ahora gozaría de una salud mental perfecta.

Sábado 6 de abril

¿Soy la única persona en Gran Bretaña con una mentalidad abierta respecto al fenómeno David Icke? Bianca lo describió como un «idiota» esta mañana, pero, como le señalé, el mismo Jesús fue vilipendiado en su día. La prensa estaba en su contra y los prestamistas lo difamaban a diestro y siniestro. Además, Jesús era un tanto excéntrico en cuanto a la ropa. No habría ganado un premio al «Palestino mejor vestido del año». Pero, si los chándales hubieran existido en tiempos de Cristo, casi con toda seguridad habría optado por la comodidad y la facilidad de lavado de esas prendas.

Domingo 7 de abril

Dork's Diary está ahora en el número ocho. Esta noche hojeé mis *Historias Bíblicas Ilustradas* y me sorprendió encontrar en la página 33 (La resurrección de Lázaro) ¡¡¡que Jesús lleva túnicas turquesas!!!

Lunes 8 de abril

Brown ha vuelto, pero lleva un ruidoso corsé quirúrgico, lo cual resulta bastante útil (el ruido, no el corsé), porque Megan tiene una aventura con Bill Blane (del Departamento de Tejones). Me cae bien Bill. Hoy, en el Autovent [máquina expendedora], discutimos sobre David Icke. Bill coincide conmigo en que Sirius podría haber pasado desapercibido para los astrónomos. Podría haber estado oculto tras otro planeta más grande.

El emir de Kuwait ha prometido celebrar elecciones parlamentarias el año que viene. Ha anunciado que las mujeres podrán votar. ¡Bien por usted, señor!

Martes 9 de abril

John Major ha sido interrogado por la prensa sobre sus exámenes de nivel básico. Espero que esto no le recuerde a Brown mi inexistente examen de Biología de nivel avanzado. ¿Por qué, por qué no pude haber nacido americano? Allí, a los estudiantes universitarios se les hacen exámenes de opción múltiple. Lo único que tienen que hacer los tontos es marcar la respuesta que creen correcta.

Ejemplo: Pregunta: ¿Quién descubrió América?

- Fue: a) Colón
b) Mickey Mouse
c) Rambo

Miércoles 10 de abril

Bill Blane me ha invitado a tomar algo después del trabajo mañana. Esto podría ser el comienzo de una nueva amistad.

Jueves 11 de abril

Bill quería hablar de Megan. De hecho, habló de ella toda la noche. No pude meter baza, decir ni una palabra, salvo para decir «¿Lo mismo otra vez?» cuando me tocó pedir la ronda. Bebí demasiado (tres pintas) y, en mi estado de confusión, empecé a caminar de vuelta al piso de Pandora antes de darme cuenta de mi error y girar hacia la casa de los Hedge.

Viernes 12 de abril

Esta noche trabajé en *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria*. Empecé el capítulo Once:

Mientras bordeaba la cima de la colina, miró hacia el este y vio la ciudad de Leicester resplandeciente entre las últimas brasas del sol poniente. Los rascacielos reflejaban los rayos escarlata y los proyectaban contra las chimeneas de las fábricas y el aparcamiento de varias plantas del Hospital Real. Suspiró con la gloriosa anticipación de saber que pronto estaría recorriendo las calles de hormigón reconstruidas de su ciudad natal. Podría haber entrado en la ciudad por una ruta más discreta —saliendo de la autopista en la salida 23—, pero prefería esta, la ruta de los pastores de ovejas, y además, no tenía coche.

Había estado fuera demasiado tiempo, pensó. Se había cansado del mundo y sus atractivos. Leicester era donde estaba su corazón. Bajó la colina a grandes zancadas, con los ojos humedecidos. ¿El viento, quizás? ¿O el dolor de la ausencia? Nunca lo sabría. El sol se ocultó tras el magnífico edificio de la sede de la Alliance and Leicester Building Society, y sintió cómo los sigilosos dedos negros de la noche le envolvían. Pronto oscureció. Aun así siguió descendiendo. Bajando. Bajando.

Poca gente sabe que Leicester se encuentra en una hondonada, reflexionó. No me extraña que sea el epicentro mundial de la bronquitis, pensó. En poco tiempo, había bajado la colina y se encontraba en terreno llano.

Creo que probablemente sea lo mejor que he escrito nunca. Es magnífico. Espero poder mantener este nivel a lo largo de toda la novela.

Sábado 13 de abril

Notas sobre *¡He aquí!*:

a) ¿Debería darle un nombre a mi héroe? ¿O debería seguir llamándolo «él», «le», etc.?

b) ¿Debería ser más impactante la narración? Por el momento, no sucede gran cosa. *Él* se va de Leicester y luego regresa. ¿Debería el lector saber qué hace *él* entretanto?

c) ¿*Él* debería tener sexo o ir de compras? La mayoría de las novelas modernas están llenas de referencias a una u otra cosa — el público lector, obviamente, disfruta de esas actividades.

Descripciones (para insertar en algún lugar):

El árbol se doblaba con el viento, como un pensionista en Land's End.

El huevo frito chisporroteaba en la sartén como un anciano con un ataque de tos tuberculosa en un hospital del Servicio Nacional de Salud de 1930.

Sus pechos estaban tan llenos como globos aerostáticos. Su rostro estaba impregnado de ira, sus ojos brillaban como un faro enloquecido cuya mecha necesitara limpieza.

El té fue bienvenido. *Lo* bebió con gratitud, como un elefante africano que, tras encontrar su abrevadero seco, recordó y se dirigió a otro.

De ahora en adelante, anotaré estos pensamientos e ideas a medida que vengan a mí. Son demasiado valiosos para desperdiciarlos. La publicación parece estar a mi alcance.

Domingo 14 de abril

Me desperté a las 8:30, desayuné: cereales, tostadas, salsa marrón, dos tazas de té. Recogí el *Sunday Times* y el *Observador*. Bianca no estaba. *Dork's Diary* va por el número siete. Me puse la chaqueta. Di una vuelta por la circunvalación exterior. Regresé. Cepillé y colgué la chaqueta. Me acosté. Dormí. Me desperté, me puse la chaqueta, salí y comí pizza en Pizza Hut. Regresé, me acosté y dormí. Me desperté, me bañé, me puse el pijama y la bata. Me corté las uñas de los pies, recorté mi barba, inspeccioné la piel. Ordené las cintas alfabéticamente, desde Abba hasta el Concierto de Varsovia. Bajé las escaleras. La Sra. Hedge estaba en la cocina, llorando sentada a la mesa. «No tengo nadie en quien confiar», gritó. Preparé sándwiches de pasta de cangrejo. Me fui a la cama. Escribí en mi diario.

No puedo seguir así; tendría una vida social más activa en prisión.

Lunes 15 de abril

Fui a ver al Dr. Abrahams, médico del Departamento de Medio Ambiente. Le dije que estaba deprimido. Me dijo que también estaba deprimido. Le dije que mi vida no tenía sentido, que mis ambiciones seguían sin cumplirse. Me dijo que su sueño era convertirse en ginecólogo de la Reina a los 44 años. Le pregunté cuántos años tenía. Me dijo que tenía 45. Pobre hombre. Me prescribió algo para mi depresión. Le pregunté a la farmacéutica si tenía algún efecto secundario.

Ella dijo: «Bueno, hay falta de concentración. Tu actividad física puede reducirse. Notarás un aumento en el ritmo cardíaco. Es posible que tengas sudoración y temblores, estreñimiento y quizás dificultad para orinar. Un poco deprimente, ¿verdad?».

Estuve de acuerdo con ella y rompí la receta en pedazos.

Miércoles 17 de abril

Rocky me llevó al trabajo esta mañana en su limusina. Hablamos de Pandora, de lo arrogante que es, etc. Rocky dijo: «Pero, sabes, Aid, siempre la amaré, es, ya sabes, algo así como *única*».

Felicité a Rocky por usar la palabra «única».

Rocky me contó que Carly Pick, su novia, le está enseñando nuevas palabras.

Le dije: «¿Así que te está extendiendo el vocabulario?». Pero me miró de forma inexpresiva, de lo que inferí que no llevaba mucho tiempo haciéndolo. Cuando el coche se detuvo frente al Departamento de Medio Ambiente, me alegré de ver que Brown estaba mirando por la ventana de su oficina. Se escondió, pero no pudo haber dejado de verme salir de la limusina. No le hará daño a Brown saber que me relaciono con los ricos y poderosos. Robert Maxwell ha salvado al *Mirror* [Espejo]. ¡Es un santo!

Jueves 18 de abril

Los tritones de Newport Pagnell parecen haberse calmado, gracias a Dios. Los planos de la carretera están finalizados y la construcción comenzará el mes que viene.

La Sra. Brown vino hoy a la oficina. Había perdido su bolso en el Museo Ashmolean. Brown se mostró completamente indiferente. Antes de cerrar la puerta de su oficina, le oí decir: «Es la segunda vez este año, vaca estúpida». Jamás le habría hablado así a Megan. La Sra. Brown es muy guapa. Lo que pasa es que su ropa es horrible. Es como si un lunático viviera en su armario y le dijera qué ponerse cada mañana. Puede permitirse el lujo de ir ridícula en Oxford. La gente probablemente asume que es solo otra profesora chiflada, pero en Leicester sería el hazmerreír.

Sábado 20 de abril

La Sra. Hedge volvió a llorar esta mañana. Debo alejarme de este valle de lágrimas. Necesito gente alegre a mi alrededor.

Bianca me dio una tarjeta esta mañana. Decía, con letra ilegible:

HABITACIÓN EN ALQUILER

Familia académica busca alquilar una habitación libre a una persona tolerante, de cualquier género, a cambio de tareas domésticas ligeras/cuidado de niños/cuidado de gatos. Ideal para una persona que trabaje y tenga la mayoría de las tardes libres. Por favor, llame al Dr. Palmer.

Llamé inmediatamente desde la cabina telefónica que hay fuera del quiosco. Un tipo contestó.

DR. PALMER: Christian Palmer al habla.

YO: Dr. Palmer, me llamo Adrian Mole. Acabo de ver su anuncio en el quiosco.

DR. P: ¿Cuándo puede empezar?

YO: ¿Empezar qué?

DR. P: Cuidar a los malditos niños.

YO: Pero no me conoce.

DR. P: Suena bien y ya ha demostrado que sabe usar un teléfono. Así que no puede ser un completo idiota. ¿Tiene todas sus facultades: cuatro extremidades, vista?

YO: Sí.

DR. P: ¿Le han acusado alguna vez de abusar de menores?

YO: No.

DR. P: ¿Tiene algún hábito personal particularmente desagradable?

YO: No.

DR. P: Bien. Entonces, ¿cuándo puede empezar? Estoy solo aquí. Mi esposa está en los Estados Unidos.

El auricular se cayó. De repente oí a Palmer gritar: «¡Tamsin, vuelve a tapar esa botella de lejía! ¡Ahora!»

Volvió a contestar el teléfono y me dio su dirección en Banbury Road. Entré en el quiosco y le pregunté a Bianca qué periódicos y revistas leía Palmer. Esto dice mucho de su carácter. Era una lista desconcertante:

Periódicos: *The Observer, The Daily Telegraph, The Sun, The Washington Post, Oxford Mail, The Independent, The Sunday Times, Today.*

Revistas: *Time Out, Private Eye, Just Seventeen, Vogue, Brides, Forum, Computer Weekly, Woman's Own, Paris Match, Gardening Today, Hello!, The Spectator, The Literary Review, Socialist Outpost, The Beano, Angler's Weekly, Canoeist, Viz, Interiors, Goal!*

La interrumpí y le dije: «La factura de periódicos de Palmer debe ser enorme. ¿Cómo lo paga?».

«Raramente», respondió ella.

Domingo 21 de abril

El Dr. Palmer es alto y delgado, y lleva el pelo como Elvis Presley en su época de capas plateadas en Los Ángeles. Sus primeras palabras hacia mí fueron: «¿Vas a una fiesta de disfraces?». Se rió y acarició las solapas de mi chaqueta.

Murmuré algo neutro y me preguntó: «¿Esa barba es *real*?».

Le aseguré que me la había dejado crecer yo mismo y me preguntó: «¿Cuántos años tienes?».

Le respondí: «Veinticuatro», y soltó una risa extraña, como el ladrido de un perro, y dijo: «*Veinticuatro*: ¿y por qué demonios quieres ir por ahí pareciéndote al maldito Jack Hawkins?».

«¿Quién es Jack Hawkins?», pregunté.

«Es una estrella de cine», respondió. «Todo el mundo ha oído hablar de Jack Hawkins». Parecía molesto por alguna razón. Luego dijo: «Bueno, a menos que tengas veinticuatro años, claro».

Seguíamos parados en el umbral de su decrepita casa. Una hilera de botellas de leche sucias y sin enjuagar se amontonaban en el escalón. Un niño pequeño, de sexo desconocido, corrió por el pasillo y tiró de los pantalones de Palmer. «¡He hecho una enorme! ¡Ven a ver, papi!», dijo.

Los tres entramos en una habitación gigantesca que parecía ser una cocina, sala de estar y estudio combinados. En el centro de la habitación había un orinal con forma de elefante. El Dr. Palmer miró dentro del orinal y exclamó: «Tamsin, ¡qué pedazo de mierda tan maravilloso!». Aparté la mirada mientras sacaba el orinal de la habitación. Entonces le oí gritar: «¡Alpha! ¡Griffith! ¡Venid a ver lo que ha hecho Tamsin!». Se oyó un estruendo en las escaleras. Miré hacia el pasillo y vi a otros dos niños andróginos mirando dentro del orinal y diciendo: «¡Guau!» y «¡Mega mierda!».

Me ajusté la chaqueta frente al espejo sobre la gran chimenea y pensé que la casa del Dr. Palmer no era adecuada para alguien de mi temperamento. No me gusta oír a los niños pequeños decir palabrotas y prefiero que vayan vestidos con ropa apropiada y con peinados que revelen su orientación sexual. Sin embargo, cuando el Dr. Palmer regresó después de vaciar el orinal, me alegró ver que se secaba las manos, lo que me indicó que conocía los fundamentos de la higiene. Acepté inspeccionar la habitación libre. Subimos las escaleras, seguidos por Tamsin, Griffith y Alpha, que hablaban entre sí en una lengua con la que no estaba familiarizado.

«¿Es galés lo que están hablando?», pregunté.

«No», rió Palmer. «Es oombagoomba. Es su propio lenguaje. Llevan su ropa de oombagoomba».

Observé los harapos, retazos de tela, chales, etc., con los que los niños iban festoneados y me sentí aliviado al comprobar que no era su modo habitual de vestir. Yo también tenía mi propia lengua inventada (ikbak), hasta que mi padre me lo arrebató a golpes durante un largo viaje en coche a Skegness.

La «habitación libre» resultó ser todo el ático entero. Tenía una cocina en un extremo y un baño privado en el otro. Había un escritorio en condiciones. Podía imaginarme leyendo las pruebas de imprenta de *¡He aquí!* en ese escritorio.

«Puedes hacer lo que quieras aquí arriba», dijo Palmer, «excepto asesinar en serie».

«¿Es usted profesor?», aventuré.

«No», respondió. «Estoy dirigiendo un proyecto de investigación sobre cultura popular. Estamos intentando averiguar por qué la gente va a bares, discotecas, bingos, al cine, ese tipo de cosas».

«Para divertirse, ¿no?», dije.

Palmer rió de nuevo. «Sí, pero tengo que convertir esa respuesta tan simplista en un estudio de tres años y un libro de setecientas páginas».

Mientras bajábamos las escaleras, le comenté al Dr. Palmer que, además de ser un inquilino excelente, también soy novelista y poeta.

Él gimió y dijo: «Mientras no me pidas *nunca* que lea tus manuscritos, seguiremos siendo los mejores amigos».

Me preparó una taza de café después de moler algunos granos y me contó un poco sobre su esposa, Cassandra, que está en Los Ángeles dirigiendo una película sobre la mutilación. Suena horrorosa, aunque dice que la echa de menos. Estoy demasiado cansado y confundido para escribir más. El Dr. Palmer me ha dicho que debe saber si quiero la habitación para el miércoles. Tiene que salir el viernes a una competición de dardos.

Lunes 22 de abril

¿Me voy, o me quedo?

¿Podré cuidar a tres niños cuatro noches a la semana?

Podría ahorrar 75 libras a la semana. ¿En un año, eso es...? Como siempre, cuando me enfrento a cálculos mentales, e incluso físicos, mi cerebro ha desconectado de mi cuerpo y se ha marchado de la habitación.

Gracias a Dios que existen las calculadoras. ¡Novecientas libras! No es que vaya a sacrificar mi vida social. No tengo y, con un poco de suerte, la Sra. Palmer se quedará en América, o se caerá por las cataratas del Niágara, o algo así.

Jueves 25 de abril

Llamé a Palmer desde la oficina y le dije que me mudaría esta noche. Llamé a Pandora; le pregunté si Cavendish me ayudaría con la mudanza.

«¿Mudanza?», dijo. «¿Otra vez?». Luego, «Haces más movimientos que un tiddlywink [juego victoriano=pulga]».

Llamé a la Sra. Hedge y le pedí que sacara mis calzoncillos de la lavadora y los colgara en el radiador de mi habitación para que se secaran. Le comenté que me mudaría.

Ella dijo: «Todo el mundo se muda, tarde o temprano».

Llamé a mi madre y le di mi nueva dirección por si ocurría alguna tragedia familiar. Estuvo media hora hablando sin parar sobre la amenaza del presidente Gorbachov de renunciar y predijo que la URSS corría peligro de colapsar. Al final la corté y le dije: «Ya no me interesan los acontecimientos mundiales. No hay nada que pueda hacer para influir en ellos, así que ¿para qué preocuparse?».

Llamé a la abuela en Leicester. Charlamos largo rato sobre la princesa Diana. La abuela no cree que últimamente se la vea feliz. Le expresé mi preocupación. Diana está demasiado delgada.

Llamé a Market Harborough Building Society para notificar el cambio de domicilio.

Llamé a Waterstone. Fingí ser un lector furioso; amenacé con demandarlos por vender pornografía, es decir, *Dork's Diary*.

Llamé a Megan. Fingí ser Brown. Dije: «Dios, te quiero, Megan» con su horrible voz chillona.

Finalmente, Brown irrumpió y me exigió que colgara el teléfono. Espero sinceramente que no haya estado escuchando detrás de la puerta.

Sentí la necesidad compulsiva de visitar a Leonora de nuevo. Aceptó verme inmediatamente. Llevaba un vestido blanco. Parecía una virgen destinada al sacrificio. Quería desflorarla, pero me encontré hablando de Bianca.

Leonora se inclinó hacia adelante en su silla, mostrando su oscuro escote. Me sorprendí a mí mismo diciendo que estaba bastante interesado en Bianca, aunque me decepcionaba su falta de escote.

Leonora dijo: «¿Pero podrías amar a Bianca?».

Le respondí: «La idea es ridícula. Pensar en *ella* no me quita el sueño por la noche, pero pensar en *ti* sí».

Leonora suspiró y dijo: «Te sugiero que cultives esta amistad con Bianca. Soy una mujer casada, Adrian. Tu obsesión conmigo es típica de una relación terapeuta/paciente. Se llama transferencia. Debes afrontar la verdad sobre tus sentimientos».

Le dije: «La verdad sobre mis sentimientos es que no te amo. Solo quiero ir a la cama contigo».

Leonora dijo: «¿Treinta libras por favor?» Me sentí como un cliente pagando a una prostituta.

Viernes 26 de abril

Día de la mudanza

Cavendish y Palmer son viejos amigos. Cuando se vieron, se saludaron con los brazos entrelazados sobre los hombros, sonriendo y estrechándose la mano, como tantos hombres en Oxford parecen hacer últimamente. Mientras sacaba mis posesiones de la parte trasera del Volvo e intentaba impedir que Tamsin, Griffith y Alpha interfirieran, oí a Cavendish y Palmer riendo como locos en el salón. No estoy seguro, pero creo que oí la palabra «blazer» [chaqueta deportiva]. Los niños hablaron en oombagoomba toda la noche hasta que su padre regresó a las 11:30 p.m. Se negaron rotundamente a irse a la cama o a conversar conmigo en inglés. En cambio, se tumbaron bajo la enorme mesa de pino sobre un montón de cojines y charlaron sin parar en ese idioma inventado. Era como estar en el extranjero; si cerrabas los ojos.

Sábado 27 de abril

Compré esta mañana *El Hotel Blanco* de D. M. Thomas. Si es siquiera la mitad de bueno que *El Gran Hotel Babilonia* de Arnold Bennett, estaré más que satisfecho. Cuando Christian me vio sacarlo de la bolsa, arqueó las cejas y dijo: «No lo dejes por ahí. Alpha tiene un nivel de lectura de trece años».

Le dije: «Deberías animar a tu hijo a leer».

Christian espetó: «*El Hotel Blanco* es un poco pesado para un niño que todavía cree que las hadas viven al fondo del jardín».

Debo decir que esto me sorprendió. Bajé al fondo del jardín ayer. Está lleno de juguetes oxidados y basura apestosa. No es precisamente el país de las hadas.

A las 11:30 p. m., abrí *El Hotel Blanco*, leí durante diez minutos, luego me levanté y cerré la puerta con llave. No debe caer en manos de Alpha.

Lunes 29 de abril

Canguro. Christian está en la semifinal de una competición de dardos con su dictáfono y portapapeles. ¿Se dan cuenta los jugadores de dardos barrigones de que están participando en un proyecto de investigación? Lo dudo. Todos parecen tener visión túnel, lo cual supongo que es una ventaja si te ganas la vida jugando a los dardos.

Christian me contó hoy que Bianca había preguntado por mí, preguntándome si ya me había adaptado. Le dijo que les caigo bien a los niños. Ojalá me lo hubiera dicho. Christian me preguntó por qué no le pido una cita a Bianca. Le respondí con indiferencia que estaba demasiado ocupado. Pero, querido diario, la verdad es que me temo *que me rechace*. Mi ego es algo frágil y delicado, y además, ¿estoy seguro de querer comprometerme con una persona que trabaja en un quiosco?

Notas sobre Bianca:

Negativas

1. Es agradable a la vista, pero no llama la atención, a diferencia de Leonora, que es capaz de parar el tráfico.
2. Cuando le comenté que mi camino al trabajo era «agradablemente chejoviano, en gran parte debido a los cerezos en flor», me miró con cara de póquer y me preguntó qué significaba «chejoviano».
3. Sus caderas no parecen aptas para tener un hijo.
4. Lleva botas Doc Martens.
5. Es fan de Guns N' Roses.

Positivas

1. Es amable, sobre todo con los niños que se entretienen en la sección de dulces del quiosco.
2. Parece que consigo hacerla reír.
3. Su piel parece seda blanca. Siento un extraño deseo de acariciarle la cara cada vez que estoy cerca de ella.

Martes 30 de abril

Me alegra que abril haya terminado. Es un mes agridulce. Las flores ya están en flor, pero el viento sigue soplando y agitando los bajos de los pantalones a menos que los metas dentro de los calcetines.

La barba está tupida ahora. Se me queda comida en ella. Brown me señaló un trozo de clara de huevo a las 9:30 de la mañana. Me comí mi huevo duro a las 7:39. Desde entonces, he hablado con, o me han visto, al menos treinta personas, ¿Por qué nadie más se dio cuenta de que tenía clara de huevo en la barba? No era un trozo *pequeño*. Era un trozo bastante grande, y por lo tanto, imposible de pasar por alto. Tendré que comprar un espejo de mano pequeño y revisarme la barba regularmente después de las comidas. No puedo arriesgarme a que vuelva a ocurrir una situación tan embarazosa.

Miércoles 1 de mayo

Canguro. Griffith me pidió ayuda con su maqueta de un misil Scud, que está haciendo con un tubo de cartón de papel higiénico y trozos de botella de lavavajillas. Le dije que soy pacifista.

Griffith (de seis años) preguntó: «Si tu hermana estuviera siendo amenazada por una pandilla de matones violentos, ¿te quedarías de brazos cruzados?».

Le respondí: «¿Sí? Griffith no conoces a mi hermana Rosie. Ella es perfectamente capaz de defender a una pandilla de matones violentos».

Christian regresó de su noche de karaoke a las 11 de la noche. Al parecer, lo habían obligado a cantar «El amor es algo maravilloso» para mantener su tapadera. Así que su proyecto de investigación *es* una operación encubierta. Eso explica por qué Christian se cambia sus vaqueros desgastados por sus prendas de poliéster siempre planchadas antes de unirse a sus desprevenidos compañeros, buitres de la cultura popular.

Jueves 2 de mayo

He leído todo el manuscrito de *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria* hasta ahora. Es una porquería de principio a fin.

Viernes 3 de mayo

Quizás fui demasiado duro anoche. *¡He aquí!* tiene pasajes de una brillantez absoluta. Unos cinco.

Sábado 4 de mayo

Dejé *¡He aquí!* en la mesa de la cocina durante la noche. Christian no comentó nada esta mañana, aunque Alpha comentó: «Has escrito mal “éxito” en la página cuatro». ¿Tiene dos c y dos s [success]? Christian ni siquiera levantó la vista de su *Sun*.

Si hay algo que no soporto, es un niño precoz. Es completamente antinatural. Estuve tentado de decirle a Alpha que cualquier hada que viva en el Agujero del Infierno al fondo de su jardín debería vacunarse contra el tétanos, pero no lo hice.

Recibí el nuevo catálogo de Plumbs esta mañana, me ofrecen cuatro cojines con aspecto de tapiz y bordes rellenos a un precio de ganga de 27,99 libras. ¿Cómo me localizaron? El sobre llegó directamente de Plumbs a Banbury Road. ¿Me estarán vigilando?

Domingo 5 de mayo

Me puse la chaqueta y salí a dar mi paseo dominical habitual por la circunvalación exterior a las 2 de la tarde. Un viejo cascarrabias en un Morris Minor se detuvo y me preguntó cómo llegar al Oxford Bowling Club. ¡Como si yo lo supiera! Al regresar, encontré la casa llena de amigos de Christian, celebrando lo que él describió como una «fiesta de fondue». Estaban sumergiendo verduras crudas en una olla apestosa con lo que parecía pintura amarilla. Decliné unirme a ellos.

Lunes 6 de mayo

Bianca pasaba por allí cuando salía para el trabajo esta mañana, así que caminamos juntos parte del camino. Al cruzar en el semáforo, su mano rozó la mía. Sentí una descarga eléctrica. Me disculpé y metí la mano en el bolsillo de mi impermeable para evitar que volviera a suceder. Se quitó los auriculares Sony y me invitó a escuchar su cinta de Guns N' Roses. Después de cinco minutos se los devolví. No podía soportar el estruendo.

Martes 7 de mayo

Bianca estaba de nuevo afuera de la casa esta mañana. No sé por qué sigue viniendo por esta calle.

No está en su ruta al trabajo.

Cuidé a los niños. Se acostaron a las 9:30 p.m., después de que les leyera los primeros tres capítulos de *¡He aquí!* Por una vez, parecían bastante cansados, bostezando, etc.

Miércoles 8 de mayo

Bianca estaba allí otra vez, atándose los cordones de sus botas Dr. Martens. Me contó que se aburre por las noches — no tiene muchos amigos en Oxford. Especialmente echa de menos el cine, pero está harta de ir sola. No paró de hablar de Al Pacino. Ha visto *Mar de amor* once veces. Yo no la he visto ni una. Personalmente, no le soporto. Le dije que tampoco he visto una película en años. Cuando se fue y entró en el quiosco, parecía irritada. Síndrome premenstrual, probablemente.

Jueves 9 de mayo

Canguro. A las 7:30 p.m. les ofrecí leer más de *¡He aquí!* a los niños, pero dijeron al unísono que estaban muy cansados y querían irse a la cama. Tuve una noche pacífica lavando mi ropa de trabajo y lavándome la barba. Christian regresó a la una de la madrugada después de presenciar una pelea en un restaurante indio. Le aconsejé que pusiera sus pantalones en remojo con agua fría durante la noche. La cúrcuma es una de las manchas más difíciles de quitar. Es muy difícil de eliminar una vez que se adhiere.

Lunes 13 de mayo

¡Un tremendo escándalo a la hora del almuerzo! ¡Megan Harris y Bill Blane fueron pillados en el acto de fotocopiar sus partes íntimas! Se habrían salido con la suya si la máquina no se hubiera atascado. Ambos han sido suspendidos de empleo y sueldo, a la espera de una investigación interna. Me alegro bastante. Me ha ahorrado tener que fotocopiar doscientas páginas de tonterías sobre los tritones de Newport Pagnell.

Martes 14 de mayo

Es totalmente injusto. Debido a la suspensión de Bill, me han asignado la responsabilidad de todo el Departamento de Tejones. Brown tiró los expedientes de los casos de tejones sobre mi escritorio y me dijo: «Eres amigo de Bill. Arregla esto».

Solo porque Brown fue quien forzó la puerta de la sala de fotocopias ayer, no hay necesidad de desquitarse conmigo. Puede que haya perdido a una amante y a una secretaria, pero debe recordar lo que aprendió en su curso de formación gerencial y mantener la cabeza fría.

Miércoles 15 de mayo

Me levanté al amanecer para tomar un taxi al criadero de tejones. Tengo que aprender a conducir. En el viaje de regreso, el taxista no paraba de quejarse del olor. Llevaba excrementos frescos de tejón en un frasco sellado del Departamento de Medio Ambiente, así que cómo el aroma entró en contacto con la nariz del taxista es un misterio para mí. Personalmente, me pareció que el «ambientador de pino» de ventilación que colgaba del techo de su taxi era mucho más ofensivo olfativamente.

Viernes 17 de mayo

Ya estoy hasta arriba de tritones y tejones, ¡y ahora Brown insinúa que también pueden darme la responsabilidad de los *sapos corredores*! Obviamente está intentando forzarme a renunciar o a sufrir una crisis nerviosa por exceso de trabajo.

Están pasando fotocopias de las partes íntimas de Megan y Bill por la oficina. Me parece absolutamente repugnante — una invasión total de su vida privada, por no hablar de sus partes íntimas. Además las copias están tan borrosas que es imposible distinguir cuáles son las de Bill y cuáles las de Megan. Esa fotocopiadora nunca funcionó adecuadamente.

Bianca vino esta noche con la factura de los periódicos de Palmer. Le abrí la puerta y la habría invitado a pasar, pero no quería que pensara que tenía en mente tener relaciones sexuales — aunque, por supuesto, las tenía. Nunca se me quitan de la cabeza. Obviamente se había arreglado un poco, para variar.

Llevaba vaqueros ajustados, botines de tacón alto y una camisa blanca metida por dentro de un cinturón de cuero marrón. Se había lavado el pelo recientemente. Olía a champú Wash 'n' Go — el mismo que uso yo. Estuve a punto de preguntarle si quería pasar a tomar un café, pero algo me contuvo.

Parecía que no quería moverse de la puerta — no paraba de hablar de lo harta que estaba de no tener nada que hacer por las noches. Me vi forzado a quedarme de pie bajo un frío viento, vestido solo con camisa y pantalón. Esto podría provocarme un enfriamiento grave. Debo chequearme la temperatura en los próximos días.

Domingo 19 de mayo

Como era previsible, ayer me desperté con fiebre, así que tomé tres cucharadas de Night Nurse [Enfermera de Noche, marca de jarabe] (aunque solo eran las 8:30 de la mañana) y volví a dormir. Hoy, Christian llamó a mi puerta a las 12:30 y me preguntó si podía cuidar a los niños durante tres horas mientras él asistía a una despedida de soltero en un club de trabajadores. Acepté a regañadientes y me levanté a duras penas.

Personalmente, nunca he visto un espectáculo de striptease. No sabría cómo colocar mis rasgos faciales. ¿Lo vería con estudiada indiferencia, como los detectives de televisión que se ven obligados a interrogar a gentuza en clubes de striptease? ¿Sonreiría y reiría como si me *divirtiera* ver a una joven desnudándose? ¿O tragaría saliva frecuentemente, jadearía y entrecerraría los ojos, revelando a los espectadores mi excitación sexual? Temo lo último.

Cuando Christian regresó, subió las escaleras. La ducha estuvo abierta durante al menos tres cuartos de hora. Sospecho que se estaba purificando simbólicamente.

Hoy era un día de Oombagoomba, así que no hablé —de hecho, *no podía*— con los niños.

El Ministro de Hacienda, Norman Lamont, va a demandar a una terapeuta sexual por daños y perjuicios. Pero, ¿cómo te perjudicó, Lamont? El pueblo británico debería saberlo.

¡El sábado recibí una carta de *Reader's Digest* informándome de que mi nombre ha sido preseleccionado entre cientos de miles de personas para recibir un fabuloso premio en metálico! ¡Lo único que tengo que hacer es suscribirme a la revista *Reader's Digest*! Es fácil burlarse de *Reader's Digest*, pero hay que reconocer que es una forma muy práctica para que los bibliófilos ocupados se mantengan al día en temas literarios.

Plumbs también me ha escrito ofreciéndome un mantel circular de encaje y una mesa redonda de madera contrachapada, por si no tuviera ya una. La verdad es que me tentaron bastante ambas opciones.

Jueves 23 de mayo

Christian organizó una fiesta anoche y Cavendish y Pandora vinieron. Intenté entablar conversación con Pan, pero cada vez que lo hacía, podía ver sus ojos mirando por encima de mi hombro. ¿Soy una compañía tan aburrida?

A las ocho en punto, Bianca apareció con un vestido negro ajustado y brillante. Le presenté a Pandora. Pandora le dijo: «¡Qué vestido tan bonito, Bianca! ¡Dios!, ¿no amas la licra! ¿Qué hacíamos antes sin ella?». Después estuvieron hablando sin parar sobre la licra durante media hora. En mi opinión, la costosa educación de Pandora ha sido un completo desperdicio.

En algún momento, debió haber al menos cincuenta personas en el salón/cocina/estudio. La mayoría eran licenciados, pero nunca lo habrías sabido por su conversación. Los temas principales fueron, en orden:

- 1) *The Archers*
- 2) Fútbol (Gazza)
- 3) Lycra
- 4) Recortes en la universidad
- 5) Princesa Diana
- 6) Alcoholismo
- 7) El asesinato de Oxford
- 8) Avena
- 9) La quema de Rajiv Gandhi
- 10) El sujetador Wonderbra de Gossard

¡Se hacen llamar intelectuales! Mis esfuerzos por hablar sobre mi libro, *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria*, fueron recibidos con fría indiferencia. ¡Sí! Los supuestos «cerebros más brillantes» del país me escucharon durante unos minutos, luego pusieron débiles excusas para dejar mi compañía. En un momento dado, justo cuando les contaba sobre el aprendizaje de mi héroe con un zapatero en el capítulo once, un hombre llamado Profesor Goodchild [Buenchico] se alejó diciendo:

«Por favor, ahórrate los malditos detalles».

Sin embargo, solo unos minutos después, le oí hablar de su pecera y de la mejor manera de limpiarla.

Bianca se marchó a las 11:30 acompañada de un tipo de aspecto sospechoso con una chaqueta de cuero negra. Al parecer, es alguien importante en astrofísica, aunque en mi opinión parecía el típico idiota que no sabría por qué extremo del telescopio debe poner el ojo.

Mientras limpiábamos después de la fiesta, Christian dijo: «Adrian, hazme caso, tira esa maldita chaqueta. ¡Cómprate ropa moderna para jóvenes!».

Le respondí (con bastante ingenio, pensé): «La licra no me sienta bien». Se quedó perplejo un momento y luego continuó lavando los vasos.

Pandora también hizo un comentario desfavorable: «Esa jodida chaqueta espantosa: ¡Por los clavos de Cristo, dónala a Oxfam!».

Tal vez lo haga.

Pasé horas en vela imaginando a Bianca y al astrofísico contemplando las estrellas juntos. ¿Le confiaría su telescopio?

Viernes 24 de mayo

Un hogar en mi camino al trabajo ha adquirido un pitbull terrier americano. En la superficie, parece una bestia amigable. Lo único que hace es quedarse parado y sonreír a través de la cerca. Pero de ahora en adelante tomaré una ruta diferente para ir al trabajo. Esto me causa considerables inconvenientes, pero no puedo arriesgarme a sufrir una desfiguración facial. Me gustaría que la fotografía en la contraportada de mi libro mostrara mi rostro tal como es hoy, sin cicatrices horribles. Sé que los cirujanos plásticos pueden hacer milagros, pero de ahora en adelante no me arriesgaré.

Brown estaba de muy mal humor hoy. Recibió una carta del abogado de Megan. Ella amenaza con demandarle por difamación, a menos que la readmita de inmediato. Espero que Brown ceda. La sustituta de Megan, la Sra. Julia Stone, es de esas personas superiores que nunca pierden su dinero en las máquinas expendedoras de chocolate de las estaciones de tren.

Sábado 25 de mayo

Oxford está lleno de excursionistas que viajan en la planta superior de los autobuses turísticos y caminan por las calles mirando hacia arriba. Nos resulta extremadamente molesto a los residentes que los extranjeros nos pregunten por el camino cada cinco minutos. Quizás sea una mezquindad, pero disfruto bastante enviándolos a la dirección equivocada.

¡Acabo de acordarme! Cuando ayer entregué mi chaqueta en la tienda de Oxfam, mi condón estaba en el bolsillo superior. Esto significa que, si surge una oportunidad sexual hoy, estaré desprevenido. También significa que ya no puedo entrar a la tienda de Oxfam — al menos no hasta que la Sra. Whitlow, la voluntaria a la que se lo di, muera o se retire. La Sra. Whitlow a menudo me ha felicitado por ser un «joven decente y de vida sana», aunque no la he dado absolutamente ningún motivo para pensar eso.

Lunes 27 de mayo

¿Por qué tienen que cerrar los bancos solo porque es festivo? Es un día en que la gente quiere *gastar* dinero, ¿no? Le pedí prestadas 5 libras a Christian para comprar Durex y bananas.

Martes 28 de mayo

Acabo de terminar el capítulo doce de *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria*, «El perro que tuvo que morir»:

Cerró la puerta principal de la casa de su madre con un suspiro. La había dejado desplomada sobre la mesa de la cocina rodeada de ceniceros rebosantes y latas de cerveza vacías. Arriba, su padre se inyectaba heroína en sus colapsadas venas. La mascota de la familia, un pitbull terrier americano, miró desde la ventana delantera de la sórdida casa adosada y gruñó, mostrando sus temibles fauces. Caminó por la calle y saludó a los vecinos raquíticos. Una pareja fornicaba en un callejón, con la mirada perdida, sus movimientos automáticos. Lloró internamente. La angustia se apoderó de su alma. Lamentó el día en que había nacido. Entonces, de repente, un rayo de sol cayó sobre su camino. Se quedó allí, hipnotizado. ¿Era una señal, un presagio, de que su vida mejoraría a partir de ahora?

Se dio la vuelta y regresó a la casa. Abrió la puerta principal. El perro, Butcher, le gruñó, así que lo estranguló hasta que el perro quedó muerto a sus pies. Sintió maldad, pero a la vez, extrañamente, una sensación de bienestar. El perro no había sido más que una molestia y nadie lo sacaba a pasear. Tenía la conciencia tranquila.

¡Guau! ¡Qué escritura tan poderosa! Creo que Dostoievski estaría orgulloso de mí. El asesinato de un can es seguramente una primicia en la ficción inglesa. Supongo que recibiré algunas cartas de amantes de los perros ingleses cuando se publique *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria*, pero les responderé y les aclararé que soy un artista y debo seguir el camino que me marca mi pluma.

Miércoles 29 de mayo

Julia Stone y yo tuvimos una breve conversación hoy en la máquina expendedora de Autovent, mientras me servían la sopa de rabo de buey en mi vaso de plástico. Me pidió que no volviera a usar el baño de mujeres. Le indiqué que en el baño de hombres se había acabado el papel higiénico, pero me dijo que si continuaba «invadiendo el espacio femenino», me denunciaría por acoso sexual. También me comentó que había revisado el talonario de correos y que yo usaba más sellos que cualquier otro empleado.

Le dije con un tono frío —aunque no tan frío como mi sopa de rabo de buey— que escribía más cartas, por lo tanto necesitaba más sellos. Pero me temo que me he ganado una enemiga.

La señora Julia Stone es una mujer imponente. Se me cierra la garganta cada vez que tengo que hablar con ella. El pintalabios podría ayudar. A ella, no a mí.

Christian regresó de la discoteca Golden Gate con un ojo morado. Su crimen fue mirar a un gamberro. Sí, el gamberro acusó a Christian de «mirarlo» a él. Este es un ejemplo aterrador de la desintegración de la sociedad británica. Los gamberros *disfrutaban* de que la gente los mirara. De ahora en adelante, apartaré la mirada siempre que vea a un gamberro aproximándose a mí.

Después de que Christian dejara de preocuparse por su ojo y se fuera a la cama, me senté a la mesa de la cocina e intenté incluir algo de sexo en *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria*.

Capítulo Trece: Desfloración

Él yacía en la cama de su habitación parisina. Fifi comenzó a quitarse su vestido de licra. Su respiración se incrementó. Ella quedó al descubierto ante él, con el pecho tenso bajo su sujetador Gossard Wonderbra, sus bragas limpias y bien planchadas. Él extendió la mano hacia ella, pero ella le dijo con su acento francés: «No, no, *mon amour* [amor mío], creo que debes esperar, ¿no?»

Su ardor se incrementó al notar que sus nalgas eran suaves y sin granos. Gimió y...

No es bueno. No puedo escribir sobre sexo. Ni siquiera sobre sexo francés en París.

Sábado 1 de junio

Dos cartas, una de Plumbs, ofreciéndome un juego de toallas a juego con mi monograma personal bordado en los bordes; la otra de Sharon Bott.

Querido Adrian:

Espero que estés bien ¡cuánto tiempo sin verte! vi a tu madre en la ciudad y tuvimos una charla me dijo lo mucho que Glenn se parecía a ti le dije que sí y me preguntó si era de nuestro Adrian Sharon tengo que saberlo lo soltó así sin más no supe qué decir tengo que confesar que estaba saliendo con otra persona en el momento que salía contigo no quería engañarte Adrian pero a veces estabas de mal humor y quería reírme un poco era muy joven. Glenn ya va al colegio y es un chico grande. Mi mamá dice que deberías pagar algo de dinero pero le dije que no mamá que no sería justo porque no sé si Glenn es hijo de Adrian o no tu mamá me dio esta dirección para escribirte espero que no haya muchas faltas de ortografía pero ya no escribo nada desde que terminé la escuela no hace falta vi a Baz en la tele ¿le viste? le ha ido bien no tengo novio desde que Daryl se fugó con el vídeo y las 35 libras que había ahorrado para el gas he engordado un poco pero voy a apuntarme a Waitwatchers [en realidad Weightwatchers, vigilantes del peso] para adelgazar tu madre dijo que me cuidaría a los niños es tan buena conmigo. Un saludo,

Sharon

Domingo 2 de junio

Hablé con mi madre esta mañana y le ordené que no metiera sus narices en mis asuntos. Me dijo: «Glenn es el *resultado* de uno de tus asuntos» y colgó. Desde entonces, he recibido la señal de que está ocupado.

Me enfureció la interferencia de mi madre. ¿Cómo se atreve *ella* a pontificar sobre la moral de *nadie*? Sé con certeza que no era virgen en su noche de bodas. Me lo contó mi abuela.

Y de todos modos, mi madre no debería haber hablado en plural. No he tenido *asuntos*. He tenido *una* aventura. En singular. Con Sharon Bott, una simplona que no distingue entre «they're» [ellos son], «there» [allí] y «their» [su] y que desconoce por completo la coma y el punto. Probablemente cree que un semi-colon [punto y coma] es una extirpación parcial de los intestinos.

Nota mental: ¿Es mío el niño? ¿Análisis de paternidad? ¿Carta de negación?

2 a.m. Le escribí a Sharon.

3 a.m. Destruí la carta. (Debo redactar cuidadosamente mi respuesta. Necesito tiempo para informarme sobre la ley relativa a la paternidad).

Martes 4 de junio

Gracias a Dios, el príncipe Guillermo se ha recuperado completamente tras recibir un golpe en la cabeza con un palo de golf. Al pensar en lo cerca que estuvimos de perder a nuestro futuro rey, se me para el corazón. Bueno, literalmente no se me *para*, no se *detiene*, pero me alegra que el niño esté mejor. Llamé a la abuela en Leicester. Quería saber por qué el príncipe Carlos no recogió a su hijo del hospital. Dijo: «¿Acaso no sabe que es tradicional en nuestra cultura inglesa?». Cree que la monarquía está perdiendo el contacto con el pueblo y se quejó amargamente de que mover el yate real *Britannia* cuesta treinta y cinco mil libras a la semana.

5:00 p.m.

El *Oxford Mail* acaba de informar de que el emir de Kuwait aún no ha anunciado la fecha de las elecciones democráticas que se celebrarán en su país. Resulta desconcertante, teniendo en cuenta todos los problemas y gastos que los aliados tuvieron que afrontar recientemente. ¡Date prisa, emir! También he sido informado por el *Oxford Mail* de que el yate real *Britannia* cuesta treinta y cinco mil libras ¡*al día!* ¡*Al día!* Llamé enseguida a la abuela y le aclaré las cosas. Estaba disgustada.

Consulta: ¿Por qué el emir de Kuwait escribe su nombre con minúscula?

Viernes 7 de junio

Pasé la mañana redactando un informe sobre la proyección de nacimientos de tritones y la primera parte de la tarde sobre la distribución de tejones. Pero me temo que algunos documentos se han mezclado. Mientras fotocopiaba los informes, me di cuenta de que había confundido algunos datos. Sin embargo, Brown me estaba pidiendo los informes a gritos desde el pasillo, ¿qué podía hacer? Su reunión de directivos comenzaba a las 4 de la tarde, así que no tuve más remedio que entregarle los documentos.

Sábado 8 de junio

Le escribí a Sharon:

Querida Sharon:

¡Qué alegría saber de ti después de tanto tiempo!

Me temo que no hay ninguna posibilidad de que pueda ser el padre de tu hijo, Glenn.

Recientemente me hice un análisis de esperma y el espermatólogo me informó que mis espermatozoides son demasiado débiles para transformarse en un niño. Esto es una tragedia personal para mí, ya que había planeado tener al menos seis hijos.

Mencionas en tu carta que estabas engañándome. Me dolió muchísimo leer esto — sé que nuestra relación no era ideal; veníamos de entornos diferentes: yo: clase trabajadora alta/media baja; tú: clase trabajadora baja, clase baja. Y, por supuesto, nuestros niveles educativos son un mundo aparte, por no mencionar nuestros intereses culturales. Pero a pesar de estas diferencias, pienso que nos llevábamos bastante bien en el plano sexual. No veo absolutamente ninguna razón por la que me hayas traicionado y buscado otra pareja sexual. Confieso que estoy devastado por tu revelación. Me siento barato y utilizado. Te agradecería enormemente que dejaras de ver a mi madre. Es adicta a los dramas humanos de cualquier tipo. Se cree un personaje de una telenovela. Te sugiero que vayas a Weight-watchers (no Waitwatchers, por cierto) y contrates a una niñera competente. No se puede confiar en mi madre con niños pequeños: me dejó caer de cabeza a la edad de seis meses, mientras sacaba un huevo cocido de una cacerola.

De todos modos, Sharon, me alegró mucho de saber de ti. Saludos,
Adrian

PD: ¿Con quién me engañabas? Claro que no importa, por supuesto. He tenido un constante tráfico de amantes desde que terminamos nuestra relación. Es simple curiosidad por mi parte. Pero me gustaría saber el nombre del chico, aunque no es importante en absoluto. No te sientas obligada a decírmelo. Solo creo que te ayudará a desahogarte. La culpa puede carcomerte, ¿verdad? Así que por favor escíbeme y dime el nombre del chico. Creo que te sentirías mejor contigo misma.

Domingo 9 de junio

Pasé el día tranquilamente, trabajando en el Capítulo Catorce de mi novela.

Miró al joven chico, que estaba pinchando con un palo a un sapo corredor. «¡Para!», gritó. «Es una especie en peligro de extinción. Debes ser amable con él». El niño dejó de pinchar al sapo y se acercó para tomarle la mano.

«¿Quién eres?», balbuceó el niño. Deseaba gritar: «¡Soy tu *padre*, muchacho!», pero era imposible. Miró a Sharon Slagg, la madre del niño, que pesaba ciento treinta y tres kilos y tenía numerosas puntas abiertas. ¿Cómo pudo haber tenido relaciones sexuales con ella alguna vez?

Soltó la mano del niño y dijo: «No soy nadie, muchacho. Soy un desconocido para ti. Simplemente soy una persona que ama el planeta en el que vivimos — incluyendo a las ingenuas criaturas con las que compartimos nuestro planeta».

Dicho esto, se alejó de su hijo. El chico exclamó: «Por favor, extraño, ¿no te vayas?». Pero sabía que debía hacerlo, antes de que Sharon Slagg levantara la vista de *Herida*, el libro que leía en el banco del parque. El chico dijo: «Ojalá fueras mi padre, extraño, así yo también tendría un papá que viniera a las reuniones de padres».

Sintió que se le partía el corazón. Sollozando, se alejó por el césped hasta que el niño se convirtió en una hormiga en la distancia.

No me importa admitir que esta pieza de escritura me hizo secarme las lágrimas. Dios, qué ingenioso soy. Puedo tocar las teclas del corazón como ningún otro escritor que conozco. Siento que mi libro ha mejorado vastamente con estas adiciones. Todavía le falta fuerza narrativa (¿o no?), pero nadie puede decir que no despierta emociones en el lector.

Jueves 20 de junio

Bianca vino esta noche a pedirme prestada una taza de arroz basmati. Ha dejado de salir con el Astrónomo: dijo que su aliento olía constantemente a kiwi.

Es una chica muy educada, con un vocabulario bastante extenso. Le pregunté por qué trabajaba en un quiosco. Me dijo: «No hay trabajo para ingenieros cualificados».

Me quedé boquiabierto al saber que Bianca tiene una licenciatura con honores en Ingeniería Hidráulica por la Universidad de Edimburgo. Antes de que se fuera con el arroz, le pedí que arreglara la ducha que gotea en mi habitación. Me dijo que con gusto vendría mañana por la noche a arreglarla. Me preguntó si debía traer una botella de vino. Le dije que no era necesario. Pareció decepcionada. Espero sinceramente que no sea alcohólica ni que beba mucho y necesite un trago antes de poder trabajar.

Estoy progresando bien con la novela. Esta noche saqué mi poema épico *El renacuajo inquieto*. Es increíblemente bueno, pero no tengo tiempo para terminarlo. La novela tiene prioridad. No se gana dinero con la poesía. Nuestro poeta laureado, Ted Hughes, lleva la misma chaqueta en su fotografía desde hace veinte años.

Viernes 21 de junio

Bianca vino *avec* [con] su caja de herramientas, pero *sans* [sin] vino. Se quedó un rato después de arreglar la ducha y habló de lo sola que se siente y de cuánto anhela tener un novio formal. Me preguntó si yo tenía novia formal. Le respondí negativamente. Me senté en el sillón junto a la ventana y ella se tumbó en mi cama con una pose que un hombre a la antigua usanza podría haber interpretado como provocativa.

Quise unirme a ella en la cama, pero no estaba seguro de cómo reaccionaría. ¿Me recibiría con los brazos y las piernas abiertos? ¿O bajaría las escaleras corriendo gritando y le pediría a Christian que llamara a la policía? Las mujeres son un completo misterio para mí. Un minuto están pestañeando, al siguiente te llaman cerdo machista.

Mientras intentaba aclarar la situación, se hizo un silencio entre nosotros, así que empecé a hablar sobre las revisiones que estoy haciendo a mi libro. Después de unos veinte minutos, se quedó profundamente dormida. Fue una situación de lo más incómoda.

Finalmente, bajé las escaleras y le pedí a Christian que viniera a despertarla. Él se burló y dijo: «A veces eres increíblemente estúpido». ¿Qué quería decir? ¿Se refería a mi incapacidad para arreglar mi propia alcachofa de ducha, o a mi timidez en lo que respecta al sexo?

Cuando Bianca despertó parecía una niña triste. Quise abrazarla pero antes de que pudiera agarró su caja de herramientas y bajó corriendo las escaleras sin decir buenas noches.

Sábado 22 de junio

Me di una ducha muy satisfactoria esta mañana. La presión del agua ha mejorado considerablemente.

2:00 p.m.

Trabajé en el Capítulo Quince. *Lo* envié a China.

11:30 p.m.

Lo traje de vuelta de China. No tengo ganas de hacer toda esa tediosa investigación. Simplemente le hice caminar por la Gran Muralla y luego volar de regreso al aeropuerto de Midlands Orientales. Bajé a la cocina a prepararme un chocolate caliente y le conté a Christian sobre el viaje de mi héroe a China. Christian dijo: «Pero me dijiste que es pobre. ¿De dónde sacaría el dinero para el billete de avión?». ¡Dios, cómo odio a los pedantes!

1:00 a.m.

Inserto para el Capítulo Quince:

¿Qué era aquello en la alfombra? Se agachó y recogió una carta de el *Reader's Digest*. En el anverso del sobre de papel de lujo ponía «ABRIR INMEDIATAMENTE». Obedeció. ¡Dentro había una carta y un cheque por un millón de libras! ¡Era fabulosamente rico! «¿Cómo lo gastaré todo?», le preguntó a la gata. La gata lo miró con expresión inescrutable. «¿China?», dijo. «¡Haré una excursión de un día a China!».

Espero que esto satisfaga a mi pedante casero y a mis lectores más críticos.

Domingo 23 de junio

En el desayuno, le conté a Christian cómo mi héroe consiguió el dinero para ir a China. Ahora quiere saber qué hace mi héroe con el dinero *restante*. Es imposible complacerle.

12 del mediodía

Capítulo Dieciséis: Un acto gratuito

El mendigo que estaba fuera de la estación de autobuses de Leicester miró con incredulidad cómo 999.000 libras esterlinas caían sobre su cabeza. *Él* se marchó, pobre de nuevo.

5:00 p.m.

Vi a Bianca caminando hacia mí cuando regresaba de mis paseos por la circunvalación exterior esta tarde. Llevaba pantalones cortos y una camiseta: sus piernas, excepto los tobillos, se veían magníficas, largas y delgadas. Me apresuré hacia ella. Para mi asombro, cruzó la calle y me ignoró. ¡Menuda ironía que Christian me dijera que le gusto! Menos mal que no me acosté con ella la otra noche. Podría estar en prisión ahora mismo, acusado de agresión sexual.

La próxima vez que vaya a la biblioteca intentaré encontrar un libro que explique al profano inteligente cómo funciona el cerebro femenino.

Verano

Miércoles 3 de julio

Brown me recordó hoy que tengo derecho a dos semanas de vacaciones que perderé si no las tomo en los próximos dos meses.

Llamé a mi agente de viajes. Le dije que quería dos semanas en Europa en un hotel de cuatro estrellas con media pensión, pero por no más de 300 libras. Me prometió llamarme si encontraba algo en Albania. Le dije: «Albania no, he oído que la comida es inaudible». Después de colgar, recordé que la palabra para comida mala es, por supuesto, «incomible». Espero no estar sufriendo un inicio temprano de demencia senil. La pérdida de palabras es una señal temprana.

Viernes 5 de julio

Hoy me llamó la agente de viajes. Desafortunadamente, la llamada fue transferida a la oficina de Brown, donde me estaban reprendiendo por una confusión con los informes sobre tritones y tejones. El Departamento de Transporte había recibido la información errónea de que una familia de tejones había aparecido en la ruta de la circunvalación proyectada de Newport Pagnell. Naturalmente, la presencia de Brown me impedía concentrarme en lo que decía la agente de viajes.

Le dije que la llamaría más tarde, pero me respondió: «Tiene que reservarlo *ahora mismo* si lo quiere».

Le pregunté: «¿Reservar qué?».

Me contestó: «Sus vacaciones. Una semana en los lagos y ríos rusos, y una semana en Moscú. Dos semanas por 299,99 libras, pensión completa».

«Adelante», le dije.

Sábado 6 de julio

Llamé a la autoescuela *Easy-pass* [pago electrónico de peajes] y reservé una clase gratuita, tal como anunciaban en el *Oxford Mail*. Empiezo a conducir el jueves 18 de julio. Ya había tomado clases de conducir antes, pero mis anteriores instructores me decepcionaron mucho. Eran todos unos incompetentes.

Domingo 7 de julio

Canguro mientras Christian iba al bingo. Ganó 7,50 libras y estuvo a punto de ganar el premio mayor de la zona, que era de 14.000 libras. Solo le faltaban dos señoras gorditas [el 88].

Lunes 8 de julio

¡He trabajado en *¡He aquí!* ¿Le pongo nombre a él? Si es así, ¿cuál? Debe expresar su sensibilidad, su coraje, su individualismo, su vigor intelectual, su éxito con las mujeres, su afinidad con la naturaleza, sus raíces proletarias.

Martes 9 de julio

¿Qué tal Jake Westmorland?

Miércoles 10 de julio

¿Maurice Pritchard?

Jueves 11 de julio

¿Oscar Brimmington?

Viernes 12 de julio

¿Jake Pritchard?

Sábado 13 de julio

¿Maurice Brimmington?

Domingo 14 de julio

Pronto tendré que tomar una decisión. No puedo seguir con mi libro hasta que lo haga. Christian prefiere «Jake Westmorland». Sin embargo, al hombre de la frutería le gusta cómo suena «Oscar Brimmington». En cambio, un revisor de autobús, a quien consulté su opinión, se mostró muy a favor de «Maurice Westmorland».

Lunes 15 de julio

Pasé el día cuidando niños. Hice que los niños me examinaran sobre el código de circulación. Esta noche alguien no paró de llamar a casa. Una mujer. Solo dijo: «Hola». Pero cuando le pregunté quién llamaba, colgó. Parecía Bianca, pero ¿por qué se comportaba de una forma tan infantil?

Martes 16 de julio

Brown tuvo que ir al Hospital Radcliffe esta mañana para que le ajustaran el corsé ortopédico, así que aproveché para ir a su oficina y revisar mi expediente:

MOLE - ADRIAN:

PREVISIÓN — NINGUNA

PUNTUALIDAD — POBRE

INICIATIVA — NINGUNA

FIABILIDAD — BASTANTE BUENA

HONESTIDAD — SOSPECHOSO DE ROBAR SELLOS DE CORREOS

ACEPTACIÓN DE RESPONSABILIDAD — POBRE

RELACIONES CON LOS OTROS — BASTANTE BUENAS

Creo que su título de Biología de Bachillerato es falso.

Miércoles 17 de julio

Estimado Sr. Brown:

Con gran pesar le escribo para informarle de mi intención de renunciar al Departamento de Medio Ambiente. Por supuesto, cumpliré con el preaviso legal de dos meses. Llevo tiempo descontento con la gestión del departamento. Siento que mis talentos han sido desperdiciados. Recoger excrementos de tejón no formaba parte de la descripción de mis funciones iniciales.

Además, en mi opinión, la protección de los animales ha alcanzado niveles ridículos. Las bestias tienen más derechos que yo. Por ejemplo los murciélagos. Si me colgara boca abajo y defecara en una iglesia me internarían en un centro psiquiátrico. Sin embargo, los murciélagos cuentan con el apoyo de conservacionistas como usted, señor Brown. No es de extrañar que nuestras iglesias estén vacías de feligreses.

Atentamente, señor,
Adrian Mole

A las 10:00 de la mañana escribí la carta anterior, la metí en un sobre y escribí «A LA ATENCIÓN DEL SR. BROWN».

A las 11:00 de la mañana, tras pasar una hora entera mirando fijamente el sobre, lo puse debajo de mi almohadilla absorbente. Pensando quizás que podría hacer como si nada respecto al falso nivel «A» .

Al mediodía, mientras estaba en la máquina expendedora Autovent, el sobre desapareció. Registré mi cubículo pero no encontré nada, aparte de mi pequeño peine azul.

A la 1:00 p.m., me llamaron a la oficina de Brown y me dijeron que vaciara mi escritorio y abandonara las instalaciones de inmediato. Me entregó un sobre que contenía un cheque por 676,31 libras, dos meses de sueldo más la paga de vacaciones, menos los impuestos y la Seguridad Social.

¿Quién entregó mi carta de dimisión? Sospecho que fue la Acosada Sexualmente.

Así que, al igual que tres millones y medio de mis conciudadanos, estoy sin trabajo.

1:00 a.m.

Christian me ha emborrachado esta noche. Me he tomado dos copas y media de Vouvray y una pinta de Guinness de barril en lata.

Jueves 18 de julio

Clase de conducción

Me quedé en la cama hasta las 2 de la tarde. Mi instructor de conducción es una mujer llamada Fiona. Es mayor (47 años) y tiene mucha piel flácida alrededor del cuello, que se estira cuando está nerviosa. Le *dije* que hacía más de un año que no estaba detrás del volante. Le *pregunté* si podía practicar primero en el estacionamiento del supermercado Tesco, a las afueras de la ciudad, pero Fiona se negó y me forzó a conducir en carreteras reales con tráfico real. Así que lo que pasó en la rotonda no fue culpa mía. Fiona debería haber sido más rápida con los controles dobles.

Viernes 19 de julio

Carta de Faber and Faber [editorial]:

Querido Sr. Mole:

Me temo que le devuelvo su manuscrito, *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria*.

Es una parodia divertidísima de la literatura *naïf* inglesa.

Sin embargo, por el momento no tenemos espacio para un libro así en nuestro catálogo.

Suyo sinceramente,

Matthew Evans

Tras leer la carta seis veces, la hice pedazos. El Sr. Evans se arrepentirá algún día. Cuando mi obra se subaste en habitaciones de hotel, le daré instrucciones a mi agente para que excluya al Sr. Evans de la puja.

No había razón para levantarme, así que me quedé en la cama todo el día, preguntándome si valía la pena seguir adelante. Pandora me desprecia, estoy sin trabajo y soy incapaz de conducir un coche en línea recta. A las 7 de la tarde me levanté y llamé a Leonora. Un hombre contestó al teléfono: «De Witt».

«Soy Adrian Mole», dije. «¿Podría hablar con Leonora?».

«Mi mujer se está vistiendo», dijo, lo que me desconcertó un momento.

Imágenes de Leonora en lencería me vinieron a la mente.

«Es una emergencia», logré decir con voz ronca. Le oí colgar el auricular de golpe y gritar: «Cariño, es para ti. Algo sobre topos [Mole]».

Se oyó una palabrota entre dientes, y entonces Leonora contestó al teléfono.

«¿Sí?».

«Leonora, estoy desesperado. ¿Puedo ir a verte?».

«¿Cuándo?».

«Ahora».

«No, doy una cena a las ocho y el primer plato es un soufflé de espárragos».

Me pregunté por qué pensaría que estaba remotamente interesado en su menú.

«Necesito hablar contigo», dije. «He perdido mi trabajo, mi novela ha sido rechazada y ayer tuve un accidente con el coche de la autoescuela».

«Son solo experiencias de la vida», dijo. «Saldrás de esto siendo un hombre más fuerte».

Oí a su marido gritar algo de fondo. Entonces ella dijo: «Tengo que irme. ¿Por qué no hablas con esa chica, Bianca? Adiós».

Hice lo que me dijo. Fui y me quedé fuera de la casa de Bianca y miré hacia su piso. Nadie entraba ni salía.

Después de observar durante una hora volví a casa y me metí en la cama. Espero que los De Witt y sus invitados se hayan atragantado con el soufflé de espárragos.

Sábado 20 de julio

Cassandra Palmer apareció en la puerta esta tarde. Christian se puso pálido cuando vio a su esposa. Los niños la saludaron cortésmente, pero sin mucho entusiasmo, lo noté. Parece ser que se gana la vida luchando en el barro. La odié al instante. No soporto a las mujeres corpulentas que se rapan la cabeza. Las prefiero con pelo.

Sus primeras palabras hacia mí fueron: «Ah, así que *tú eres* el cuco en el nido».

Domingo 21 de julio

La dictadura de Cassandra comenzó esta mañana. En nuestra casa no se permite beber agua del grifo, café, té ni alcohol, ni comer huevos, queso, chocolate, yogur de frutas, rodajas de limón de Marks & Spencer... etc., etc. La lista es interminable. También hay cosas que no debemos decir. Se me ocurrió comentar que el jefe de Bianca, el quiosquero, es un hombre gordo. Cassandra espetó: «No es gordo, es dimensionalmente desproporcionado».

Me reí, pensando que era una buena broma, pero la boca de Cassandra se convirtió en una mueca sombría y, horrorizado, me di cuenta de que hablaba en serio.

Christian le comentó a su esposa durante el almuerzo que se le estaba cayendo el pelo, «quedando calvo», fueron sus palabras. Una vez más, Cassandra reaccionó con rapidez. «Tienes una pequeña desventaja folicular, eso es todo», dijo, mientras le inspeccionaba la cabeza a su marido.

No puedo compartir esta casa con esa mujer, ni con *su* lenguaje. No es que sea agradable a la vista. Es tan fea como un pecado, o, como diría ella, es facialmente impedida.

Lunes 22 de julio

Le pregunté a Bianca si podía buscarme un alojamiento adecuado. Aceptó, aunque ya no hay nada que me retenga en Oxford, aparte de mi amor no correspondido por la Dra. Pandora Braithwaite.

Martes 23 de julio

Dra. Braithwaite

Desde que obtuviste tu doctorado
No has tenido tiempo para mí.
Me amaste una vez, podrías volver a hacerlo.
¡Pandora, deja a otros hombres!
Juraste amarme por siempre.
Mientras Luna y Junio rimen.
Por favor cástate conmigo y sé mi esposa.
Por ti sacrificaré mi vida.
Me quedaré en casa, cocinaré y limpiaré.
En segundo plano, nunca te veré.
Cuando regreses de tu trabajo intelectual,
Tendré la tetera hirviendo.
Mientras traduces del serbocroata,
Sacudiré nuestro felpudo de coco.
Con gusto lavaré tu funda nórdica,
Si tan solo pudiera ser tu amante.

Dejé el poema en el buzón de Pandora a las 4 de la mañana. Este es mi último intento de averiguar qué siente Pandora por mí. Leonora me ha dicho que debo seguir adelante emocionalmente. ¿Cuál será la reacción de Pandora?

Miércoles 24 de julio

Encontré esta carta en el felpudo.

Querido Adrian:

Me despertaste a las 4 de la mañana con tu torpe manipulación de mi buzón. Tu poema nos hizo reír mucho a mi amante y a mí. Espero, por tu bien, que tu *intención* fuera ser gracioso. Si *no* lo era, entonces te urjo a que pidas más consejo psiquiátrico a Leonora. Me dijo que has dejado de verla con regularidad. ¿Es por el costo?

Sé que puedes pagar 30 libras a la semana. No bebes, ni fumas, ni vistes ropa decente. Te cortas el pelo tú mismo, no tienes coche. No juegas ni consumes drogas. Vives sin pagar alquiler. Retira algo de dinero de tu preciada cuenta bancaria y *busca ayuda*.

Saludos,
Pandora

PD: Por cierto, *no* soy doctora, como dices en tu poema. Soy doctora en filosofía. Una diferencia sutil pero importante aquí en Oxford.

Eso es todo. Si Pandora viniera mañana a mí, suplicándome que la convirtiera en la señora A. A. Mole, tendría que rechazarla. Ya pasé página. A quien debo ver es a Leonora. Debo.

Jueves 25 de julio

5:15 p.m.

Acabo de llamar a Leonora e insistí en que me diera una cita de urgencia. Le dije que tenía algo importante que contarle. Accedió a regañadientes.

5:30 p.m.

Entré de golpe en la consulta de Leonora esta tarde y la encontré con otro cliente, un hombre de mediana edad que sollozaba desconsoladamente en un pañuelo de papel (problemas de mujeres, supongo). Llegué diez minutos pronto y Leonora se enfureció y me ordenó que esperara fuera. A las 6:30 p.m. en punto, llamé a su puerta y me gritó: «¡Entra!». Seguía de mal humor, así que intenté entablar conversación y le pregunté qué había alterado al hombre de mediana edad. Esto la enfureció aún más. «Lo que se me dice en esta consulta es confidencial», dijo. «¿Cómo se sentiría si hablara de sus problemas con mis otros clientes?».

«No me gusta pensar que tienes otros clientes», confesé.

Ella suspiró profundamente y se enroscó un mechón de pelo negro en el dedo. «¿Y bien? ¿Cuál es el gran acontecimiento?», preguntó finalmente.

«He superado lo de Pandora Braithwaite», dije, y le conté sobre el poema, su reacción y la mía. En ese momento, entró un hombre alto y moreno con una camisa de ante. Parecía sorprendido de verme.

«Lo siento, cariño. No encuentro el rallador pequeño para el parmesano».

«En el segundo cajón, cariño, junto a la cocina», dijo, mirándolo con extasiada adoración.

«Lo siento muchísimo», dijo él.

Cuando salió, me levanté y dije: «¿Cómo se atreve tu marido a interrumpir mi consulta con sus insignificantes preguntas domésticas?».

Leonora dijo: «Mi marido no sabía que estaba aquí. Le hice un hueco, si se acuerda». Su tono era cuidadosamente medido, pero noté que una vena le palpitaba en la sien y que retorció sus manos.

«Deberías aprender a expresar tu enfado, Leonora. No te sirve de nada reprimirlo», le dije.

Entonces añadió: «Sr. Mole, no está progresando conmigo. Le sugiero que pruebe con otro analista».

«No», dije. «Es a ti a quien quiero ver. Eres mi razón de vivir».

«Entonces», dijo. «Piense en lo que está diciendo. ¿Está diciendo que sin mí se suicidaría?».

Dudé. Desde el sótano se oían ruidos de sartenes chocando y vasos tintineando, además de un aroma delicioso que me hizo la boca agua. Por alguna razón solté: «¿Puedo quedarme a cenar?».

«No. Nunca socializo con mis clientes», dijo, mirando su delgado reloj dorado.

Me senté y pregunté: «¿Cómo de loco estoy, en una escala del uno al diez?». «No estás loco en absoluto», dijo ella. «Como dijo Freud: “Es imposible para un terapeuta tratar a los locos o a los enamorados”».

«Pero yo *estoy* enamorado. De ti», añadí.

Leonora suspiró profundamente. Sus pechos subían y bajaban bajo su suéter bordado.

«Por eso creo que sería una buena idea consultar con otro terapeuta. Tengo un amigo, Reinhard Kowolski, que tiene una reputación excelente...».

No esperé a oír nada más sobre el señor Kowolski. Salí de su habitación y dejé tres billetes de diez libras sobre la mesa del recibidor, junto al Buda sonriente, y salí a la calle.

Sentía rabia, así que decidí expresarla pateando una lata vacía de Coca-Cola Light hasta llegar a casa.

Cuando llegué al ático, preparé toda mi ropa para buscar trabajo, lista para la mañana siguiente. Luego me tumbé en la cama con el *Oxford Mail* y marqué todos los puestos que parecían prometedores en la sección de ofertas de empleo.

No había ninguno que requiriera un nivel avanzado de inglés.

Viernes 26 de julio

Fui a la oficina de empleo, pero la cola era larguísima, así que volví y encontré a Cassandra en la cocina, examinando los libros infantiles con un bolígrafo en la mano. Cogió uno y cambió *Winnie the Pooh* por *Winnie the Shit* [Poo=Shit=Mierda]. «Odio la ambigüedad», explicó, mientras volvía a tapar su rotulador.

Sábado 27 de julio

Vi a Brown en W. H. Smith comprando las revistas actuales de naturaleza. Sonrió y me dijo: «¿Disfrutando de tu vida de ocio, Mole?».

Forcé una sonrisa en mis labios y le dije: «Al contrario, Brown, sigo trabajando tan duro como siempre. Soy gerente intermedio en la Book Trust de Cambridge, con un sueldo de 25.000 libras al año, más coche. Conseguí el puesto gracias a mi bachillerato en Literatura Inglesa». Brown se marchó furioso, olvidando pagar sus revistas. Un guardia de seguridad lo detuvo en la acera. No me quedé a presenciar la humillación de Brown.

Domingo 28 de julio

Me quedé en mi habitación todo el día, lejos de Cassandra. Ella insiste en que todos en la casa mediten media hora cada mañana. Christian ha dejado de investigar sobre cultura popular. Cassandra se quejó del olor a humo de cigarrillo en su ropa cuando regresaba de sus lugares de mala muerte. Si no tiene cuidado, arruinará su carrera académica. Estoy viviendo de mis ahorros, pero no puedo seguir así. El Estado tendrá que mantenerme — después de todo, yo no pedí nacer, ¿verdad? Y algún día el Estado se alegrará de haberme mantenido. Cuando sea un contribuyente de alto nivel. Sin embargo, antes de ponerme a su merced, mañana recorreré las calles de Oxford en busca de trabajo, cualquier trabajo que no implique conducir ni trabajar con animales.

El año que viene, habré vivido durante un cuarto de siglo y hasta ahora no he dejado huella en el mundo — salvo por haber ganado un premio literario del *Leicester Mercury* cuando tenía diecisiete.

Si muriera mañana, ¿qué pondrían en mi lápida?

Adrian Albert Mole
Novelista inédito
y transeúnte
Llorado por pocos
Despreciado por muchos
Ganador del premio de ensayo «Limpia Leicester»
del *Leicester Mercury*

Martes 30 de julio

¿Por qué los mendigos *siempre* piden dinero para una taza de té? ¿Acaso ninguno de ellos bebe café?

Miércoles 31 de julio

¿Por qué los sirvientes del palacio no se aseguraron de que la princesa Diana se mantuviera seca en el concierto al aire libre de Pavarotti anoche? Si contrae neumonía y muere, el país se sumirá en una crisis y Carlos quedará devastado por el dolor. Obviamente la adora. Alguien debería pagar las consecuencias.

Jueves 1 de agosto

Querido Adrian:

Lamento haber leído sobre la pobre calidad de tu semilla la persona con la que salía a escondidas era Barry Kent me siento mejor ahora que me he desahogado.

Tuya sinceramente,
Sharon

¡Barry Kent! ¡Debería haberlo sabido! ¡Es un imbécil amoral y sin talento! Es peor que una cloaca. Su estilo de escritura es el de un editorialista del *Daily Sport*. No sabría qué es un punto y coma ni aunque se le cayera en la cerveza. Lo poco que he leído de *Dork's Diary* me ha llevado a la conclusión de que Kent debería ser arrestado y acusado de agresión criminal contra el idioma inglés. Merece arder en el infierno eterno con una rueda de Catalina atada a su pene infiel.

Viernes 2 de agosto

Querida Sharon:

Muchas gracias por tus condolencias por mi «semilla», como tú lo llamas. ¿Puedo sugerirte que te pongas en contacto con Barry Kent (quien, como sabes, ahora es *rico* y famoso) y le pidas que contribuya a la educación de Glenn? Lo mínimo que Kent puede hacer es enviar a Glenn a un colegio privado, dándole así a su hijo un excelente comienzo en la vida.

Tuyo,
Adrian

PD: Estoy seguro de que Barry se alegrará muchísimo al saber que tiene un hijo.

PPS: Eton es un colegio privado muy bueno.

Domingo 4 de agosto

Cassandra anunció en el desayuno que había quitado los pestillos de las puertas del baño y del aseo. «Las inhibiciones por la desnudez y las funciones corporales son la razón por la que los ingleses no son buenos en la cama», dijo. Miró fijamente a su marido, quien se sonrojó y se frotó la nariz.

La Reina Madre cumple hoy 91 años. Supongo que ya no cree que valga la pena ir al dentista. La entiendo.

Lunes 5 de agosto

Me puse en contacto con Piezas Extranjeras, la agencia de viajes, sobre mi crucero por Rusia y les expliqué que me habían despedido y que quería cancelarlo y que me devolvieran el dinero. El agente de viajes me dijo que era imposible y me indicó que consultara la letra pequeña de mis documentos. Busqué en vano y finalmente fui a Boots y compré unas gafas de lectura por 7,99 libras. El agente de viajes tenía razón; tendré que ir.

Martes 6 de agosto

Christian me dijo (avergonzado) que Cassandra necesita mi habitación del ático. Va a abrir un centro de reencarnación donde la gente podrá conectar con sus yoes pasados. Quiere que me vaya del ático a mediados de septiembre. No pude contenerme. Solté: «¡Tu mujer es una vaca!». Christian respondió: «Lo sé, pero antes era una gatita».

Así que, sin trabajo y, cuando vuelva del crucero por Rusia, sin un lugar dónde vivir.

Jueves 8 de agosto

Estimado John Tydeman:

La última vez que le escribí fue para disculparme por haber saturado las máquinas de fax de la BBC con mi novela de 700 páginas, *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria*. Me la devolvió (finalmente) y me dijo, y cito: «Su manuscrito está repleto de consonantes, pero las vocales son escasas, casi inexistentes».

Estoy seguro de que le alegrará saber que he reincorporado las vocales y que he dedicado este año a reescribir los primeros dieciséis capítulos. Agradecería sus comentarios al respecto. Los adjunto a esta carta. Sé que está ocupado, pero no le llevará mucho tiempo. Puede leerlos en la cafetería de la BBC durante sus descansos.

Suyo,
Adrian Mole

10:30 p.m.

He visto a Leonora por última vez. Me ha despedido de mi puesto como su cliente. Me pasé de la raya y declaré mi amor por ella. En realidad, no fue tanto una declaración, sino más bien una proclamación. Probablemente se oyó en todo Oxford. Su marido la oyó porque entró en la habitación con un paño de cocina y una jarrita azul en la mano y le preguntó a Leonora si estaba bien.

«Gracias, Fergus, cariño», dijo ella. «El Sr. Mole se irá pronto».

«Estaré fuera si me necesitas», dijo, y se marchó, dejando la puerta ligeramente entreabierta.

Leonora dijo: «Sr. Mole, doy por terminada nuestra relación profesional, pero antes de que se vaya, quiero asegurarle que sus problemas tienen solución».

«Esperas demasiado de ti mismo», dijo, inclinándose hacia adelante con compasión. «No te presiones demasiado. Sé *amable* contigo mismo. Has expresado tu preocupación por la hambruna mundial, la capa de ozono, la falta de vivienda, la epidemia del SIDA, muchas veces. Estos no son solo tus problemas. Son problemas que comparten personas sensibles de todo el mundo. No puedes controlar estas tristes situaciones, salvo donar dinero. Sin embargo, sobre tus preocupaciones personales, la falta de éxito con tu novela, tus problemas con las mujeres, sí que tienes cierto control». Se detuvo y pareció querer tomar mi mano, pero no lo hizo.

«Eres un joven atractivo y saludable», dijo. «No he leído tu manuscrito, así que no puedo opinar sobre tu talento literario ni nada por el estilo, pero lo que sí sé es que hay alguien ahí fuera que te hará feliz».

Giré la silla del comedor y miré por la ventana. «No literalmente ahí fuera, por supuesto», espetó ella, siguiendo mi mirada. Se puso de pie, me estrechó la mano y dijo: «Esta sesión será gratuita».

Le dije: «No es transferencia, es amor verdadero».

«Lo he oído al menos veinte veces», dijo, suavemente. Se puso de pie. Sus anillos brillaban bajo la luz y me estrechó la mano. Al salir, pasé junto a su marido, que seguía secando la jarrita azul veinte minutos después. Un caso ideal para tratamiento, si es que alguna vez he visto uno.

«Algún día me casaré con su mujer», dije antes de cerrar la puerta.

«Sí, eso es lo que dicen todos. Nos vemos». Sonrió y se dirigió hacia Leonora, y yo cerré la puerta a un período doloroso —y caro— de mi vida.

Viernes 9 de agosto

Adrian,

¿A qué cojones estás jugando, haciendo que Sharon Bott me escriba para pedirme dinero para mandar a su jodido retoño a Eton? Estoy aquí abajo, en casa de Jeanette Winterson, intentando terminar mi segunda novela y puedo prescindir de toda esta jodida basura.

Baz

Sábado 10 de agosto

Hoy miré el escaparate de la oficina de empleo. Había tres vacantes. Una para un «operario de limpieza móvil» (¿barrendero?), una para un «ayudante de catering itinerante» (¿repartidor de pizzas?) y una para un «facilitador de payasos a tiempo parcial» (!). No es que me lanzara con entusiasmo a por el Basildon Bond [famosa marca de papel para cartas] al volver al Stalag [campo de prisioneros nazi] Cassandra.

Domingo 11 de agosto

Fui al quiosco. Bianca había vuelto de Grecia. Tenía un bronceado fantástico. Llevaba una camiseta blanca escotada que dejaba ver sus pechos. Parecían pequeñas manzanas maduras y rojizas. Le pregunté en broma si había tenido un romance de vacaciones. Se rió y admitió que sí — con un pescador que nunca había oído hablar de Chéjov. Le pregunté si iba a continuar el romance. Me miró de un modo extraño y dijo: «¿Cómo te *sentirías* si lo hiciera, Adrian?».

Estaba a punto de responder cuando un miembro de la clase baja le puso un ejemplar del *Sunday Sport* en las manos, así que perdí el momento.

10:00 p.m.

¿Qué opino del romance de vacaciones de Bianca? Siempre me alegra verla, pero no puedo evitar compararla con la encantadora Leonora: Bianca es como un Malteser; Leonora como un bombón de menta de Elizabeth Shaw envuelto en oro.

Martes 13 de agosto

Salgo para Rusia el jueves. Me compré un neceser nuevo — ya era hora de darme un capricho. Espero que haya algunas mujeres decentes en edad fértil a bordo.

Pasé la tarde haciendo la maleta. Decidí no llevar ningún libro. Supongo que habrá una biblioteca en el barco, bien surtida con los clásicos de la literatura rusa en buenas traducciones. Espero que mis compañeros de viaje sean personas cultas. Sería intolerable tener que compartir el comedor y las cubiertas con ingleses maleducados. Decidí incluir un racimo enorme de bananas medio maduras entre mi equipaje. Suelo comer una banana al día y he oído que escasean en Rusia.

Sábado 17 de agosto

Campamento fluvial — Rusia

15, 7.30 p.m. No hay crucero. No hay pasajeros. Cada miembro de nuestro grupo rema en su propia canoa. Estoy acurrucado dentro de una tienda de campaña para dos personas. Afuera hay enjambres de enormes mosquitos negros. Están esperando a que emerja. Puedo oír al río precipitándose por los rápidos. Con un poco de suerte, moriré mientras duermo.

El hombre con quien comparto mi tienda, Leonard Clifton, está fuera cortando árboles con un machete, prestado por Boris, uno de nuestros guías fluviales. Espero sinceramente que uno de los árboles de Clifton le caiga en su horrible cabeza calva. No soporto otra noche escuchando sus interminables anécdotas sobre la Church Army [Ejército de la Iglesia, organización evangelista y misionera].

Hoy le dije a Boris que le daría todos mis rublos si arreglaba mi traslado aéreo a Moscú. Pausó la reparación del agujero de mi canoa y dijo: «Pero ahora tiene que remar hasta el final del río, Sr. Mole; aquí no hay asentamientos, ni gente, ni teléfonos».

A mi regreso a la civilización, demandaré a Piezas Extranjeras hasta el último penique que tengan. En ningún momento mencionaron que remaría en canoa, dormiría en una tienda de campaña o bebería agua del río. La peor privación de todas es que *no tengo nada que leer*. Clifton me prestó su Biblia, pero se me cayó por la borda en los últimos rápidos. Mientras la veía hundirse, grité: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?». Para desconcierto del resto del grupo y mío, debo admitirlo.

Monica y Stella Brightways, las gemelas de Barnstaple, están afuera dirigiendo el canto de «Diez botellas verdes» [canción popular infantil, como la del elefante y la tela de una araña pero a la inversa, se van restando botellas]. Leonard y el resto de la pandilla se unen con entusiasmo.

10:00 p.m.

Tienda de campaña.

Acabo de regresar del bosque, donde me vi forzado a orinar en la oscuridad. Estuve un rato con los otros alrededor de la hoguera bebiendo té negro.

Monica Brightways tuvo una fuerte discusión con el jefe de los scouts de Hull. Afirmó haberlo visto sacar dos rebanadas de pan negro del saco a la hora del almuerzo. Él lo negó vehementemente y la acusó de acaparar la hoguera. Todos tomaron partido, excepto yo, que los detesto a ambos por igual.

Hoy volqué once veces. El resto de los valientes estaban furiosos conmigo por retrasarlos. Para ellos no hay problema. Todos son miembros de la Unión Británica de Piragüismo. Soy un completo novato y cruzar un lago con un vendaval de fuerza nueve es mi peor pesadilla. ¡Las olas! ¡El viento! ¡El agua! ¡El encapotado cielo negro ruso! ¡El peligro! ¡El miedo!

Le ruego a Dios que pronto lleguemos al final de nuestro viaje. Anhele Moscú. Aunque tendré que quedarme en mi habitación de hotel; los mosquitos me han atacado la cara sin piedad. Parezco el Hombre Elefante bajo los efectos del ácido.

Medianoche

Empieza el momento de beber vodka. Desde mi tienda puedo oír cada palabra. Los rusos están sentimentales. Cada vez que hablan de «nuestras almas», los ingleses se ríen entre dientes. Anhele dormir. También anhele agua caliente y un inodoro que funcione.

¡Moscú! ¡Moscú! ¡Moscú!

Miércoles 21 de agosto

Tren de Moscú

El baño del tren desafía toda descripción. Sin embargo, lo intentaré. Después de todo, soy novelista.

Imaginen que veinte búfalos con diarrea han estado atrapados dentro del baño durante dos semanas. Luego imaginen que una alcantarilla abierta recorre el suelo. Ahora intenten imaginar una alcantarilla abierta atravesando el suelo. Añadan a un prisionero del IRA en una protesta sucia. Después conciban un perfume desenterrando algunos cadáveres en descomposición, añadan un par de jóvenes y saludables mofetas, y se acercarán bastante a cómo se ve y huele el baño.

Leonard Clifton le está escribiendo al presidente Gorbachov para quejarse. Le dije: «Creo que Gorbachov tiene otras cosas en mente ahora mismo, como evitar una guerra civil y alimentar a sus conciudadanos».

Un comentario inofensivo, pensarán, pero Clifton se volvió loco. Gritó: «¡Me has arruinado las vacaciones, Mole, con tus patéticas quejas y tus comentarios desagradables y cínicos!».

Me quedé totalmente atónito. Nadie del grupo salió en mi defensa — aparte de las gemelas Brightways, que ya habían informado al grupo en frecuentes intervalos que «amaban a todos los seres vivos». Así que cualquier cosa que tuvieran que decir era irrelevante. Sin duda equiparan mi vida con la de un gusano marino.

Jueves 22 de agosto

Habitación de hotel — Moscú

Me alojo en el hotel «Ucrania», cerca del río Moscova. Desde fuera parece una jeringa hipodérmica. Por dentro, está lleno de huéspedes desconcertados de todas las nacionalidades. Su desconcierto se debe a la reticencia del personal del hotel a proporcionar información.

Por ejemplo, casi nadie sabe *dónde* se sirven las comidas, ni siquiera *si* serán servidas.

Esta mañana desayuné un trozo de pan negro, cuatro rodajas de remolacha, una ramita de cilantro fresco y una taza de té negro frío.

Una mujer americana que hacía cola detrás de mí le gritó a su marido: «Norm, necesito tomar zumo».

Norm dejó la cola y se acercó a un grupo de camareros que estaban holgazaneando.

Le vi hacer con mímica una naranja, primero en el árbol y luego fuera de él. Los camareros le observaron impasibles, luego le dieron la espalda y se agruparon alrededor de una radio portátil. Norm regresó a la fila. Su esposa le lanzó una mirada de desprecio.

Dijo: «Necesito comer fruta por la mañana. Ya lo *sabes*, Norm. Ya sabes que mi sistema se cuelga».

Norm hizo una mueca que indicaba que recordaba perfectamente lo que le pasaba a su esposa cuando se colgaba. Recordé con cariño el racimo de bananas que había en mi habitación.

Valían su peso en oro.

A las nueve y media, la mayoría de nuestro grupo se reunió en el vestíbulo del hotel listos para comenzar nuestra visita a la Plaza Roja. Yo me escondía tras una columna, aplicándome repelente de mosquitos en las catorce picaduras que desfiguraban mi cara.

Las gemelas Barnstaple, Mónica y Stella Brightways, nos hicieron esperar diez minutos, alegando que tenían que esperar a que subiera el ascensor hasta su habitación, en el decimonoveno piso. Finalmente partimos en un autobús que parecía tener un tubo de escape interior junto a mi asiento en la parte de atrás. Tosí y me ahogué con los gases del diésel e hice un fútil intento de abrir la ventana. El conductor llevaba una insignia de Gorbachov y parecía estar de mal humor. Nuestro autobús aparcó en las inmediaciones de la Plaza Roja y bajamos, reuniéndonos alrededor de nuestra guía de Intourist, Natasha. Ella alzó un paraguas rojo y blanco, y la seguimos como estúpidas ovejas. Cuando llegamos a la plaza, se hizo obvio que algo estaba sucediendo: una marcha de protesta o una demostración de algún tipo. Perdí de vista el paraguas rojo y blanco y me perdí entre la multitud. Oí un estruendo ominoso a mis espaldas, pero fui incapaz de moverme.

Una anciana con un pañuelo en la cabeza agitó su puño hacia el ruido. Gritó algo en ruso. La saliva salió disparada de su boca y aterrizó en mi limpio suéter. Entonces la multitud se abrió paso y el estruendo se acercó, y las orugas de un tanque del ejército ruso pasaron a escasas pulgadas de mi zapato derecho. El tanque se detuvo y un joven subió a bordo y comenzó a ondear una bandera. Era la bandera de la hoz y el martillo que estaba acostumbrado a ver por todas partes. La multitud rugió en señal de aprobación. ¿Qué estaba pasando? ¿Había ganado el Dinamo de Moscú al fútbol? No, algo más importante estaba teniendo lugar.

Una joven con demasiado maquillaje azul en los ojos me dijo: «Inglés, hoy has presenciado el fin del comunismo».

«Casi me atropella un tanque», respondí.

«Una muerte digna», dijo ella. Metí la mano en el bolsillo para sacar una banana y subir el nivel de azúcar en sangre. Empecé a pelarlo. Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas. Le ofrecí un mordisco, pero malinterpretó mi gesto y gritó algo en ruso. La multitud rugió y vitoreó. Entonces se giró y me dijo lo que estaba gritando: «¡Bananas para todos con Yeltsin!». La multitud comenzó a corearlo. Luego la joven se comió mi banana.

«Un gesto simbólico, por supuesto», dijo.

Cuando regresé a mi habitación, encontré a una joven rusa corpulenta sentada en una silla junto a la puerta. Llevaba un minivestido marrón de lamé con escote pronunciado.

Dijo: «Ah, Sr. Mole, soy Lara. Vengo a su habitación, a dormir, claro».

Le pregunté: «¿Esto forma parte del programa Intourist?».

Lara respondió: «No. Estoy, por supuesto, enamorada de usted».

Me siguió hasta mi habitación y se dirigió al racimo de bananas que había en la mesita de noche. Lo miró con lujuria en los ojos y lo entendí. No me quería a mí: quería a las bananas. Le di dos. Se marchó. Acostarme con ella podría haberme hecho daño. Tenía muslos como secuoyas californianas.

Viernes 23 de agosto

Pasé casi toda la noche en vela, rascándome las picaduras de mosquitos y lamentando mi decisión precipitada y preguntándome cómo se habría corrido la voz sobre mis bananas. Al día siguiente, las calles estaban llenas de moscovitas amotinados y nosotros estábamos confinados en el hotel.

Después de comer (pan negro, sopa de remolacha, un acartonado trozo de carne, una patata fría), volví a mi habitación y descubrí que mis bananas habían desaparecido. Estaba indignado.

Me quejé a Natasha, pero ella solo me dijo: «¿Tenías *diez* bananas?». Me miró con los ojos llorosos y luego espetó: «Por supuesto, deberías haberlas guardado en la caja fuerte del hotel. ¿Acaso ya estarán en el mercado negro?».

Encontré a Leonard Clifton en el lúgubre bar del sótano. Había habido un golpe de Estado contra Gorbachov y luego un contragolpe de Boris Yeltsin.

«Esto son malas noticias para el comunismo soviético», dijo, «¿pero buenas noticias para Jesús?».

¡Inglaterra! ¡Inglaterra! ¡Inglaterra!

Anhelo mi habitación del ático.

Lunes 2 de septiembre

Oxford

Estoy en la cama, exhausto y horriblemente deformado. ¿Por qué existen los mosquitos? ¿Por qué? Cassandra dijo que son «un componente vital de la cadena alimentaria». Pues bien, yo, Adrian Mole, con gusto *tiraría* de la cadena. Y si la cadena alimentaria colapsa y el mundo muere de hambre, que así sea.

Le he escrito a Piezas Extranjeras, amenazando con denunciarlos a ABTA [Asociación Británica de Agentes de Viaje] a menos que me devuelvan *todo* mi dinero, además de una compensación por el doble trauma sufrido por los mosquitos y la revolución.

Martes 3 de septiembre

Christian pasó hoy por Piezas Extranjeras. Dijo que parecía desierto. Había una pila de cartas sin abrir en el felpudo que hay dentro de la tienda.

Jueves 5 de septiembre

Respuesta de John Tydeman, Jefe de Programas Dramáticos de BBC Radio.

Querido Adrian:

Para ser completamente honesto, Adrian, me llevé una gran decepción al regresar de vacaciones y ver que tu manuscrito, *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria*, había vuelto a mi escritorio. En tu carta dices: «Supongo que estás ocupado». Sí, sin duda *estoy* muy ocupado, increíblemente ocupado.

¿Qué es exactamente una «pausa para el café»? Nunca he tenido una «pausa para el café» en toda mi larga trayectoria en la BBC.

Tomo café en mi escritorio. No voy a la sala de «pausas para el café» a tumbarme en un sofá a leer manuscritos escritos a mano de 473 páginas. Mi consejo (sin leer tu dichoso manuscrito) es que:

- 1) Aprende a mecanografiar
- 2) Redúcelo al menos a la mitad
- 3) Incluye un sobre con franqueo pagado. La BBC está sufriendo una crisis de liquidez. Ciertamente no puede permitirse subsidiar tus producciones literarias.
- 4) Busca una *editorial*. Yo *no* soy editor. Soy el Jefe de Radioteatro. Aunque a veces me pregunto si soy Marjorie Proops [la Elena Francis (consultorio radiofónico) británica].

Lamento tener que escribirte en estos términos, pero, según mi experiencia, es mejor ser franco con los jóvenes escritores.

Suyo, con los mejores deseos,
John Tydeman

¡Pobre viejo Tydeman! Obviamente se ha vuelto loco. «A veces me pregunto si soy Marjorie Proops» (!) —quizás habría que decirle al Director General que su Jefe de Radioteatro sufre delirios de creerse un consejero sentimental.

Y admitió que ni siquiera había leído la versión reeditada de *¡He aquí!* ¿Para qué pagamos los contribuyentes?

Estimado Sr. Tydeman:

Le agradecería que me devolviera mi manuscrito lo antes posible. No quiero que circule por los pasillos de la BBC y que un productor independiente descontento, ansioso por dejar su huella en el mundo de la radiodifusión, se lo robe.

Adrian Mole

PD: Permítame informarle, señor, que usted *no* es Marjorie Proops.

Sábado 7 de septiembre

Pasé la mayor parte del día en una fútil búsqueda de una habitación a un precio razonable. De camino a casa, agotado, pasé por delante de Piezas Extranjeras. Había una nota en la puerta:

Este negocio está cerrado. Para cualquier consulta, contactar con Churchman, Churchman, Churchman y Luther, abogados.

No anoté el número de teléfono. Ya lo tenía en mi agenda, bajo el número 5. Sin embargo, una pareja de mediana edad sí lo *estaba* anotando. Tenían previsto partir mañana de vacaciones en bicicleta por la «Provenza», la tierra de Peter Mayle [escritor británico de memorias sobre su vida en Francia]. Se enfrentaban a la terrible realidad de que no iban a ver la famosa mesa de la infame terraza, y posiblemente no iban a tomar el té con Pierre Mayle y su *femme* [mujer].

Mientras la pareja se alejaba, la oí decirle: «Anímate, Derek, siempre nos queda la caravana en Ingoldmells». Una mujer admirable, indomable ante la adversidad. El señor Mayle se ha perdido la oportunidad de conocer a una auténtica británica.

Domingo 8 de septiembre

He decidido escoger Jake Westmorland [Oeste de los Páramos].

Capítulo Diecisiete: Jake: Un héroe de nuestro tiempo

Jake estaba de pie sobre el tanque en la Plaza Roja. «Menos mal que estudié ruso en la escuela, en lugar de francés», pensó. Luego, calmando a la multitud con un leve gesto de la mano, habló.

«¡Soy Jake Westmorland!», gritó. Las hordas revolucionarias aclamaron con entusiasmo. Un mar de banderas ondeaba con alegría. La cálida luz del sol ruso brillaba sobre la cúpula de la Catedral de San Basilio mientras Jake intentaba aquietar a la multitud y comenzar su discurso. El discurso que esperaba que impidiera la desintegración de la Unión Soviética...

Lunes 9 de septiembre

He escrito once discursos para Jake y los he tirado todos a la basura. Ninguno de ellos era capaz de cambiar el curso de la historia mundial.

Pero antes de que Jake pudiera pronunciar el discurso que casi con toda seguridad habría salvado a la Unión Soviética, se oyó un disparo y Jake cayó del tanque en brazos de Natasha, su amante rusa. Ella lo cargó sobre su hombro y la silenciosa multitud se abrió paso para dejarlos pasar.

Jueves 12 de septiembre

¡Cassandra me ha ordenado que me vaya de casa antes del mediodía del sábado! Esos malditos y apestosos universitarios se han quedado con todos los pisos de alquiler privados. No me quedó más remedio que pedir ayuda al Ayuntamiento de Oxford. Pero el funcionario con el que hablé hoy insistió en que soy una persona «sin hogar por elección propia» y se negó a ayudarme. He empezado a coleccionar cajas de cartón. Quizás para guardar mis pertenencias, o quizás para dormir en ellas... ¿Quién sabe?

Viernes 13 de septiembre

Christian se llevó a los niños a ver a su madre en Wigan. Es un cobarde sin carácter. La horrible Cassandra anda por la casa con su ropa absurda, cantando sus estúpidas canciones de rap. Esta noche le pregunté si podía guardar mis libros en el ático hasta que encuentre un lugar propio. Ella respondió: «¿Libros?», como si nunca hubiera oído la palabra antes.

Le dije: «Sí, *libros*. Ya sabes, esas cosas con tapas de cartón rellenas de papel. La gente los lee, ¿por placer?».

Cassandra resopló con desprecio. «Los libros pertenecen al pasado, junto con los tacones de aguja y Gerry and the Pacemakers [grupo inglés de Rock and roll famoso en los años 60]. Estamos en los noventa, Adrian. Es la era de la tecnología».

Abrió su procesador de textos y pulsó un botón. Una serie de homrecitos verdes con cascos vikingos llenaron la pantalla y comenzaron a pelear con homrecitos rojos con gorras de béisbol que salieron de una cueva. Cassandra se inclinó con entusiasmo hacia la pantalla. Intuí que nuestra conversación había terminado y salí de la habitación.

Consulta: ¿El mundo se está volviendo loco, o soy yo?

Sábado 14 de septiembre

8:30 a.m.

Opciones

- 1) Pandora (imposible)
- 2) Bianca (posible)
- 3) Madre (último recurso)
- 4) Alojamiento con desayuno (caro)
- 5) Hostal (pulgas, violencia)
- 6) Las calles

11.30 a.m.

- 1) Pandora me rechazó rotundamente. Es una auténtica *Belle Dame sans Merci* [Bella dama sin piedad].
- 2) Bianca está fuera asistiendo a una convención de Guns N' Roses en Wolverhampton. Dejó una nota en el quiosco.
- 3) Mi madre está admirando un nuevo círculo en un campo de cultivo a las afueras de Kettering.
- 4) ¡El B&B [cama y desayuno] más barato cuesta 15,99 libras la noche!
- 5) No hay nada en la sección de «Hostales» de la guía telefónica.
- 6) Salí a la carretera al mediodía.

11:35 p.m. Leicester. Casa de Bert Baxter

Así que, a esto he llegado. Reducido a dormir en una cama plegable en el salón de un pensionista, que apesta a gatos. Baxter me cobra 5 libras por noche, más 2,50 libras por el beicon y los huevos. La casa de mi madre está cerrada con llave y a oscuras, y la llave no está en su sitio habitual, debajo de la tapa del desagüe. En circunstancias normales, habría roto la pequeña ventana de la despensa y me habría colado, pero mi madre ha instalado un sistema de seguridad. ¿Delirios de grandeza, o qué?

Mi padre, supuestamente sin un penique, está de vacaciones en Florida con una rica divorciada llamada Belinda Bellingham. Sé que podría ir a casa de mi abuela pero no soporto que se entere de que estoy desempleado y sin hogar. El susto la mataría. Tiene mis certificados de GGSE [Certificado General de Educación Secundaria] enmarcados en la pared. Mi certificado de inglés de nivel avanzado está en un marco plateado sobre la repisa de la chimenea de su sala de estar. ¿Por qué causarle semejante angustia a una anciana diabética?

Lunes 16 de septiembre

1:35 a.m.

Intento dormir en el sofá cama del salón de mi madre. Mientras escribo, la televisión de su habitación está a todo volumen. La lavadora está en pleno centrifugado. El lavavajillas chirría y alguien se está duchando. Por consiguiente, las tuberías de agua retumban por toda la casa. Mi padrastro, Martin Muffet, acaba de subir con su caja de herramientas. ¿Es que nadie duerme en esta casa?

Martes 17 de septiembre

Mi abuela lo sabe todo. Mi madre se lo ha contado todo. Está disgustada. Espero que nunca se entere de que Bert Baxter me dio una cama para pasar la noche.

Miércoles 18 de septiembre

A [abuela] sabe lo del B&B en casa de BB [Bert Baxter]. Vio a BB en C&A.

Viernes 20 de septiembre

Esta mañana llegó una postal del Puente Colgante de Clifton.

Querido Adrian:

¡Acabo de recibir tu mensaje! Siento no haberte visto antes de que te fueras.

¡Es cierto que Cassandra es una mujer triste!

Nunca he estado en Leicester. ¿Es bonito? ¡Ojalá que sí!

¡Aquí tienes un suelo por si te apetece volver a Oxford!

Sé dónde puedo pedir prestado un colchón de matrimonio.

¡Avísame pronto, por favor! Con cariño,

B.

Los signos de exclamación me causan cierta incomodidad. ¿Podría compartir piso con una mujer que los usa con tanta frecuencia? ¿Y cómo se organizaría el alojamiento? ¿Ese «colchón de matrimonio» que mencionó? ¿Era solo para mí? Si es así, ¿por qué de matrimonio? Supongo que tiene una cama adecuada. Decidí escribir una respuesta ambigua, manteniendo mis opciones abiertas, pero sin comprometerme con nada. Mi madre, que me había traído la postal a la cama, quería saberlo *todo* sobre «B». Altura, peso, complexión, color de piel, estudios, clase social, acento, ropa, zapatos. «¿Es simpática?». ¿Me he «acostado con ella»? ¿«Por qué no»? La Inquisición española no sería nada comparada con mi madre. Nada.

Querida Bianca:

Fue muy amable de tu parte escribirme y ofrecerme el uso de un colchón doble de matrimonio y tu suelo.

Te confieso que cuando te pedí ayuda para resolver mi problema temporal de falta de alojamiento, estaba en estado de pánico.

Me sorprende tu respuesta. No nos conocemos desde hace mucho tiempo. Por lo que sabes, podría tener severos defectos de carácter o una personalidad psicótica.

Te recomiendo que tengas cuidado en el futuro. No me gustaría que se aprovecharan de ti. No estoy seguro de mis planes futuros. Leicester tiene un cierto *je ne sais quoi* [encanto especial]: es muy agradable en otoño, cuando las hojas caídas dan un toque de color a las aceras.

Tuyo,

Mis mejores deseos.

Adrian

Domingo 22 de septiembre

Tenía muchas ganas de una cena tradicional de domingo con pudín de Yorkshire, salsa, etc. Pero mi madre me informó a la 1:00 p.m. que ya no *prepara* cenas dominicales. En su lugar, nos llevaron en coche a seis kilómetros de distancia, en el coche de Muffet, a un restaurante de comida rápida donde pagamos 4,99 libras por persona para que un joven imbécil con uniforme de chef nos sirviera trozos de cartón y verduras secas. Mi hermana Rosie derramó la media pinta de cerveza Ruddles de Muffet sobre la mesa. Traté de ir al rescate con media docena de posavasos — pero los posavasos no absorbieron nada de cerveza. Repelieron todo el líquido. Al final, el joven imbécil nos tiró un trapo de cocina apestoso.

Consulta: ¿Cuál es el propósito de los posavasos modernos? ¿Son ahora meramente simbólicos, como el crucifijo?

6:00 p.m.

Mi madre me ha informado de que tengo que pagarle un alquiler de al menos treinta y cinco libras a la semana, o si no, me echa a la calle. ¿Acaso la sangre no cuenta para nada en 1991?

Martes 24 de septiembre

Mi abuela me ha dicho que puedo mudarme con ella, sin pagar alquiler, siempre y cuando corte el césped, dé cuerda a los relojes y haga la compra. Acepté inmediatamente.

Miércoles 25 de septiembre

Esta noche le leí a la abuela los tres primeros capítulos de *¡He aquí!*. Le pareció lo mejor que ha oído nunca. Piensa que los editores que lo rechazaron están chiflados. Y siente un profundo desprecio por el Sr. John Tydeman. Hace poco le escribió para quejarse del sexo en *The Archers* [Los arqueros]. Afirma que no le respondió personalmente. Al parecer, usó una máquina para hacerlo.

Domingo 29 de septiembre

Archers ómnibus [Menú del día]: Huevo, beicon, pan frito, el *Pueblo*. Rosbif, patatas asadas, puré de patatas, col, zanahorias, guisantes, pudín de Yorkshire, salsa. Tarta de manzana, natillas, taza de té, caramelos de menta extra fuertes, *Noticias del Mundo*. Sándwiches de salmón en conserva, mandarinas con gelatina, pastel de pasas, taza de té.

Lunes 30 de septiembre

Capítulo Dieciocho: De vuelta a los Wolds

Jake se recostó en la mecedora y observó a su abuela hacer la muñeca de maíz. Sus mejillas sonrosadas brillaban con las llamas de la cocina de plomo negro. La tetera de cobre cantaba. El canario en la jaula junto a la ventana trinaba al compás. Jake suspiró profundamente, satisfecho. Era bueno estar de vuelta de Rusia y de todo aquel desagradable asunto con Natasha. Aquí, por fin podía relajarse de verdad, en la cabaña de su abuela en los Wolds.

Otoño

Martes 1 de octubre

Mi padre trajo a la señora Belinda Bellingham a casa de mi abuela esta noche para que me conociera. Me quedé totalmente boquiabierto; ¡es una persona muy elegante! Mi padre ha empezado a pronunciar la «h» religiosamente y a decir «fisno» en lugar de «fino». Y también ha descubierto los buenos modales: cada vez que mi abuela entraba en la habitación, se levantaba de un salto de la silla.

Al final, ella le espetó: «Sién *tate*, George. No paras de levantarte y sentarte como la escalera de un limpiador de ventanas».

La Sra. Bellingham es rubia y guapa, con esos pómulos que denotan siglos de buena educación. Me pareció muy pálida, considerando que acababa de pasar dos semanas al sol. Más tarde, por la noche, descubrí que vive con miedo al cáncer de piel. Al parecer, pasó las vacaciones corriendo de un lugar a la sombra a otro. La Sra. Bellingham es la directora general de «Bell Safe» [campana de seguridad] — una empresa de alarmas antirrobo. Mi padre empieza a trabajar el lunes que viene como director de ventas de la Sra. Bellingham. Intentaron persuadir a mi abuela para que les permitiera instalar una alarma antirrobo a precio de coste, pero se negó, diciendo: «No, gracias. Si tengo que salir, subo el volumen de Radio Cuatro y dejo la puerta abierta».

La Sra. Bellingham y mi padre intercambiaron miradas escandalizadas. La abuela continuó: «Y nunca me han robado en sesenta años, y de todas formas, si tuviera una alarma en la fachada, la gente sabría que tengo algo valioso, ¿no es así?».

Hubo un silencio incómodo, y entonces mi padre dijo: «Bueno, Belinda, te acompaño a casa, ¿de acuerdo?».

Le ofreció el abrigo mientras ella se lo ponía. Obviamente había recibido lecciones de etiqueta. Cuando se marcharon, mi abuela me sorprendió diciendo: «Tu padre se ha convertido en un auténtico lameculos, ¿verdad?».

Quizás esté sufriendo los primeros síntomas de demencia senil. Nunca la había oído decir palabrotas.

Sir Alan Green, el Director de la Fiscalía, fue sorprendido hablando con una prostituta y dimitió. Según la Ley de Delitos Sexuales de 1985, un hombre que se acerque a una mujer más de una vez puede ser detenido por la policía. Esto es nuevo para mí. Ciertamente tendré más cuidado con quién me acerco en la calle a partir de ahora.

Viernes 4 de octubre

Mi abuela y yo hemos limpiado la casa a fondo hoy. Mi abuela tiene una fijación con los gérmenes. Está convencida de que la están esperando, listos para atacarla y acabar con ella. Yo culpo al anuncio de televisión de un limpiador de inodoros que muestra «gérmenes» del tamaño de gremlins, que merodean por el inodoro, riéndose malévolamente. Aunque he visto este anuncio cientos de veces, simplemente no puedo recordar cómo se llama el producto.

Consulta: ¿Es efectiva la publicidad televisiva?

Más tarde, mi abuela se sentó a ver al Partido Laborista cantar «We Are the Champions» [Somos los campeones] como broche final de su congreso en Brighton. No muchos del gabinete en la sombra se sabían la letra. Espero que Freddie Mercury no estuviera viendo esto — se le habría quedado pegada entre los dientes, por no hablar de su garganta.

Domingo 6 de octubre

Hoy, al hojear el *Observador*, vi la fea cara de Barry Kent mirándome fijamente. Al parecer, es un nuevo miembro de un lugar llamado Club Groucho. Leí el artículo acompañante con avidez. Es exactamente el tipo de lugar del que me gustaría ser miembro. Si algún día logro serlo, le contaré al gerente (Liam) la verdad sobre el pasado de Kent y haré que lo veten.

Elizabeth Taylor se ha casado con un albañil con una permanente horrible. Se llama Larry Fortensky. El mono de Michael Jackson, Bubbles [Burbujas], fue el padrino.

Capítulo Diecinueve: Hora de moverse

Jake salió a hurtadillas de la casita justo cuando la iglesia del pueblo daba la medianoche. Corrió sigilosamente por el camino hacia el taxi que le esperaba, según las instrucciones, junto a la oficina de correos. Al tirar la mochila en la parte trasera del coche y subirse tras ella, suspiró aliviado. No quería volver a ver nunca más las mejillas sonrosadas de su abuela y juró quemar la próxima muñeca de maíz con la que se cruzara.

«¡Pisa a fondo!», le gritó Jake al conductor del minitaxi. «Llévame a la conurbación más cercana».

El taxista frunció el ceño. «¿Qué es una conurbación urbana cuando está en casa?», preguntó.

Jake espetó: «¡Vale, idiota! ¿Quieres especificaciones? ¡Llévame al Club Groucho!».

A la mención de esas mágicas palabras, los hombros del taxista se enderezaron. La caspa seguía en su cabeza. Llevaba años esperando oír las palabras: «Llévame al Club Groucho». Miró a Jake con un nuevo respeto e hizo lo que le dijeron. Pisó el embrague a fondo y el taxi salió disparado de los Wolds hacia la gran metrópolis donde, en el Groucho, los grandes sin duda estarían bebiendo el vino de la casa e intercambiando ocurrencias. Jake esperaba que Belinda estuviera allí, en la barra, mostrando sus piernas y riéndose históricamente de uno de los chistes de Jeffrey Bernard.

Lunes 7 de octubre

Barry Kent está grabando un documental para BBC2 sobre sus «raíces». Las cámaras de televisión estaban en el supermercado Co-op, bloqueando los pasillos. No podía llegar a la sección de comida para gatos, así que me quejé al gerente (que, por cierto, no parecía tener más de diecisiete). Me respondió: «¿Barry Kent viene en persona esta tarde?». Era como si hablara de la realeza. Le dije: «¡Me da igual! ¡Quiero tres latas de Whiskas, *ahora mismo!*!». El joven gerente se fue y, con voz arrastrada, le pidió al cámara que le pasara tres latas de comida para gatos. Con lo que me pareció mala educación, el cámara accedió y, después de pagarle al niño fascinado por las estrellas, salí de la tienda.

Martes 8 de octubre

Han persuadido a mi madre para que hablara ante la cámara sobre «el Barry Kent que conoció». Le insistí en que dijera la verdad, sobre el joven matón, mentiroso, desaliñado y torpe que conocíamos y despreciábamos.

Pero mi madre dijo: «Siempre pensé que Barry era un niño sensible». El director la hizo pararse junto a su cubo de basura rebosante en el patio lateral.

Mi madre dijo: «¿No deberían maquillarme, con un maquillador profesional?». Nick, el director, dijo: «No, Sra. Mole, busquemos la realidad». Mi madre se tocó el herpes labial y dijo: «Contaba con un poco de camuflaje para ocultar esto». Le apuntaron con una luz potente que mostraba cada línea, arruga y ojera en su rostro.

Entonces el director gritó: «¡Adelante!», y mi madre se fue. Completamente destrozada. Tras diecisiete intentos, BBC2 se dio por vencida, recogió su equipo y se marchó. Mi madre subió corriendo las escaleras y se tiró sobre la cama. No hay nada más lamentable que un entrevistado que fracasa.

Sábado 12 de octubre

Kent sigue pavoneándose por el barrio. Lo vi siendo filmado caminando por nuestra calle. Llevaba un abrigo largo hasta el suelo, botas de vaquero y gafas oscuras. Me quité de la vista. No quiero que me identifiquen públicamente como el tonto del *Dork's Diary*.

Saqué al perro a pasear al campo donde Pandora solía montar a Blossom, su poni. Se cansó enseguida. Tuve que cargarlo de vuelta.

Vi a la señora Kent, la madre de Barry, de camino a casa. Estaba paseando a su pit bull terrier. Le pregunté si ya había registrado a la bestia (como exige la ley).

Ella dijo: «¿Carnicero no le haría daño ni a una mosca?».

Le dije: «No me preocupan las moscas. Me preocupa la tierna carne de los niños pequeños».

Cambió de tema y me contó que Barry le había comprado la casa de protección oficial en la que vive ahora. Esto me hizo reír bastante. La casa de los Kent es sinónimo de miseria en nuestro barrio. Cortan las puertas interiores para usarlas como leña cada invierno.

Domingo 13 de octubre

Terminé el Capítulo Diecinueve esta noche.

Jake estaba harto de las entrevistas. Les ordenó a los periodistas que se fueran del Groucho Club y lo dejaran solo. Se giró hacia Lenny Henry y le dijo: «¿Tomamos algo, Len?». Lenny sonrió en señal de agradecimiento y Jake chasqueó los dedos. Un camarero se acercó corriendo y se inclinó deferentemente hacia Jake. «Una botella de champán — una grande — y mejor tres copas», pues Jake acababa de ver a uno de sus mejores amigos, Richard Ingrains, famoso por *News Quiz* [el concurso de noticias], entrar por las sagradas puertas batientes. «¡Oye, Rich, por aquí!», gritó Jake. Se oyó un forcejeo en la recepción. Jake giró la cabeza y vio a Liam, el gerente, echando a Kent Barry, el escritor fracasado, del club y tirándolo a la cuneta.

Lunes 14 de octubre

Querida Bianca:

Tras reflexionarlo mejor, ¿puedo aceptar tu oferta? Me sería de lo más conveniente pasar unos días durmiendo en tu casa de Oxford. Siendo honesto, no puedo soportar vivir ni un minuto más con mi familia. No es solo el nivel de ruido y las constantes discusiones; son las pequeñas cosas: el cuello incrustado de la botella de salsa HP; la jabonera resbaladiza; los pelos de perro en la mantequilla.

Puedes llamarme al número de arriba, a cualquier hora, de día o de noche. Nadie duerme en esta casa.

Todos mis mejores deseos,

Adrian Mole

Martes 15 de octubre

Mi hermana Rosie me dijo esta mañana que me odiaba. Su arretrato surgió después de que le sugiriera que se peinara antes de ir al colegio. Mi madre se levantó de la cama y bajó las escaleras. Encendió su segundo cigarrillo del día (se fuma el primero en la cama) e inmediatamente se puso del lado de Rosie. Dijo: «¡Deja a la niña en paz!».

Le respondí: «Alguien tiene que poner orden en esta casa».

Mi madre dijo: «Mira quien habla. Esa barba parece un nido de hurones. No sé cómo puedes soportar tenerla tan cerca de la boca. Un inspector de sanidad pública te la cerraría».

Durante la discusión que siguió, ambos nos dijimos cosas desagradables, de las que ahora me arrepiento. La acusé de ser una madre negligente, de moral relajada. Ella contraatacó describiéndome como «un idiota con cara de hongo». Dijo que había leído a escondidas mi manuscrito de *¡He aquí!* y que le parecía «una porquería de principio a fin». Añadió: «En el improbable caso de que se publique, espero que uses un seudónimo, porque, para serte honesta, Adrian, no soportaría la vergüenza pública».

Apoyé mi cabeza en la mesa de la cocina y lloré.

Mi madre me abrazó y me dijo: «Ya, ya, Adrian. No llores. No lo decía en serio, creo. *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria* es un primer intento muy interesante».

Pero no sirvió de nada. Lloré hasta deshidratarme.

10:00 p.m.

¿Por qué no ha llamado Bianca? Usé un sello de primera clase.

Jueves 17 de octubre

Retiré más dinero de la Market Harborough Building Society. Mi sueño de tener una casa propia se ha desvanecido aún más, adentrándose en el terreno de la fantasía.

Recibí una postal del Puente de Forth, sin dirección, pero enviada desde Londres.

Querido Adrian:

Voy a Londres a buscar un trabajo de verdad. Tengo una entrevista con Trenes Británicos. Tengo prisa. Por favor, respóndele a mi amiga Lucy:

Lucy Clay
Piso 10
Dexter House
Coghill Street
Oxford

Me ha prometido pasarme cualquier mensaje.

Espero que estés bien y feliz. ¡Te echo de menos! Con cariño,
B.

PD: ¿Qué tal un piso en Londres cuando encuentre uno?

Viernes 18 de octubre

Capítulo Veinte: El ajuste de cuentas

Jake desconectó el cable de tierra del enchufe de la cortadora de césped y volvió a enroscarlo. Podía oír a su madre hablando por teléfono con su nuevo amante (un colegial llamado Craig).

Esperó a que terminara de susurrarle palabras cariñosas por teléfono y volviera a salir a la terraza. «He cortado la mitad del césped, mamá», gritó, «pero ahora tengo que ir a la peluquería».

Su madre frunció el ceño y dejó caer ceniza sobre su vestido de cachemir. «Pero Jake, cariño», replicó. «Sabes que odio ver un trabajo a medio terminar». Se dirigió hacia la cortadora de césped.

Jake rió para sus adentros. Había contado con ese rasgo de su madre. Al pasar por las puertas francesas, oyó la cortadora de césped flotante arrancar, seguido inmediatamente de un chillido agudo.

Jake inmediatamente se sintió culpable, pero se consoló pensando que le había aconsejado a su madre una y otra vez que instalara un interruptor automático; un consejo que ella, tontamente, había decidido ignorar.

Domingo 20 de octubre

Hoy era el día de visita de mi padre. Vino a llevar a Rosie a McDonald's como siempre. Mientras ella buscaba sus zapatos, mi padre y yo hablamos de hombre a hombre sobre mi madre. Coincidimos en que era una persona imposible de convivir con ella. Nos reímos mucho de Martin Muffet, que estaba en el jardín trasero construyendo un cobertizo con la ayuda de su banco de trabajo Black & Decker. Estuvimos de acuerdo en que, desde que se casó con mi madre, Muffet ha envejecido diez años.

Felicité a mi padre por haber conquistado a la señora Belinda Bellingham, y confesé que no tenía mucha suerte con las mujeres. Mi padre dijo: «Diles lo que quieren oír, hijo, y cómprales un ramo de flores cada cada quince días. Eso es todo».

Le pregunté si tenía intención de casarse con la señora Bellingham, pero antes de que pudiera responder, mi madre entró tambaleándose en la habitación cargando una gran caja de cartón que contenía los cachivaches que había comprado en un mercadillo. Había comprado un cuadro de Cristo en la cruz; un cenicero con dos perros escoceses pintados; un soporte de aluminio para tostar; veintisiete velas dobladas; un mantel de chenilla; un vinilo de Tom Jones; seis manzanas para asar; y un volante. Mientras desempaquetaba con entusiasmo los trastos sobre la mesa de la cocina, vi a mi padre mirándola con lo que solo puedo describir como una mirada de amor en sus ojos.

Lunes 21 de octubre

Bianca llamó, pero estaba fuera cortándole las asquerosas uñas a Bert Baxter. Mi madre anotó un número de teléfono donde podía contactar con Bianca, pero lo perdió casi de inmediato. Buscamos por toda la casa, pero no encontramos el trozo de papel. Supongo que el perro se lo comió. Últimamente se ha aficionado a devorar páginas enteras del *Leicester Mercury*, señal de su creciente neurosis o de una deficiencia vitamínica — ¿quién sabe? Nadie puede permitirse llevarlo al veterinario para averiguarlo.

Martes 22 de octubre

Le envié una postal de la estación de autobuses de Leicester a Bianca a través de Lucy Clay:

Querida Bianca:

Gracias por tu postal del puente de Forth.

Me sorprendió mucho saber que dejabas Oxford y te ibas a «Smoke» [Humo=Londres], como dicen los cockneys londinenses.

Te deseo mucha suerte en tu búsqueda de un trabajo «de verdad». Mantenme al tanto. Yo todavía no he tenido suerte, pero sigo intentándolo.

Es muy difícil vivir aquí con mi familia. Hay un choque total de estilos de vida. Intento ser tolerante con el ruido y el desorden, pero es duro, muy duro.

Tuyo,

Con mis mejores deseos,

Adrian

La Sra. Bellingham me ha ofrecido un trabajo vendiendo dispositivos de seguridad. Es un trabajo nocturno. Tengo que visitar a vecinos nerviosos después del anochecer y meterles el miedo de Dios hasta que contraten una alarma antirrobo o luces de seguridad. Le dije que lo pensaría.

La Sra. Bellingham me dijo con voz cautelosa: «Hay tres millones de desempleados. ¿Por qué necesitas pensarlo?».

Le dije que esperaba que los mendigos aún pudieran elegir.

Me ofrece 3,14 libras la hora. Sin comisión, sin afiliación a la seguridad social, sin contrato de trabajo — pago en efectivo. Le pregunté si le molestaba que perteneciera a un sindicato. Se puso más pálida que nunca y dijo: «Sí, me temo que sí. El mayor logro de la señora Thatcher fue domar a los sindicatos». ¡Mi padre es un lacayo de Thatcher!

Jueves 24 de octubre

Me desprecio a mí mismo. Solo llevo dos noches trabajando, pero ya he vendido un completo sistema de seguridad para una casa, seis alarmas para coches, cuatro mirillas y media docena de candados para bicicletas. Mi método es simple. Entro en la casa y les muestro a los dueños el portafolio que la Sra. Bellingham ha reunido. Consiste en historias escabrosas recortadas de periódicos sensacionalistas y comunicados de prensa policiales. Tras hojear este alarmante documento, habría que ser muy despreocupado para que el dueño negara que una mayor seguridad en el hogar es algo deseable.

La Sra. Bellingham me ha indicado que pregunte: «¿No cree que su familia merece más protección contra las fuerzas oscuras del mal que andan sueltas en nuestra comunidad?»

Hasta ahora solo una persona ha dicho «No», y fue el padre con cara de derrota de seis adolescentes.

Lunes 28 de octubre

Me he afeitado la barba. La Sra. Bellingham dijo que me hacía parecer poco confiable. Estoy completamente a su merced. Si me ordenara ir a trabajar vestido con un traje de Batman, tendría que obedecerla. No tengo ningún derecho laboral.

Jueves 31 de octubre

¡Por fin! ¡La recuperación económica está en marcha! La Confederación de la Industria Británica (CBI) ha informado que prevé que la producción y las exportaciones aumenten en los próximos años. Según la CBI, los fabricantes esperan recibir numerosos pedidos nuevos. Le di la buena noticia a mi madre. Me dijo: «Sí, y el perro se casa el sábado y yo soy su dama de honor». Luego ella y Martin Muffet estallaron en una de sus locas carcajadas.

Ken Barlow, famoso por su papel en *Coronation Street* [Calle Coronación, serie costumbrista de los años 60], fue juzgado por ser aburrido. Fue declarado inocente y recibió una indemnización de 50.000 libras.

Mi madre ha conseguido un trabajo como guardia de seguridad en el nuevo centro comercial que acaba de abrir en el centro de Leicester. Parece una policía de Nueva York con su uniforme. Le dijo a la empresa de seguridad, «Grupo Cinco», que tenía *¡treinta y cinco años!* Ahora vive con el temor de que se revele su verdadera edad: cuarenta y siete. ¿Acaso todos en Grupo Cinco tienen problemas de visión? ¿La entrevista tuvo lugar en una oficina a la luz de las velas? Le hice estas cuestiones.

Ella respondió: «Me puse bastante maquillaje Max Factor y me senté de espaldas a la ventana».

Viernes 1 de noviembre

En vista de mi continuo éxito vendiendo su parafernalia de seguridad, la Sra. Bellingham me ha subido la tarifa por hora de 3,14 libras a la considerable suma de ¡3,25! ¡Caramba! ¡Disparen un cañón! ¡Suelten los globos! ¡Abran el Bollinger [marca de champán]! ¡Emitan un comunicado de prensa! ¡Informen a los Flechas Rojas [Equipo de Demostración Acrobática de la Real Fuerza Aérea Británica]!

Sábado 2 de noviembre

Jake usó su navaja suiza para desactivar la alarma antirrobo y en cuestión de segundos había sorteado los candados, cerrojos y cadenas de la puerta principal y se encontraba en la entrada de Bellingham Towers.

Arriba, durmiendo tras una hora de apasionado encuentro amoroso, estaban los dueños de la histórica casa de campo, Sir George y Lady Belinda, y su hija, la Honorable Rosemary. Jake rió entre dientes mientras metía plata y *objets d'art* [objetos de arte] en una bolsa de plástico negra. No sentía culpa alguna. Estaba robando a los asquerosamente ricos para alimentar a los asquerosamente pobres. Era el Robin Hood de Leicestershire.

Mi madre dice que me parezco muchísimo a John Major, sobre todo cuando llevo mis gafas de lectura. ¡Menuda tontería! A diferencia del señor Major, yo sí que tengo labios. Quizás sean un poco finos, pero se notan. Si yo fuera Major, me haría un trasplante de labios. Mick Jagger podría ser el donante.

Martes 5 de noviembre

Robert Maxwell, el magnate, cayó por la borda de su yate, el *Lady Ghislaine*.

Fui a la fiesta de la hoguera comunitaria de Atención a la Tercera Edad. Empujé a Bert Baxter en su silla de ruedas. A Baxter le pidieron que se marchara después de media hora porque le vieron (y ciertamente oyeron) arrojar un petardo indio a la hoguera. La organizadora, la Sra. Plumbstead, se disculpó diciendo: «La seguridad debe ser primordial».

Baxter respondió con desdén: «¿Acaso no existía la *seguridad* cuando yo era joven?».

Lo llevé a casa en silencio. Estaba furioso. Por su culpa, me perdí las patatas asadas, las salchichas y la sopa. Tuve que esperar una hora a que la enfermera del distrito viniera a acostarlo.

Jueves 7 de noviembre

Kevin Maxwell ha negado que los negocios de su difunto padre tengan problemas financieros.

Consulta: ¿Nuestros bancos prestarían 2.500 millones de libras a un hombre con problemas de dinero?

Respuesta: ¡Por supuesto que no! Nuestros bancos son instituciones financieras respetables.

Domingo 10 de noviembre

A casa de la abuela para la ceremonia de colocación de amapolas en conmemoración del Día del Recuerdo. Estoy orgulloso de mi difunto abuelo, Albert Mole. Luchó valientemente en la Primera Guerra Mundial para que yo no tuviera que vivir bajo la tiranía de un opresor extranjero.

No puedo dejar pasar la *falsa* frase anterior. La verdad es que mi pobre abuelo, ya fallecido, luchó en la Primera Guerra Mundial porque se lo ordenaron. Siempre hacía lo que le decían. En eso me parezco a él.

Lunes 11 de noviembre

Una pandilla de gamberros de Leicester gritó: «¡Oye, John Major, ¿cómo está Norma [Norma Wagstaff, su mujer]?!» esta noche, cuando salía del cine. Miré a mi alrededor, pensando que tal vez el Primer Ministro estaría visitando la Cámara de Comercio de Leicester, o algo así, pero no había ni rastro de él. Entonces me di cuenta, con horror, de que sus insultos iban dirigidos a mí.

Miércoles 13 de noviembre

Una carta de Bianca.

Querido Adrián:

Gracias por tu carta, que Lucy me ha reenviado. Como puedes ver por mi dirección, vivo en Londres. Ahora mismo tengo alquilada una pequeña habitación en el Soho, pero me cuesta 110 libras a la semana, ¡así que no voy a quedarme aquí mucho tiempo!

Tengo un trabajo como camarera en un restaurante llamado «Salvajes». El dueño es un poco raro, pero el personal es muy simpático. Me encantaría verte la próxima vez que vengas a Londres. Mi día libre es el lunes. ¿Cómo va la novela? ¿Has terminado las revisiones? ¡Estoy deseando leerla íntegra!

Con cariño,

Bianca (Dartington)

Jueves 14 de noviembre

Querida Bianca:

Muchas gracias por tu carta del 11. Debo confesar que me sorprendió bastante saber de ti. Casi nunca estoy en Londres, pero quizás pase a verte en mi próxima visita. ¿No es el Soho un lugar peligroso para vivir? Ten cuidado al caminar por las calles. Personalmente, me siento osificado en este infierno provinciano.

¡He aquí! va muy bien. He llamado a mi héroe Jake Westmorland. ¿Qué te parece?

Por favor, respóndeme.

Siempre tuyo,

Adrian

Viernes 15 de noviembre

Hoy colapsó la Bolsa de Nueva York. Espero que esto no afecte a los tipos de interés de la Market Harbourough Building Society [sociedad hipotecaria].

Sábado 16 de noviembre

Sin respuesta de B.

Domingo 17 de noviembre

¿Por qué en este país no hay reparto de correo los domingos? Supongo que es por las objeciones establecidas por la Iglesia. ¿Acaso el clero cree que a Dios le importa un comino si los humanos reciben cartas o no los domingos?

Lunes 18 de noviembre

Por segunda vez. Una postal del viaducto de Holborn.

Querido Adrian:

No. Soho no es peligroso. Me *encanta* Jake Westmorland. ¿Cuándo vienes a Londres?

Con mucho cariño,
Bianca

Martes 19 de noviembre

Le envié a Bianca una postal de la Torre del Reloj de Leicester.

Querida Bianca:

Da la casualidad de que estaré en Londres el próximo lunes. ¿Te gustaría almorzar conmigo? Por favor escíbeme o llámame para confirmar.

Mis más cordiales saludos,
Adrian

PD: Me he afeitado la barba. Fueron las fotos de Terry Waite [activista británico de los derechos humanos] en la televisión las que me convencieron.

Miércoles 20 de noviembre

Llegó la tarjeta navideña de la abuela. Las tiendas están llenas de Papás Noel tocando campanas y molestando a los compradores legítimos. Mi madre me contó que, estando de servicio, vio a una anciana robando una caja de bombones Cadbury. Le pregunté qué había hecho. Me dijo: «Me di la vuelta y me fui por el otro lado».

Hay una avalancha de gente contratando alarmas antirrobo. Todo el mundo quiere instalarlas antes de Navidad cuando llenan sus casas de electrodomésticos y videojuegos de Nintendo.

Sábado 23 de noviembre

Una postal de Bianca, del Crystal Palace original.

Querido Adrian:

Tengo que trabajar el lunes. La temporada de fiestas de la oficina ha comenzado, pero ven de todos modos. Saldré temprano. Tengo muchas ganas de verte. Ven a «Salvajes», Dean Street, a las 2:30 p.m.

Con cariño,
Bianca

Domingo 24 de noviembre

Freddie Mercury ha muerto de sida. No tuve tiempo para llorar, pero puse «Bohemian Rhapsody», uno de mis discos favoritos, en el tocadiscos.

Extendí mi armario sobre la cama (o mejor dicho, el *contenido* de mi armario) y traté de decidir qué ponerme para mi viaje a Londres. No quería ser tachado de turista provinciano por parte de los capitalinos desdeñosos. Me decidí por la camisa negra, los pantalones negros y la chaqueta de tweed de Oxfam. Mis mocasines grises servirán. Puse la alarma a las 8:30 a.m. Cogí el tren de las 12:30 p.m.

Lunes 25 de noviembre

Soho

Estoy enamorado de Bianca Dartington. Irremediablemente, desamparadamente, irreflexivamente, gloriosamente, magníficamente.

Martes 26 de noviembre

Sigo aquí, en el Soho, en la habitación de Bianca encima de la pastelería de Brenda en Old Compton Street. Apenas he visto la luz del día desde las 3:30 p.m. del lunes.

Miércoles 27 de noviembre

Poema para Bianca Dartington:

Rostro dulce,
Cabello negro como la noche,
Gracia natural,
Te amo lo juro.
Cásate conmigo, sé mi esposa,
Hazme feliz, comparte mi vida.

Jueves 28 de noviembre

Llamé a mi madre y le pedí que enviara mis libros a Old Compton Street. Le informé que ahora vivo en Londres con Bianca. Me pidió la dirección, pero no me lo tragué. Colgué.

Viernes 29 de noviembre

¡Dios, cómo la amo! ¡La amo! ¡La amo! Cada minuto que está fuera, trabajando en «Salvajes», es una tortura para mí.

Consulta: ¿Por qué no *sabía* que el cuerpo humano es capaz de un placer tan exquisito?

Respuesta: Porque, Mole, nunca habías hecho el amor con Bianca Dartington — alguien que te ama en cuerpo y alma — antes.

Sábado 30 de noviembre

¿Qué le vi a Pandora Braithwaite? Es una testaruda, arrogante tocapelotas. Una auténtica arpía. Comparada con Bianca, no es nada, nada. Y en cuanto a Leonora De Witt, apenas recuerdo su cara.

No quiero salir nunca de esta habitación. Quiero vivir toda mi vida entre estas cuatro paredes (con ocasionales visitas al baño, que tenemos que compartir con un tragafuegos llamado Norman).

Las paredes están pintadas de azul lavanda y Bianca ha pegado estrellas y lunas en el techo que brillan en la oscuridad. Hay un póster del Puente del Puerto de Sídney en la pared entre las ventanas. Hay una cama doble con una colcha india cubierta de cojines; una cómoda que Bianca ha pintado de blanco; un sillón antiguo cubierto con un gran mantel. Una mesa torcida, pintada a medias de dorado, y dos sillas de pino. En lugar de cabecero, hay una fotografía ampliada en la pared de Isambard Kingdom Brunel [ingeniero clave en la Revolución Industrial Británica], el héroe de Bianca.

Cada mañana al despertar, ¡no puedo creer que la chica delgada de piernas largas que yace a mi lado sea mía! Siempre me levanto primero y pongo la tetera en la hornilla Baby Belling. Luego pongo dos rebanadas de pan tostado bajo el grill y le sirvo el desayuno a mi amor en la cama. No la dejo levantarse hasta que la estufa de gas haya calentado la habitación. Se resfría con facilidad.

Quiero complacerla más que a mí mismo.

Esta mañana, sonaba «Stand By Me» [Quédate conmigo], de Ben E. King, en Capital Radio.

Dije: «Me encanta esta canción. Mi padre solía ponerla».

Bianca dijo: «A mí también».

Bailamos al ritmo de la canción, yo en calzoncillos y Bianca con sus bragas rosas floreadas.

Ahora «Stand By Me» es nuestra canción.

Domingo 1 de diciembre

Hoy fuimos a la National Gallery. Paseamos por el ala Sainsbury como siameses, fusionados. No soportamos estar separados ni por un momento. Los cuadros renacentistas brillaban como joyas e inflamaron nuestra pasión. Nuestros mutuos genitales están un poco doloridos y magullados, pero eso no nos impidió hacer el amor en cuanto volvimos a la habitación. Norman, el de al lado, golpeó la pared y casi nos corta el rollo, pero conseguimos ignorarlo.

Lunes 2 de diciembre

Esta mañana, mientras me ponía los calcetines y los zapatos, noté una expresión extraña en el rostro de Bianca.

Le pregunté: «¿Qué te pasa, cariño?».

Tras insistirle un poco, Bianca confesó que adoraba todo de mí excepto mis zapatos grises sin cordones y mis calcetines blancos de felpa. Como muestra de mi amor por ella, abrí la ventana y arrojé mi único par de calcetines y zapatos a la calle Old Compton. Como consecuencia, no pude salir en todo el día. Era un prisionero del amor descalzo.

Esa misma tarde, Bianca me compró tres pares de calcetines en Sock Shop y un par de zapatos brogue oscuros de Bally. Me quedaban perfectos. Los zapatos son *serios*. Me sentía como un adulto con ellos puestos mientras caminaba por la habitación. Después fui al banco NatWest en Wardour Street y saqué 100 libras del cajero automático. Es la mayor cantidad que he sacado nunca de golpe. Le pagué a Bianca los zapatos (59,99 libras), que también es lo máximo que he pagado nunca por un par de zapatos. Por cierto, ya es tarde y los mocasines grises siguen en la cuneta. Vi a un vagabundo probándoselos, pero frunció el ceño y se los quitó enseguida, aunque parecían quedarle bien.

Miércoles 4 de diciembre

Hoy llamé a mi madre y le pregunté por qué no me había enviado mis libros como le había pedido.

Me gritó: «Principalmente porque te negaste a darme tu dirección, ¡maldito idiota!». Luego me contó que le había pedido a nuestro cartero, Courtney Elliot, el coste estimado de mandar los libros por correo. Al parecer, «aproximadamente» (palabras textuales) costaría sobre unas cien libras. Me dijo que mi padre va a Londres el viernes para asistir a una conferencia sobre Seguridad en el Hogar. Me dijo que le pediría que llevara los libros y el resto de mis pertenencias. Acepté a regañadientes y le di la dirección.

Cuando Bianca se fue a trabajar, fui caminando a Oxford Street y compré un recogedor, una escoba y un paquete de plumeros amarillos Mr Sheen, un trapo para el suelo, un limpiador líquido Flash, una botella de Windolene y unas bragas blancas de satén de Knickerbox.

Bianca se puso contentísima cuando regresó a las 3 de la tarde y encontró nuestra habitación limpia y reluciente. Casi tan contenta como yo a la 1 de la madrugada cuando se puso las bragas de satén.

Viernes 6 de diciembre

Mi padre llegó de muy mal temperamento esta noche. La conferencia era en Watford, así que tuvo que desviarse considerablemente del camino (de vuelta) para entregarme mis cosas. Cuando por fin encontró Old Compton Street, eran las 9:30 p.m.

Aparcó en doble fila amarilla, con las luces de emergencia encendidas. Entre los dos, subimos las cajas de libros y las bolsas de plástico con ropa cuatro pisos hasta la habitación. Cuando terminamos, mi padre colapsó en la cama. Su calva brillaba de sudor. Me alegré de que Bianca estuviera en el trabajo. Cuando se recuperó, bajé a despedirlo. La Sra. Bellingham le había ordenado que volviera a casa a una hora razonable. Obviamente tiene miedo de ella. Mientras caminábamos hacia el coche, mi padre se detuvo, señaló la cuneta y gritó: «¿Qué demonios es eso?».

Su Montego había sido inmovilizado con un cepo. Pensé que iba a derrumbarse y llorar en la calle, pero en vez de eso se volvió loco, pateó el cepo amarillo y gritó obscenidades. Fue muy divertido para los idiotas postureo que en la acera de enfrente tomaban capuchino bajo el frío viento.

Me ofrecí a acompañarle a las afueras de Londres para iniciar el largo y burocrático proceso de quitar el cepo, pero mi padre gruñó: «¿Por qué no te vas de una maldita vez arriba, a tu acogedor nidito de amor?!». Paró un taxi negro y se subió. Al girar hacia Wardour Street, supe que mi padre no tardaría en quejarse con el taxista sobre su mala suerte, su hijo desagradecido, su temible amante y su casquivana ex-mujer.

Sábado 7 de diciembre

Pasé un día agradable catalogando y luego ordenando mis libros en las estanterías que construí con tres tabloncillos y nueve ladrillos viejos que encontré en un contenedor de basura en Greek Street. ¿Costo? Cero. En el mismo contenedor, encontré *Pensamiento moral* de John Wilson. Se publicó en 1970, antes de que el sexo entrara en *The Archers*, así que supongo que la moraleja puede estar desactualizada.

Bianca llegó a casa a la hora del almuerzo y me preguntó si quería un trabajo a tiempo parcial como lavaplatos en «Salvajes». Es en efectivo, sin contrato. Le dije: «¿Sí?».

Fuimos a ver la Barrera del Támesis y hablamos de nuestro futuro. Nos prometimos que no dejaríamos que la riqueza y la fama nos separaran.

Empiezo a lavar platos el lunes.

Lunes 9 de diciembre

Peter Salvaje, el dueño de «Salvajes», sin duda hace honor a su nombre. Nunca he conocido a un hombre con tan mal genio. Es grosero con todo el mundo, empleados y clientes. Los clientes lo encuentran divertidamente excéntrico. Los empleados le odian y emplean sus descansos para comer fantaseando con matarlo. Es un hombre alto y gordo con cara de tomate de carne. Se viste como Bertie Wooster [aristócrata personaje de ficción creado por el escritor británico P. G. Wodehouse] y habla como Bob Hoskins, el de *Roger Rabbit*. Lleva un alfiler de corbata de la Campaña para el Desarme Nuclear (CND) en su corbata del Garrick Club.

Culturalmente, es un completo desastre.

Martes 10 de diciembre

Salvaje estaba borracho a las 10 de la mañana. A las 12 del mediodía vomitó en la planta de yuca que había en la esquina del restaurante.

A la 1 de la tarde llegó su esposa, abusó de él verbalmente y luego lo sacó a rastras hasta su coche, con la ayuda de Luigi, el jefe de camareros.

Estoy leyendo *Las palabras claras al completo* de Sir Ernest Gowers. Voy por la página 143: *Clichés*. No quiero presumir, pero estoy seguro de que mi estilo de escritura mejorará a pasos agigantados.

Bianca me sobresaltó esta noche gritando de repente: «Por favor, Adrian, ¿no puedes dejar de sorberte la nariz sin parar? ¡Usa un pañuelo!».

Miércoles 11 de diciembre

Me afano entre ollas y sartenes grasientas por 3,90 libras la hora, ¡y los clientes se gastan 17 libras por un rape y 18 por una botella de vino! Salvaje obviamente no es tan estúpido como parece.

La agencia de publicidad Fogle, Fogle, Brimington y Hayes celebró su fiesta de Navidad en «Salvajes» a la hora del almuerzo. El restaurante estaba cerrado al público. Bianca me contó que el director general, Piers Fogle, le dijo que estaban de celebración porque acababan de ganar un contrato de 500.000 libras gracias a un eslogan para una campaña publicitaria de preservativos.

«Lo que lleva puesto el hombre bien vestido» aparecerá en vallas publicitarias por todo el país.

La cuenta ascendió a más de 700 libras. Le dieron a Bianca y a las demás camareras 5 libras a cada una. Yo, el siervo de la cocina, no recibí nada, por supuesto. Luigi le hizo un gesto obsceno con dos dedos a Fogle mientras salía tambaleándose del restaurante.

Sábado 14 de diciembre

No hemos hecho el amor en más de veinticuatro horas. Bianca tiene cistitis.

Domingo 15 de diciembre

Compré *El placer del sexo* en Charing Cross Road. La cistitis se conoce como «la enfermedad de los recién casados». Puede ser causada por relaciones sexuales vigorosas y frecuentes. La pobre Bianca va al baño cada diez minutos. ¿Por qué *siempre* hay un precio que pagar por el placer?

Lunes 16 de diciembre

Salvaje compareció ante el tribunal esta mañana, acusado de agredir a un cliente el pasado abril. Fue multado con 500 libras y se le ordenó pagar costas y daños por un valor total equivalente a mi salario durante cinco años. Regresó al restaurante con la Sra. Salvaje y su abogado para celebrar el hecho de que no había ido a prisión, pero después de beber champán y consumir tagliatelle, Salvaje vio a un grupo de ejecutivos del Canal Cuatro en la mesa ocho y comenzó a insultarlos porque no mostraban suficiente tobogganing [deslizarse en trineo o tirarse en tobogán] en sus programas deportivos.

Según Bianca, la Sra. Salvaje dijo: «Cariño, cállate, te estás volviendo un poco tedioso».

Savage gritó: «¡Cállate, vaca gorda!».

Ella gritó: «¡Uso la talla 38, bastardo insensible!».

El abogado intentó mediar, pero Salvaje volcó la mesa y Luigi terminó echando a su jefe de su propio restaurante.

Personalmente, me encantaría ver a Salvaje encadenado en prisión, a pan y agua, con ratas royéndole los pies — y eso que apoyo la reforma penitenciaria.

Martes 17 de diciembre

Experimentamos con hacer el amor con mucha delicadeza. Yo era la parte pasiva de la pareja. Más tarde, tuvimos nuestra primera discusión. «¿Dónde vamos a pasar el día de Navidad y el día de San Esteban (Boxing Day)? ¿En nuestra habitación? ¿En casa de sus padres? ¿En casa de mis padres? ¿O con Luigi, que nos ha invitado a su casa en Harrow?» No nos gritamos, pero había (y sigue habiendo) una clara falta de cordialidad navideña. Bianca me dio la espalda en la cama esta noche.

Jueves 19 de diciembre

Nos despertamos abrazados, como siempre. No se mencionó la Navidad, pero sí se habló de amor, pasión y matrimonio. Pasaremos la Navidad con sus padres en Richmond. Su padre vendrá a recogernos en Nochebuena. Así me ahorraré tener que comprar regalos para mi familia.

Sábado 21 de diciembre

Esta noche, Salvaje paseó por el restaurante con un árbol de Navidad en miniatura sobre la cabeza, con luces parpadeantes incluidas. Besó a todas las mujeres y les echó humo de cigarro a todos los hombres. Luigi le llevó a la cocina y lo apoyó contra el fregadero. Entonces Salvaje procedió a contarme que su madre nunca le había querido y que su padre se había fugado con una enfermera alcohólica cuando tenía ocho años. (Cuando Salvaje *junior* tenía ocho años). Rompió a llorar, pero yo estaba demasiado ocupado para consolarle. El cocinero estaba pidiendo a gritos platos de acompañamiento.

Domingo 22 de diciembre

Bianca se quedó hoy en la cama, agotada, pobrecita, lo que me dio la oportunidad de trabajar en el capítulo veintiuno de *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria*.

Jake deslizó sus dedos a lo largo de su espalda. Su piel se sentía como la seda más fina, incluso para sus dedos, áspera por años de inmersión en agua sucia. Suspiró y se movió entre las sábanas de franela. «No pares», dijo, con la voz quebrada como un látigo. «Nunca pares, Jake...».

Martes 24 de diciembre

Nochebuena

Hoy me armé de valor para enfrentarme a la multitud y salir a comprarle a Bianca su regalo de Navidad. Después de recorrer las calles durante dos horas, terminé en Knickerbox y le compré un liguero morado, unas bragas escarlata y un sujetador de encaje negro. Cuando la dependienta me preguntó por la talla, confesé que no lo sabía. Le dije: «No es Rubenesca, pero tampoco Naomi Campbell».

La mujer puso los ojos en blanco y dijo: «Vale, es talla M, ¿no?».

Le dije: «Se parece un poco a Paula Yates, pero con el pelo negro».

La mujer suspiró y preguntó: «¿Paula Yates amamantando o no amamantando?».

Le respondí: «No amamantando». Ella tomó algunas cosas de los estantes y me las envolvió para regalo.

Desesperado en el Burger King dándole vueltas a si comprarle o no regalos a sus padres. A las cuatro y media, decidí que sí, que me ganaría su favor y le compré a su madre un popurrí a base de melocotón. Llamé a Bianca a «Salvajes» y le pregunté qué debía comprarle a su padre. Me dijo que a su padre le gustaba la poesía, así que fui y le compré un libro de poemas de John Hegley, titulado *¿Puedo bajar ahora, papá?*, que tiene una imagen de Jesús en la cruz en la portada. También conseguí un ejemplar de *El patrimonio ferroviario de Gran Bretaña*, de Gordon Biddle y O.S. Nock para Bianca.

Jueves 26 de diciembre

Día de San Esteban (Boxing Day)

Richmond

La madre de Bianca es alérgica a los melocotones; y su padre, el reverendo Dartington, pensaba que el libro de John Hegley era extremadamente de mal gusto. Además, odio al hermano y a la hermana de Bianca. Cómo mi dulce y querida Bianca pudo provenir de una familia tan vil es un misterio para mí. Dormíamos en camas separadas en habitaciones separadas. Tuvimos que ir a una iglesia que era una cabaña de madera el día de Navidad y escuchar a su padre despotricar sobre la comercialización de la Navidad. Bianca y yo fuimos los únicos que compramos regalos. Todos los demás habían donado dinero al Fondo Sudanés para la Sequía. Bianca me compró un reloj Swatch y la *Crónica del Siglo XX*, que será una obra de referencia invaluable para mí. Estaba muy contento. Ella estaba contenta con el Biddle & Nock.

Su hermano, Derek, y su hermana, Mary, obviamente desaprueban nuestra relación. Ambos son solteros y aún viven en casa. Derek tiene treinta y cinco años y Mary veintisiete. La señora Dartington tenía cuarenta y ocho cuando Bianca nació.

No hubo pavo, ni bebida, ni celebración. Me hizo añorar la vulgaridad de mi propia familia.

Esta tarde, tuvimos que dar un paseo junto al río. Había niños pequeños por todas partes, tambaleándose en bicicletas nuevas y empujando carritos con muñecas nuevas dentro. Derek ahora me tiene cariño. Pensó que yo era otro aficionado a los trenes; rápidamente le aclaré las cosas. Bianca y yo nos dimos un rápido abrazo en la cocina esta noche antes de que Mary nos interrumpiera, entró buscando su chocolate para el estreñimiento.

La señora Dartington tuvo un conveniente «susto» justo antes de la cena y se fue a su cama. Bianca y yo preparamos la cena. Comimos ensalada, carne en conserva y patatas asadas. No veo la hora de volver a nuestra habitación. Necesito a Bianca. Necesito cebollas. Necesito ajo. Necesito el Soho. Necesito a Salvaje. Necesito aire. Necesito liberarme de los Dartington.

En el guardarropa de la planta baja hay cuatro abrigos de color beige.

Viernes 27 de diciembre

El reverendo Dartington nos llevó de vuelta al Soho en un silencio martirizado. Cada vez que se detenía en un semáforo en rojo o un paso de peatones, tamborileaba con los dedos en el volante con impaciencia.

Dos días con su familia han tenido un efecto perjudicial en Bianca: parece haber encogido físicamente y retrocedido mentalmente. En cuanto entró en la habitación, rompió a llorar y gritó: «¿Por qué no me *dijeron* que iban a dar sus regalos de Navidad a los sudaneses?».

Le dije: «Porque querían erigirse en moralistas y hacerte sentir ridícula. Obviamente es un castigo porque vives en pecado, en el Soho, con un humilde lavaplatos».

Una hora después, Bianca había recuperado su tamaño y su capacidad mental. Hicimos el amor durante una hora y diez minutos. Nuestro récord hasta ahora. Es muy útil tener un cronómetro en mi nuevo Swatch.

Domingo 29 de diciembre

Hoy fuimos a Camden Lock a comprarle unas botas a Bianca. Toda la zona estaba repleta de jóvenes que compraban y vendían. Le dije a Bianca: «¿Verdad que es bonito ver a los jóvenes por ahí, disfrutando?»

Me miró con extrañeza y me dijo: «Pero si *eres* joven. Solo tienes veinticuatro años, aunque a veces me cuesta creerlo».

Tenía razón, por supuesto. Oficialmente soy joven, pero nunca me he sentido joven. Mi madre decía que tenía treinta y cinco años el día que salí del vientre de mi madre.

La cistitis ha vuelto. Bianca, a regañadientes, ha guardado las bragas de satén en su cajón de ropa interior y ha vuelto a usar las de algodón.

Estoy leyendo la obra de teatro *Un tranvía llamado Deseo*, de Tennessee Williams. ¡Pobre Blanche Dubois!

Invierno

Miércoles 1 de enero de 1992

«Salvajes» estaba cerrado anoche, así que fuimos a Trafalgar Square a las 11:30 p.m. para recibir el Año Nuevo. La multitud era como un campo de maíz borracho, ondulando y meciéndose en medio de una tormenta. Durante más de dos horas me dejé llevar por la corriente. Fue aterrador, pero también estimulante, encontrarme en una fila bailando la conga por St Martin's Lane. Por desgracia, la persona que tenía delante tenía unas nalgas extremadamente gordas. No era una vista atractiva.

Cuando el Big Ben dio las doce, me encontré besando y siendo besado por desconocidos, incluyendo extranjeros. Intenté acercarme a Bianca, pero estaba rodeada de un grupo de extrovertidos australianos que medían más de dos metros. Pero finalmente, a las 12:03 a.m. del 1 de enero, nos besamos y nos prometimos amor eterno. No puedo creer que tenga una mujer tan maravillosa. ¿Por qué me ama? Vivo con el temor de que algún día despierte y se haga la misma pregunta.

Hoy fuimos al Tower Bridge. A mí me dejó frío, pero Bianca estaba fascinada por su diseño estructural. Prácticamente tuve que arrastrarla.

Jueves 2 de enero

Me levanté a las 3:30 de la madrugada y me uní a la cola frente a Next [el Zara británico] en Oxford Street. Las rebajas empezaban a las 9:00. Entablé conversación con un hombre que tenía la vista puesta en un traje azul marino cruzado, rebajado de 225 libras a 90. Se casa con una empaquetadora de paracaídas llamada Melanie el próximo sábado. Con mi nueva chaqueta de cuero negra, camiseta blanca y vaqueros azules, parezco un joven cualquiera de Londres, Nueva York y Tokio. O de Leicester, ahora que lo pienso. Porque Leicester está en el epicentro del imperio Next. Bianca quería visitar la central eléctrica de Battersea hoy y me pidió que la acompañara, pero le expliqué que *¡He aquí!* estaba a punto de tomar un rumbo revolucionario y que necesitaba trabajar en el Capítulo Veintidós. Salió del piso sin decir palabra, pero de espaldas parecía muy irritada.

Jake se subió el cuello de su chaqueta de cuero negra Next para protegerse del viento cruel que soplaba sobre el Támesis. Miró fijamente el agua que retrocedía. Era hora de que hiciera algo con su vida que no fuera ayudar con la hambruna en Sudán. Sabía lo que era. Era algo contra lo que había luchado — ¡Dios sabe cómo había luchado! Pero la compulsión era ahora abrumadora. Tenía que hacerlo. Tenía que escribir una novela...

Miércoles 8 de enero

El presidente Bush vomitó en el regazo del embajador japonés durante un banquete oficial en Tokio esta noche. Lo vimos en la televisión portátil de la cocina del «Salvajes». La Sra. Bush empujó a su marido debajo de la mesa y salió de la sala. No parecía muy contenta. Las noticias de televisión mostraron todo el incidente en cámara lenta. Fue repugnante. Los japoneses parecían horrorizados. Son muy estrictos con el protocolo. Salvaje despidió al pequeño Carlos por fumar un porro en el patio trasero del restaurante. Salvaje luego se bebió media botella de brandy, tres botellas de Sol, robó varias bebidas de las mesas de los clientes y acabó peleándose con la palmera del bar tras acusarla de tener una aventura con su esposa. Ciertamente, el alcohol es una droga peligrosa en las manos equivocadas.

Miércoles 15 de enero

Jake se sentó frente a su moderno Amstrad y presionó las relucientes teclas. El título de su novela apareció en la pantalla.

SPARG DE KRONK

Capítulo Uno: El regreso de Sparg

Sparg estaba en la cima de la colina y contemplaba Kronk, el asentamiento donde nació. Le gruñó a su mujer, Barf, y ella le respondió con un gruñido silencioso, pues aún no había encontrado las palabras.

Bajaron corriendo la colina. La madre de Sparg, Krun, observó cómo su hijo y su mujer se acercaban al fuego. Le gruñó al padre de Sparg, Lunt, quien se acercó a la puerta de la cabaña. Entrecerró los ojos. Odiaba a Sparg.

Krun echó más raíces al fuego: no esperaba invitados a cenar. Era típico de su hijo, pensó, llegar inesperadamente y con una mujer con la barriga hinchada. Esperaba que hubiera suficientes raíces para todos.

Se alegraba de que no hubieran encontrado las palabras. Odiaba las charlas triviales.

Sparg estaba allí, frente a ella. Olfateó su axila, como era costumbre cuando un kronkita regresaba de un largo viaje. Barf se quedó atrás observando la ceremonia de bienvenida. Se le hizo agua la boca. El olor de las raíces inflamadas le abrió el apetito.

Como no se habían encontrado las palabras, no se podía intercambiar ninguna noticia entre madre e hijo.

Jake se apartó de la terminal de su computadora con un suspiro de satisfacción. Era bueno, pensó, malditamente bueno. Era el momento perfecto para otra novela prehistórica sin diálogos.

Martes 21 de enero

Carta de Bert Baxter. Casi ilegible.

Querido muchacho:

Hace mucho que no te veo. ¿Cuándo vienes a Leicester? Tengo algunos trabajos pendientes. Disculpa la letra. Me tiemblan las manos.

Tuyo,
Bertram Baxter

PD: Trae tus tijeras para las uñas de los pies.

Esta noche tuve una fuerte discusión con Bianca. Me acusó de:

- a) No querer salir nunca
- b) Leer demasiado
- c) Escribir demasiado
- d) Despreciar el patrimonio industrial británico
- e) Tirarme pedos en la cama

Lunes 27 de enero

Por fin reconciliados, fuimos esta noche al Teatro Nacional de Cine y vimos una película sobre una mujer japonesa que le corta el pene a su amante. Durante el resto de la película, me senté con las piernas cruzadas y, a intervalos, miraba nerviosamente a Bianca, que miraba fijamente la pantalla y sonreía.

Tengo el pelo casi lo suficientemente largo para una coleta. *The Face* [La Cara, revista británica de moda juvenil] me dice que las coletas están pasadas de moda. Pero puede que sea mi última oportunidad de probar una. Así que me la voy a hacer. Salvaje lleva cinco años presumiendo de la suya.

Bianca se ha comprado una máquina de escribir eléctrica de segunda mano y está mecanografiando *¡He aquí!* Ya me ha entregado setenta y ocho páginas con un diseño precioso. Es increíble cómo mejora una novela al escribirla a máquina. Debería haber seguido el consejo del señor John Tydeman hace años.

Miércoles 29 de enero

Los casos de sida entre heterosexuales en el Reino Unido aumentaron un cincuenta por ciento el año pasado. Le di esta información a Bianca mientras caminábamos hacia «Salvajes» a primera hora de esta tarde. Se quedó muy callada.

Tuve que esperar un buen rato fuera del baño para lavarme los dientes esta noche. Finalmente Norman salió y se disculpó por las nuevas marcas de quemaduras en el marco del espejo. Le han *dicho* que no practique ahí dentro.

Cuando volví a nuestra habitación, encontré a Bianca leyendo un panfleto escrito por la Fundación Terrence Higgins [uno de los primeros muertos por sida en el Reino Unido].

Le pregunté con desdén: «¿Quién es Terrence Higgins cuando está en casa?» [el equivalente al no le conocen ni en su casa a la hora de comer/cenar].

«Está muerto», dijo suavemente. El panfeto trataba sobre el sida.

Bianca se derrumbó y confesó que en 1990 tuvo una aventura con un hombre llamado Brian Boxer, quien a su vez le confesó que en 1979 tuvo una aventura con una mujer bisexual llamada Diane Tripp. Llamaré mañana por la mañana a la línea de ayuda de la Fundación Terrence Higgins para pedir ayuda.

Sábado 1 de febrero

Los primeros veintidós capítulos de *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria* son ahora una pila de 197 páginas mecanografiadas. No paro de cogerla y de pasearme por la habitación con ella en brazos. No me puedo permitir fotocopiarlo, no a diez peniques la página. ¿A quién conozco en Londres que tenga acceso a una fotocopidora?

Apartamento 6
Pastelería de Brenda
Calle Old Compton
Londres

Estimado John:

He seguido su consejo y he revisado *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria*.

También he contratado los servicios de una mecanógrafa profesional, y te alegrará saber que mi manuscrito consta ahora de veintidós capítulos mecanografiados. Considero que, una vez terminado, *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria* será sumamente apropiado para ser leído en voz alta por la radio, posiblemente como parte de su serie de clásicos.

Como puede ver, adjunto mi manuscrito y lo confío a su cuidado. Sin embargo, aún necesito hacer algunos cambios menores. ¿Le sería mucha molestia fotocopiar las ciento noventa y siete páginas y enviarme una copia a la dirección indicada?

Gracias por anticipado,
Suyo como siempre,
Adrian Mole

Martes 4 de febrero

Esta mañana fui caminando a Broadcasting House [Casa de la Radiodifusión]. Mientras forcejeaba para abrir las grandes puertas metálicas, un grupo de cazadores de autógrafos se abalanzó sobre mí. Busqué mi rotulador en el bolsillo de mi chaqueta, pero antes de poder extraerlo, los vi rodeando a Alan Freeman, el veterano pinchadiscos. Me abrí paso entre ellos y entré en la venerable recepción de la British Broadcasting Corporation [Corporación Británica de Radiodifusión, BBC], vigilado por el hosco personal de seguridad. Me acerqué al mostrador de recepción y me uní a la corta cola.

En tan solo cuatro minutos, vi a un sinfín de famosos: Delia Smith, Robert Robinson, Ian Hislop, Bob Geldof, Annie Lennox, Roy Hattersley, etc., etc. La mayoría de ellos eran despedidos a la salida de las instalaciones por jóvenes llamadas Caroline.

Finalmente, la recepcionista rubia me preguntó: «¿Puedo ayudarle?». Y yo respondí: «Sí. ¿Podría asegurarse de que el Sr. John Tydeman reciba este paquete? Es muy urgente».

Garabateó algo en el sobre acolchado que contenía mi carta y el manuscrito de *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria* y lo arrojó a una cesta de alambre.

Le di las gracias, me di la vuelta para irme y me topé con Victor Meldrew, que interpreta al cascarrabias en *¡Un pie en la tumba!* [serie]. Me disculpé y dijo: «Qué amable». Es mucho más alto de lo que parece en televisión. Cuando regresé a la habitación, le conté a Bianca que había estado charlando con Victor Meldrew. Creo que quedó bastante impresionada.

Miércoles 5 de febrero

Nos despertamos temprano esta mañana, pero no hicimos el amor como de costumbre. Nos duchamos y nos vestimos en silencio. Bajamos y desayunamos cruasanes y capuchino en la pastelería de Brenda, mientras escuchábamos los chismes sobre la decadencia de la industria cinematográfica británica. Luego, a las 10:45 a.m., pagamos la cuenta y fuimos caminando a la clínica de Neal Street. (Les dimos una libra y cuarenta peniques a los varios mendigos que nos encontramos por el camino).

Una mujer muy comprensiva llamada Judith nos atendió por separado. Nos explicó que, si las pruebas daban positivo, no significaría necesariamente que desarrollaríamos el sida en toda su magnitud. Después de ver a Judith, fuimos a tomar algo a un pub en Carnaby Street para hablar sobre nuestras opciones:

- a) Hacernos el test y saber lo peor
- b) No hacernos el test y sospechar lo peor

Decidimos consultarlo con la almohada.

Jueves 6 de febrero

Ambos hemos decidido hacernos el test y nos hemos comprometido a cuidarnos el uno al otro hasta el día de nuestra muerte. Sea cual sea el resultado.

Sábado 8 de febrero

El Sr. Britten, el frutero que abastece a «Salvajes» de frutas y verduras, vino hoy a la cocina y nos dijo que cerrará su negocio la semana que viene. Comentó que Salvaje le debe setecientas libras en facturas impagadas. Me indigné, pero el Sr. Britten dijo con resignación que Salvaje es solo uno de sus muchos deudores morosos. Dijo: «Si el banco me diera dos semanas más estaría bien, pero esos bastardos no quieren».

Le preparé una taza de té y le escuché despotricar sobre los intereses y Norman Lamont [Ministro de Hacienda]. Creo que se sintió un poco mejor cuando se marchó para hacer su siguiente entrega.

Llamé a mi madre para contarle mi conversación con Victor Meldrew y descubrí que ella también está viendo a un consejero. Un consejero de deudas. Llevo tiempo preguntándome cómo ha estado pagando su hipoteca. Ahora lo sé. No la ha pagado. Ha recibido una notificación legal de la sociedad hipotecaria, informándole de que la casa donde pasé mi infancia será embargada el 16 de marzo. Me rogó que no se lo contara a los otros miembros de la familia. Espera que suceda algo que evite el desastre.

No le dije que tengo mil ciento once libras en la sociedad hipotecaria de Market Harborough. Pero sí le dije que Bianca y yo iríamos a Leicester mañana. Sonaba patéticamente agradecida.

Domingo 9 de febrero

Cuando llegamos a la estación de St Pancras, Bianca me dijo que mirara hacia arriba.

«Estás viendo una de las estructuras de arco sin soporte más grandes del mundo entero», dijo. «¿No es preciosa?».

«Siendo honesto, Bianca», le dije, «lo único que puedo ver es un techo sucio y descuidado, cubierto de excremento de paloma».

«Fue una estupidez pedirte que miraras más allá de tu propia nariz», dijo, y subió furiosa al tren, dejándome con nuestras maletas para pasar la noche.

Siempre olvido que Bianca es ingeniera titulada. No lo parece y, desde que la conozco, solo ha trabajado como dependienta y camarera. Solicita al menos dos puestos de ingeniería a la semana, pero aún no la han llamado para ninguna entrevista. Está pensando en ponerse el nombre de «Brian Dartington» en su currículum.

El revisor olvidó perforar nuestros comprobantes trimestrales, así que nuestro viaje a Leicester no nos costó nada. Pero cualquier atisbo de alegría se desvaneció al entrar en casa. Mi madre intentaba disimular, pero se notaba que estaba angustiada por dentro — en un momento dado, tenía un cigarrillo en la boca, otro en el cenicero y otro encendido en el borde del alféizar de la ventana de la cocina. Le pregunté cómo había llegado a tener semejante endeudamiento.

Susurró: «Martin necesitaba el dinero para terminar su carrera. Pedí prestadas mil libras a una compañía financiera, con un interés del veinticuatro coma siete por ciento. Dos semanas después, perdí mi trabajo en Grupo Cinco — ¿alguien me delató y les dijo que tenía cuarenta y ocho años? Le pedí que me contara el alcance total de sus deudas. Sacó facturas impagadas de todo tipo y color. Le insistí en que le contara a Muffet la verdadera naturaleza de su situación financiera, pero se puso casi histérica y dijo: «No, no, *tiene que* finalizar su carrera de ingeniería».

Parece que estoy rodeado de ingenieros. Bianca le comentó a mi madre que ella también era ingeniera titulada.

Le dije en broma: «Sí, pero ¿no ha construido ni una torre de Lego desde que salió de la universidad».

Para mi asombro, Bianca se ofendió muchísimo por mi broma inofensiva y salió de la habitación con los ojos llorosos.

Mi madre le dijo: «¡Qué poco tacto tienes!», y la siguió al jardín.

Me senté a la mesa de la cocina, me armé de valor y escribí tres cheques: a la Compañía de Préstamos del Gordo Eddie (doscientas setenta y una libras); a la Cooperativa Lechera (treinta y seis libras y cuarenta y nueve peniques); y al Quiosco de Periódicos de Cherry (setenta y cuatro libras y ochenta y un peniques). Sé que esto no resuelve el problema de vivienda de mi madre, pero al menos ahora puede abrir la puerta sin ser acosada por los acreedores locales.

Cuando Martin regresó de casa de la abuela (donde estaba en pleno proceso de cambiar los enchufes de dos clavijas por unos de tres), le presenté a Bianca. En cuestión de segundos, congeniaron. Hablaron sin parar sobre la estación de St. Pancras y las estructuras de arcos sin soporte. Hacía tiempo que no veía a Bianca tan animada. Se sentaron juntos a la mesa y se ofrecieron a lavar y secar después.

Ayudé a Rosie con su tarea de inglés, «Un día en la vida de un delfín». Luego fui a la cocina y encontré a Bianca y Muffet hablando sin parar sobre el Hotel de la Estación de St Pancras y su arquitecto, Sir George Gilbert Scott.

Les interrumpí y le dije a Bianca que me iba a la cama. Apenas levantó la vista; solo murmuró: «Vale, voy enseguida».

La habitación de invitados estaba llena de los horribles y fluorescentes modelos de Mi Pequeño Pony de Rosie.

Lunes 10 de febrero

No tengo ni idea de a qué hora subió Bianca anoche. Debió meterse en la cama a mi lado sin despertarme. Lo único que sé es que Muffet y mi madre no se hablan y me siento absolutamente miserable.

11:30 p.m. Trabajé en el *Capítulo Veintitrés: Acertijo*.

Jake estaba sentado en Alma, la pastelería predilecta de la intelectualidad, y garabateaba en su libreta A4. Día y noche, trabajaba en su novela. Ya iba por el Capítulo Cuatro.

Capítulo Cuatro: Rocas

Sparg se adentró sigilosamente entre la exuberante maleza. Sabía que estaban allí. Los oyó antes de verlos. Gruñían sobre su mutuo interés por las rocas.

Sparg apartó una planta de yuka y allí estaban, frente a él: Moff y Barf, bañados por la luz del sol, enredados. Sus miembros estaban entrelazados de forma íntima.

Sparg reprimió un gruñido de celos y regresó sigilosamente hacia Kronk, el asentamiento donde nació.

Martes 11 de febrero

Mañana recibimos los resultados. Debería estar angustiado y reflexionando sobre la mortalidad, etc. Pero solo puedo pensar en la mirada que Muffet le dirigió a Bianca y en la mirada que Bianca le dirigió a Muffet cuando se despidieron el lunes por la mañana en la estación de Leicester.

Miércoles 12 de febrero

¡Judith nos dijo que nuestros test dieron negativo! ¡No somos VIH positivos!
¡No vamos a morir de sida!

Sin embargo, siento que podría morir de pena.

Bianca sugirió otra excursión de un día a Leicester. Dice que está cansada de Londres. Una excusa bastante endeble.

¿Cómo puede alguien estar cansado de Londres? En esto estoy de acuerdo con el Dr. Johnson [Samuel Johnson, famoso escritor-crítico británico del XVIII: “Cuando un hombre está cansado de Londres, está cansado de la vida.”].

Jueves 13 de febrero

Ha llegado una carta de la BBC.

Estimado Adrian:

Cuando mi secretaria me entregó su carta y el manuscrito de *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria*, pensé que estaba alucinando. Tiene más descaro que un samurái y más cuello que una jirafa. La BBC no ofrece un servicio gratuito de fotocopias. En cuanto a su ridícula sugerencia de que su novela se lea como una de nuestras clásicas series... Los autores de tales textos suelen estar muertos, y su obra los ha sobrevivido. Dudo que su obra le sobreviva. Le devuelvo el manuscrito inmediatamente. Debido a un error administrativo, se hizo una fotocopia. Le envío esta, aunque con gran reticencia. De verdad, no me moleste más.

John Tydeman

Viernes 14 de febrero

Día de San Valentín

Una tarjeta decepcionantemente pequeña de Bianca. La mía para ella fue una cosa esplendorosa. Grande, acolchada, cara y en una caja atada con una cinta.

Salvaje está en una clínica por abuso de drogas y alcohol. Luigi fue a verlo el domingo y dijo que Salvaje estaba jugando al ping-pong con un joven de quince años, adicto al crack, de Leeds.

Sábado 15 de febrero

Bianca va a Leicester el lunes a pasar el día, a ver a mi madre. Me gustaría poder ir con ella, pero ahora trabajo dieciséis horas al día, siete días a la semana. Alguien tiene que mantener a mi madre alejada de prisión, y ahora soy la única persona en nuestra familia con un trabajo decente.

Mis tareas en «Salvajes» ahora incluyen la preparación de verduras. Es un trabajo tedioso, que se complica aún más por la actitud obsesiva de Roberto, el chef. Insiste en que las verduras tengan la misma longitud y anchura. Tengo que llevar una cinta métrica en el bolsillo del delantal.

Domingo 16 de febrero

Han pasado siete días y siete noches desde que Bianca y yo hicimos el amor. No solo extraño el sexo. No es solo el sexo. De verdad que no es solo el sexo. Extraño abrazarla, oler su cabello y acariciar su piel. Ojalá pudiera hablar con ella sobre cómo me siento. Pero no puedo, simplemente no puedo. De verdad que no puedo. Lo he intentado, pero no puedo. Le tomé la mano en la cama esta noche, pero no cuenta. Estaba dormida.

Lunes 17 de febrero

Antes de irme a trabajar a las 6:30 a.m., escribí una nota y la dejé apoyada contra el jarrón de jacintos sobre la mesa.

Querida Bianca:

Por favor, hálame de nuestra relación. Soy incapaz de iniciar una conversación. Lo único que puedo decirte es que te amo. Sé que algo no va bien entre nosotros, pero no sé cómo afrontarlo.

Con amor, para siempre,
Adrian

Bianca fue muy amable conmigo esta tarde. Me aseguró que sus sentimientos hacia mí no han cambiado. Pero me estaba hablando por teléfono desde Leicester. Lo ha arreglado para quedarse un día más, para ayudar a mi madre.

Cuando llegué a casa del trabajo a las 11:30 p.m., releí la nota, que seguía sobre la mesa, luego la rompí y la tiré por el inodoro. Fueron necesarias tres descargas completas del inodoro para que desapareciera por completo.

Martes 18 de febrero

Anoche estaba muy cansado, pero no podía dormir, así que me levanté, me vestí y salí a caminar. El Soho nunca duerme. Existe para gente como yo: los solitarios, los enfermos de amor, los marginados. Al llegar a casa leí *Humillados y Ofendidos* de Dostoievski.

Miércoles 19 de febrero

Los dioses no están sonriendo precisamente a nuestra familia. La Sra. Bellingham despidió a mi padre y lo echó de su cama. Se indignó al descubrir que mi padre había estado vendiendo las luces de seguridad a mitad de precio en bares de mala muerte. Ahora vive de nuevo con la abuela. Lo sé porque la abuela me llamó al trabajo quejándose de que mi madre le debe cincuenta libras desde diciembre pasado. La abuela necesita el dinero porque va a Egipto con Atención a la Tercera Edad en junio y tiene que pagar el depósito la semana que viene.

Le comenté a la abuela que tenía sustanciales ahorros en una cuenta bancaria con intereses altos. ¿No podría retirar cincuenta libras? La abuela me indicó que el banco requiere un mes de preaviso para los retiros. Dijo: «No estoy dispuesta a perder los intereses».

Le pregunté casualmente a la abuela si había visto algo a Bianca. Respondió con naturalidad que había visto a Bianca y a Muffet en la planta superior de un autobús del número veintinueve, camino al pueblo. Añadió algunos detalles. Se reían. Bianca llevaba un ramo de fresas (sus flores favoritas). Y Muffet parecía «más feliz que nunca». Se oyó un chasquido cuando se recostó en su silla junto al teléfono y dijo: «No hace falta ser Einstein para darse cuenta, ¿verdad, muchacho?».

Gracias, abuela, la respuesta de Leicester a la dichosa señorita Marple.

Jueves 20 de febrero

Me temo lo peor. Bianca sigue en Leicester. Esta mañana recibí un folleto de una organización llamada Instituto Faxos. Me ofrecían unas vacaciones holísticas en la isla griega de Faxos, completadas con cursos de escritura creativa, talleres de sueños, cómo encontrar tu voz y manejo del estrés. Una fotografía del folleto mostraba a turistas felices y bronceados comiendo verduras en largas mesas bajo un cielo azul. Al examinarlo con una lupa, vi que las verduras consistían en lechuga y calabacines con un poco de lo que parecía queso. Había botellas de retsina [vino tradicional griego con sabor a resina] en las mesas, jarrones con flores y panes rústicos de corteza gruesa.

Otra fotografía mostraba una playa, un bosque de pinos y cabañas de bambú que se extendían por la ladera. Parecía un lugar verdaderamente idílico. Pasé la página y vi que Angela Hacker, novelista, dramaturga y personalidad televisiva, «facilitaría» el curso de escritura durante las dos primeras semanas de abril. No he leído sus libros ni visto sus obras de teatro, pero la he visto en el programa de televisión *A través de la cerradura*. Sin duda, tiene una casa muy bonita, aunque recuerdo que me sorprendió la increíble cantidad de alcohol que había a la vista. Había botellas en todas las habitaciones. Loyd Grossman hizo un comentario ingenioso al respecto, algo así como «salsa para el ganso» [lo que es bueno para una persona, debe serlo también para otra]. El público del estudio se partió de risa.

Cerré el folleto con un suspiro. Dos semanas en Faxos hablando de mi novela con Angela Hacker serían el paraíso, pero no me lo puedo permitir. Mis ahorros en la caja de ahorros se están agotando. Solo me quedan mil libras.

Sábado 22 de febrero

Bianca llamó al restaurante a la hora del almuerzo y dijo que tomaría el tren de las 7:30 de la mañana desde Leicester y que llegaría a St Pancras sobre las 9:00. Su voz sonaba extraña. Le pregunté si le dolía la garganta. Respondió que había estado «hablando mucho». Cada fibra de mi ser la añora, especialmente la zona de la cintura.

Domingo 23 de febrero

Estaba en el andén cuando llegó el tren y vi a Bianca saltar al andén. Corrí hacia ella, con un ramo de narcisos que había comprado en un puesto fuera del metro en Oxford Street. Entonces, para mi sorpresa, vi a Martin Muffet bajar del tren, cargando dos maletas grandes. Las puso en el andén y rodeó con el brazo los delgados hombros de Bianca.

Bianca dijo: «Perdón, Adrian».

Muffet dijo: «Yo también».

Para ser honesto, no supe qué decir.

Me di la vuelta, dejando a los dos ingenieros bajo el milagro ingenieril de la estación de St Pancras, y regresé a pie a Old Compton Street. No sé qué pasó con los narcisos, pero no los tenía cuando llegué a casa.

Lunes 24 de febrero

Capítulo Veinticuatro: Olvido

Jake deslizó la manguera sobre el tubo de escape y comprobó que estuviera bien conectada. Luego introdujo el otro extremo de la manguera por la ventana lateral del coche. Contempló por última vez la gloriosa vista del panorama del Distrito de los Lagos que se extendía bajo él. «¡Qué gloriosa es la vida!», dijo en voz alta al viento. A su alrededor, los narcisos asintieron en señal de acuerdo. Jake sacó su maquinilla de afeitar eléctrica portátil de su neceser y procedió a afeitarse. Siempre había sido vanidoso y le importaba particularmente tener buen aspecto como cadáver. Sus pelos volaron con el viento y se fundieron con la tierra. Jake se roció con Obsesión, su loción para después del afeitado favorita. Una vez terminado su aseo, subió al coche y encendió el motor.

Mientras los gases llenaban el interior del coche, Jake rumiaba sobre su vida. Había visitado cuatro continentes y se había acostado con algunas de las mujeres más bellas del mundo. Había recuperado las Cenizas [Ashes, conjunto de partidos entre Australia e Inglaterra en críquet] para Inglaterra. Había escalado el Everest al revés y había encontrado la fuente definitiva del Nilo. Nadie podía decir que su vida había sido aburrida. Pero, sin Regina, la chica que amaba, no quería vivir. Mientras Jake se sumergía en el olvido, la aguja del indicador de gasolina marcó la «E» [Empty - Vacío]. ¿Qué se agotaría primero, el oxígeno de Jake o la gasolina...?

Martes 25 de febrero

Me armé de valor para llamar a mi madre. Mi padre contestó. Me dijo que se había mudado de nuevo a vivir con mi madre «temporalmente» hasta que se recuperara del impacto inicial del asunto Bianca/Muffet. Al parecer, está demasiado enferma para levantarse de la cama y cuidar de Rosie.

Me preguntó cómo me lo había tomado.

Le dije: «Oh, yo estoy bien», y entonces unas lágrimas gruesas rodaron por mis mejillas y cayeron dentro del auricular. Mi padre seguía diciéndome por teléfono: «Tranquilo, tranquilo, muchacho. Tranquilo, tranquilo, no llores, muchacho», con una voz tierna que no recuerdo haberle oído antes.

Roberto, el cocinero, se acercó, se puso a mi lado y me secó las lágrimas con su delantal. Finalmente, después de prometerle que nos mantendríamos en contacto, me despedí de mi padre. Durante años lo he considerado un loco irresponsable, pero ahora me doy cuenta de que me equivoqué al juzgarlo.

Cuando regresé a la habitación, descubrí que Bianca se había llevado todas sus pertenencias personales, incluida la fotografía de Isambard Kingdom Brunel.

Miércoles 26 de febrero

Hoy fui a comer a un sitio llamado El restaurante de Ed y pedí un perrito caliente, patatas fritas, una cerveza Becks y una taza de café de filtro. Pedí un vaso para la cerveza, y entonces me di cuenta de que los demás hombres de mi edad la bebían directamente de la botella, así que aparté mi vaso subrepticamente e hice lo mismo. Me senté en un taburete alto en la barra, frente a una mini máquina de discos. Cada canción costaba cinco peniques. Elegí solo un disco, pero lo puse tres veces. Antes me sabía de memoria la letra de «Stand by Me». Bianca y yo solíamos cantar las canciones de Ben E. King cuando preparábamos el desayuno del domingo. Nuestros instrumentos de percusión eran: una caja de cerillas, una espátula y una lata de lentejas secas.

En El restaurante de Ed intenté cantar la letra en voz baja, pero no recordaba ni una palabra. Al final de la canción, estaba llorando. ¿Por qué no pudo apoyarme? Un hombre sentado en el taburete de al lado me preguntó si podía ayudarme en algo. Intenté recomponerme, pero para mi absoluto horror, rompí a llorar a lágrima viva y sin poder contenerme. Hubieron lágrimas, mocos, indignos tragos de saliva y movimientos de hombros. El desconocido me rodeó con el brazo y me preguntó: «¿Has tenido alguna relación que ha terminado mal?».

Asentí con la cabeza y, entre sollozos, logré decir: «Terminó».

«A mí lo mismo», dijo. Luego: «Me llamo Alan». Alan me contó que estaba «devastado» porque su pareja, Christopher, se había enamorado de otro hombre. Pedí dos cervezas más y luego le conté a Alan toda la historia de Bianca y Martin Muffet. Alan confesó estar conmovido y tuvo la amabilidad de preguntar por los sentimientos de mi madre. Le dije que la había llamado anoche y que me había dicho que su vida se había acabado.

Alan y yo hemos quedado para tomar algo a las 8 de la noche. ¿Acaso ahora, como Blanche Dubois, dependo de la bondad de los desconocidos?

Medianoche

Alan no apareció. Me quedé sentado en el pub «Coach and Horses» [El carro y los caballos] durante más de una hora, esperándolo. Quizás se encontró con otro desconocido con una historia trágica más original.

La echo de menos. La echo de menos. La echo de menos.

Jueves 27 de febrero

Esta noche Roberto se paró frente a mí y me obligó a comer un plato de tagliatelle con salsa de liebre. Dijo: «Una mujer es una mujer, pero una comida es una comida».

Quizás tenga más significado en el italiano original.

Jake le entregó el sobre con el dinero al hombre siniestro.

«Rápido y limpio», dijo. «No deben saber lo que les ha golpeado».

El hombre gruñó y salió del antro del Soho. Jake miró a su alrededor, a las chicas vulgares y maquilladas, a los rostros bestiales de los noctámbulos. ¿Acaso fue ayer cuando estaba en el Distrito de los Lagos intentando suicidarse? Al ponerse de pie, una joven prostituta intentó seducirlo. La apartó con irritación, diciendo: «Piérdete, nena, he conocido y perdido a la única mujer que jamás querré».

Salió a la vibrante noche del Soho, sus botas de vaquero resonando extrañamente en el turbio pavimento. «Mañana tengo que arreglarles la suela y el tacón», pensó. Al pasar por Old Compton Street, miró hacia la ventana del piso encima de la pastelería Alma. La luz seguía encendida, pero sabía que a esas alturas toda vida humana se había extinguido. Era un asesino por delegación.

Las lágrimas le corrían por el corazón, pero su rostro permanecía impassible, implacable y sin la bendición de Dios.

Sábado 29 de febrero

Le informé al Sr. Andropolosis, el propietario, que me hacía cargo del alquiler y le pagué un mes por adelantado, así que la habitación ahora es mía. ¡Gracias a Dios que se acabó el mes! Sin duda ha sido el peor mes de la historia.

Para completar nuestro catálogo de miserias familiares, la abuela ingresó en el hospital esta madrugada con dolores abdominales. Llamé al hospital esta tarde y la enfermera me dijo que la abuela estaba «cómoda». Si es cierto, entonces es el único miembro de la familia que lo está — el resto estamos en la miseria total.

Domingo 1 de marzo

Esta tarde acompañé a mi madre, mi padre y Rosie al lado de la abuela en el hospital. Era la primera vez que veía a la abuela sin dientes. Me sorprendió lo *mayor* que parecía.

Mi madre había perdido peso y sus ojos parecían doloridos, como si no hubiera dejado de llorar desde que Muffet la abandonó. Después de que terminara el horario de visitas, mientras caminábamos por la sala, mi madre dijo con amargura: «Están en Hounslow, en casa de su hermano, Andrew».

Le dije: «No quiero saberlo, mamá».

Mi padre dijo: «Déjalo ya, Pauline».

Rosie dijo: «Me alegro de que se haya ido. Espero que no vuelva nunca». Levantó la mano y mi padre la tomó y la condujo a través de las grandes puertas dobles al final de la sala. Mientras caminábamos junto a los edificios del hospital, la basura se arremolinaba a nuestros pies y tuve un presentimiento de desgracia.

Casi me volví para despedirme como es debido de la abuela, pero no quería que los demás se quedaran esperando en el aparcamiento lleno de baches, así que no lo hice. En cambio, nos fuimos a casa y cenamos un rosbif de Marks & Spencer cada uno. El mío estaba bastante bueno, pero no era comparable con el auténtico que cocinaba mi abuela. Mientras metía las bandejas sucias de papel de aluminio en el cubo de basura de la cocina, sonó el teléfono. Era el hospital, diciéndonos que «la señora Edna May Mole había fallecido a las 5:15 p.m.».

Intenté recordar dónde estaba *exactamente* a las 5:15 p.m. Calculé que estaba en una gasolinera BP, ayudando a mi padre a revisar la presión de los neumáticos de su coche.

Todavía no he derramado ni una sola lágrima por ella. Estoy destrozado por dentro. Mi corazón parece un hueso de melocotón.

Lunes 2 de marzo

Es bien sabido que mi abuela y mi madre nunca se llevaron bien, así que nadie estaba preparado para ese dolor tan típicamente mediterráneo que mi madre está experimentando por la muerte de su suegra: llantos a mares, golpes de pecho, etc. Esta mañana se lamentaba una y otra vez: «Le debía cincuenta libras».

Mi padre continúa asombrándome con su madurez. Se ha encargado de todos los trámites de la defunción y ha negociado el precio del funeral con una eficiencia admirable.

Martes 3 de marzo

A las 10:00 p.m. llamé al «Salvajes» para avisarles que me quedaría en Leicester para el funeral del viernes por la tarde. Roberto me dijo: «Me alegro de que llames, Adrian. Han entrado ladrones en tu piso». Lo contó como si los hubieran invitado a tomar el té, les hubieran traído flores y les hubieran dejado una tarjeta de visita. No puedo hacer nada esta noche. La policía ha contratado los servicios de un cerrajero. La llave nueva está en «Salvajes». Me siento extrañamente calmado.

Miércoles 4 de marzo

Tren a Leicester a las 8.40 p.m.

Se han llevado todo, excepto mis libros, mis calzoncillos y un viejo par de pantalones de poliéster. Cómo bajaron la cama por las escaleras probablemente seguirá siendo un misterio. El policía con el que hablé por teléfono me dijo, en respuesta a mi pregunta sobre la probabilidad de que encontraran a los culpables: «¿Sabe qué posibilidades tiene una bola de nieve en el infierno? Pues bien, reduce eso a la mitad. Y luego otra vez a la mitad». Me preguntó si tenía seguro.

Me reí con desdén y le dije: «Por supuesto que no. Está hablando con Adrian Mole».

Ahora soy un hombre sin posesiones.

Jueves 5 de marzo

Esta mañana fui a casa de la abuela. Todo seguía igual que siempre. Mis certificados de estudios seguían allí, enmarcados en la pared. La fotografía de mi difunto abuelo Albert estaba en la repisa de la chimenea. El reloj seguía marcando las horas. Arriba, la ropa de cama estaba doblada en el armario y en el jardín los bulbos brotaban de la tierra. El bote de galletas estaba lleno de panecillos de higo y sus zapatillas favoritas estaban junto a la cama. Dentro de un armario de la cocina, encontré su lata de pudín de Yorkshire. La había usado durante más de cuarenta años. Qué estupidez llorar por una lata de pudín de Yorkshire, pero lo hice. La sequé y la volví a colocar en el armario, como a ella le hubiera gustado.

Viernes 6 de marzo

Funeral de la abuela

Mi madre y mi padre, Rosie y yo trabajamos juntos como un equipo hoy y logramos darle a la abuela una digna despedida. Hubo una respetable asistencia a la iglesia, lo cual me sorprendió, porque a la abuela no le gustaba que la gente la visitara. Prefería la compañía de Radio Cuatro. Era conocida por rechazar a las personas que llamaban a su puerta, si tenían la desconsideración de llamar durante la Función de la Tarde.

Los himnos fueron «Amazing Grace» [Sublime Gracia] y «Onward Christian Soldiers» [Adelante, soldados cristianos]. Bert Baxter cantaba a todo pulmón, casi ahogando la voz de los demás feligreses. Para ser ateo, ciertamente disfrutaba cantando en la iglesia. Mientras lo observaba, no pude evitar pensar con nostalgia que debería haber sido él quien muriera en lugar de la abuela. El vicario dijo una increíble cantidad de estupideces sobre que la abuela había nacido en pecado y muerto en pecado.

Cualquiera que hubiera conocido a la abuela sabía que era incapaz de pecar. Ni siquiera podía mentir. Una vez cuando le pregunté si mis granos estaban desapareciendo (tendría unos quince años), me respondió: «No, sigues teniendo cara de culo de mariquita». De vez en cuando decía palabrotas suaves, pero desde luego no era una pecadora.

No me gusta pensar en ella tumbada bajo tierra, sola y con frío. Aun así, al menos nunca la asaltaron ni la robaron. Ahora está a salvo de todo eso.

El té del funeral se celebró en nuestra casa. Mi madre había estado despierta casi toda la noche anterior, limpiando, puliendo e intentando quitar las manchas de la alfombra del salón.

Mi padre reemplazó las bombillas que faltaban y arregló la válvula de descarga para que el inodoro funcionara correctamente.

Tania Braithwaite vino a darnos el pésame y amablemente se ofreció a descongelar unas quiches vegetarianas que tenía en el congelador. Nos contó que Pandora había cancelado una conferencia y que tenía la intención de venir al té del funeral, trayendo consigo seis botellas de champán de Marks & Spencer.

Ella dijo: «Pandora cree en celebrar la muerte. La ve como una nueva aventura, en lugar de un final bastante aburrido».

Bert Baxter había llamado para preguntar a qué hora empezaba el servicio, lo que le recordó a mi madre que no había remolacha en casa. Así que a Rosie le dieron una alarma personal de seguridad [especie de busca] y la mandaron a la tienda de la esquina a comprar un tarro en la tienda del Sr. Patel.

A medianoche, vi a mis padres extendiendo un mantel blanco sobre la mesa del comedor, cuya extensión estaba completamente desplegada. Mientras agitaban y ajustaban el mantel, uno en cada extremo, tuve la repentina sensación de ser un miembro de la familia.

Rosie había colocado de forma agradable unos narcisos y fresias en un jarrón y recibió elogios de todos. Incluso el perro se portó bien. Cuando por fin nos fuimos a la cama, la casa estaba impecable; todo estaba en su sitio y nosotros, los Mole, podíamos caminar con la cabeza bien alta. La abuela habría estado orgullosa de nosotros.

Después del servicio funerario, Rosie y yo corrimos delante de los demás dolientes para quitar el plástico transparente de los sándwiches y los rollitos de salchicha.

Pandora nos esperaba fuera de la casa en su coche. Llenamos la bañera con agua fría y pusimos las botellas de champán para que se enfriaran.

Pandora lucía elegantemente seria con un traje negro a medida. Sin embargo, ya no me sentía intimidado por ella, así que fuimos capaces de hablar como amigos y de igual a igual. Me felicitó por lo bien que me veía e incluso elogió mi ropa. Acarició la solapa de mi traje azul marino sin estructura de Next y dijo: «¿Bienvenido a los noventa?».

La casa pronto se llenó de dolientes y yo estuve ocupado repartiendo copas de champán en una bandeja. Al principio, todos se quedaron de pie, sin saber qué decir, nerviosos por disfrutar del momento por temor a que se les considerara irrespetuosos con la difunta. Entonces Pandora rompió el hielo proponiendo un brindis por la abuela.

«Por Edna Mole», dijo, alzando su copa de champán, «una mujer de principios intachables».

Todos brindaron y bebieron champán a tragos, y al poco tiempo estallaron las risas mientras yo pescaba las botellas de la bañera.

Mi madre rebuscó en el aparador y sacó los álbumes de fotos. Me asombró ver una foto de mi abuela a la edad de veinticuatro. Se veía muy elegante, morena, con una figura preciosa, y estaba riendo mientras subía una cuesta en bicicleta. Había un hombre a su lado con una gorra plana. Tenía un gran mostacho y los ojos fruncidos por el sol. Era mi abuelo. Todos resaltaron que me parecía a él.

Mi padre sacó la fotografía del álbum y salió al jardín. Se sentó en el columpio de Rosie. Al cabo de un rato, lo seguí. Me entregó la fotografía y me dijo: «Soy huérfano, hijo».

Le puse la mano en el hombro y volví adentro para descubrir que el té fúnebre se había convertido en una fiesta. La gente se reía histéricamente con las fotografías del álbum. Yo en la playa, cayéndome de un burro. Yo con un uniforme de scout de segunda mano, tres tallas más grande. Yo con seis meses, tumbado desnudo sobre una alfombra en forma de media luna frente a una estufa de gas. Yo con dos días de vida, con mis padres sonrientes, y aspecto juvenil, en la maternidad. En el reverso estaba escrito, con la letra de mi madre: «Nuestro querido bebé, de dos días».

Había una fotografía que no recuerdo haber visto antes. Eran mi madre, mi padre, mi abuela y mi abuelo. Estaban sentados en sillas de playa, mirándome, con unos tres años, jugar en la arena. En el reverso ponía: «Yarmouth, lunes festivo».

Rosie preguntó: «¿Por qué no salgo en la foto?».

Bert Baxter respondió: «Porque todavía no habías nacido sangrando, por eso».

A las siete en punto, Ivan Braithwaite se ofreció a acompañar a algunos de los vecinos ancianos de mi abuela de vuelta a sus casas de pensionistas mientras aún pudieran caminar.

El resto seguimos hasta las once. Tania Braithwaite, que lleva nueve años siendo vegetariana, no pudo resistirse y se comió un rollo de salchicha, y luego otro.

Mi madre y mi padre bailaron juntos al ritmo de «You've Lost That Loving Feeling» [Has perdido ese sentimiento amoroso]. Estaban tan pegados que no cabía ni una regla entre ellos.

Pandora y yo los vimos bailar. Ella dijo: «Así que han vuelto a estar juntos, ¿no es así?».

«Eso espero», dije, mirando a Rosie.

Como ya dije, fue una buena despedida.

Lunes 9 de marzo

Calle Old Compton

Estoy de vuelta en mi habitación, solo con mis libros y mis calzoncillos como única compañía. Le regalé los pantalones a un joven que vendía la revista *The Big Issue* [El Gran Problema, revista de las personas de la calle]. Hice una almohada con mi ropa interior y dormí en el suelo. A menudo me he preguntado cómo sería ser un monje célibe en una celda desnuda. Ahora, gracias al robo y la deserción, lo sé.

Fui a «Salvajes» a ayudar a limpiar la cocina. Allí estaba el propio Salvaje, recién salido de la unidad de desintoxicación por alcoholismo, con aspecto atlético y sorbiendo un vaso de agua mineral. Se compadeció de mí por mis diversas pérdidas y dijo que había algunos muebles viejos en el ático encima del restaurante que podía llevarme.

«Sírvete tú mismo, chico», dijo.

No me acostumbro a este nuevo Salvaje, tan amable y filantrópico. Sigo pensando que debe ser el hermano gemelo perdido de Salvaje, recién llegado de una misión en la Amazonía.

Mi habitación ahora está amueblada con banquetas de estilo rococó y mesas de mármol *faux* [de imitación] manchadas de humo. Cosas que, obviamente, subieron cuando Salvaje se hizo cargo del restaurante. Ahora duermo en dos banquetas puestas juntas. Tengo ángeles a mi cabecera y querubines a mis pies. Roberto me dio cubiertos, vajilla y utensilios de cocina. La mayoría de mis compañeros trajeron algo esta mañana para donar al Fondo de Ayuda para el Desastre de Adrian Mole. Cocino en un hornillo alimentado por una bombona de gas y leo junto a una lámpara de araña de imitación, ambas donadas por Luigi.

Miércoles 11 de marzo

Llamé a casa esta mañana. Mi padre sigue allí, viviendo en pecado con mi madre. Mi madre me dijo que Bianca y Muffet tienen la intención de crear una empresa de ingeniería llamada «Dartington y Muffet».

No soporto la idea de que los dedos huesudos de Muffet toquen la bella piel pálida de Bianca.

No puedo soportarlo.

Jueves 12 de marzo

Capítulo veinticinco: Resurgimiento

Jake se sentó a la mesa de *faux* [de imitación] mármol y comenzó a escribir otro capítulo de su novela, *Sparg de Kronk*.

Capítulo cinco: Brotes Verdes

Sparg extrañaba a su mujer, Barf. Había una parte de él que jamás se reconciliaría con su pérdida.

Era primavera. Los brotes verdes asomaban entre la tierra. Sparg salió de su cabaña. Se alegró de estar afuera, pues la cabaña estaba húmeda y la humedad subía rápidamente.

Sparg necesitaba una mujer, pero la única a la vista era Krun, su madre. Aunque su rostro estaba arrugado, sus muslos eran tentadores. Pero la ley kronkiana prohibía tomar a la propia madre, incluso si ella accedía.

Sparg subió sin rumbo una pequeña colina y luego la bajó sin rumbo. Estaba aburrido. Había leña que recoger, pero estaba harto de recoger leña. No estimulaba su intelecto. Gruñó con desesperación y deseó que fuera posible comunicarse con sus congéneres kronkianos. Pensó que ya era mala suerte haber nacido en tiempos prehistóricos.

Si tan solo existiera el *lenguaje*, gruñó Sparg para sí mismo...

continuará

Jake se echó hacia atrás. La intensidad de la escritura lo había dejado exhausto y pálido. Salió de su habitación y caminó hasta Wilde, su restaurante favorito, donde lo recibió Mario.

«Cuanto tiempo sin verle, Sr. Westmorland».

«Hola, Mario. Mi mesa de siempre, por favor, y mi botella de siempre, bien fría, y tomaré mi entrante de siempre, mi plato principal de siempre y mi postre de siempre».

«¿Y para el aperitivo, señor Westmorland?», ronroneó Mario.

«Lo de siempre», ladró Jake.

Tengo que terminar pronto *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria*, pero no puedo hacerlo hasta que Jake termine de escribir *Sparg de Kronk*. Ojalá se dé prisa.

Viernes 13 de marzo

Cada vez cierran más negocios a nuestro alrededor. Todos los días, aparecen carteles en los escaparates de tiendas y restaurantes. Todas las noches, rezo para que «Salvajes» siga siendo financieramente viable. Necesito mi trabajo. Sé que me están explotando, pero al menos tengo una razón para levantarme por la mañana, a diferencia de tres millones y medio de mis conciudadanos.

Mi abuela le dejó a mi padre tres mil noventa libras en su testamento, así que a mi madre no le van a embargar la casa. Esta es una noticia realmente maravillosa. Significa que no tendré que recurrir a mi caja de ahorros. No podría haberla visto en la calle. Al menos, no creo que pudiera.

Sábado 14 de marzo

Recibí el siguiente mensaje al llegar al trabajo esta mañana. Estaba escrito en el reverso de una servilleta de papel. «Olvidé que A. Dejó 500». Nadie sabía qué significaba ni quién había cogido el mensaje.

Lunes 16 de marzo

Recibí otro folleto del Instituto Faxos.

¿Por qué me los envían tan asiduamente? ¿Quién me ha recomendado? No conozco a nadie que se dedique a la medicina holística.

Ni siquiera soy vegetariano y soy un fiel usuario del paracetamol. Hoy fui a la Galería Nacional, pero me trajo recuerdos dolorosos de B., así que regresé al Soho y pagué dos libras para ver a una chica gorda con granos quitarse el sujetador y las bragas por una mirilla. La *observé* por una mirilla. Ella no se quitó la ropa interior por una mirilla.

Consulta: ¿Hay clases nocturnas de sintaxis?

Martes 17 de marzo

Anoche me quedé sin papel higiénico y busqué el folleto del Instituto Faxos para salir de la emergencia, cuando algo en el rostro de Angela Hacker me hizo detenerme. Parecía decir: «¿Vienes conmigo, Adrian?». Su rostro no tiene nada de especial; de hecho, no tiene nada de especial en absoluto.

Dejé el folleto y cogí el *Evening Standard* [Diario de la Tarde, Periódico Vespertino] en su lugar. Tiene mucha mejor capacidad de absorción.

11.45 p.m.

No puedo dormir por los fiesteros del Día de San Patricio, así que he rellenado distraídamente el formulario de reserva para las dos primeras semanas de abril en el Instituto Faxos de Grecia.

Jueves 19 de marzo

Rellené distraídamente un cheque a nombre del «Instituto Faxos», pero solo estaba probando un bolígrafo nuevo. No podía permitirme faltar al trabajo ni pagar la cuenta.

10.00 p.m.

El mensaje completo decía: «Olvidé decirte que la abuela te ha dejado quinientas libras, cariño, papá». Luigi, que había estado fuera del restaurante por una intoxicación alimentaria, regresó hoy y me felicitó por «Vaya dineral tienes». Naturalmente, le miré con cara de póquer. La confusión reinó durante unos minutos y luego llegó la gloriosa revelación, que celebramos con una botella de Frascati con corcho.

Sábado 21 de marzo

El ahora benevolente Salvaje ha accedido a darme dos semanas de baja (sin paga). Envié mi formulario de reserva esta mañana y esta tarde me compré un bañador en una tienda que cerraba en Charing Cross Road. Tengo muchas ganas de sentir el cálido mar Egeo en mi cuerpo.

Trabajé en *¡He aquí!* con Angela Hacker en mente.

Jake abrió su cuaderno de manuscritos. El papel marfil hecho a mano tenía un aspecto tentador. Tomó su pluma Montblanc y empezó a escribir.

«Lo siento, querida —le dijo a la gloriosa muestra de feminidad inglesa que yacía frente a él, mostrando sus bragas—, pero la musa me ha inspirado».

Entonces bajó su elegante cabeza y se encontró de inmediato en Kronk, el hogar de su héroe, Sparg.

Sparg gruñó, reconociendo la odiada figura de su padre en la oscuridad. Su padre le devolvió el gruñido. Sparg pasó una piedrecita de una mano a la otra. ¿Por qué no se había inventado algo para pasar las horas de oscuridad antes de dormir?, se preguntó. Algo como un juego de cartas, pensó. Regresó a su cabaña y movió las pieles de animales con desgana sobre la cama. Tenía frío por la noche sin una mujer. Decidió que se levantaría temprano a la mañana siguiente, encontraría una y la traería a casa, a Kronk.

Jueves 26 de marzo

Compré una camisa de manga corta y unos pantalones cortos tipo bermudas en un puesto del mercado de Berwick Street. No he vuelto a usar pantalones cortos desde que soy adulto.

Un nuevo Adrian Mole está emergiendo de las cenizas.

Salvaje llegó borracho, causando desordenes en el restaurante, y procedió a despedir a Luigi, Roberto y a todo el personal de cocina, excepto a mí. Dijo: «Puedes quedarte, Adrian. Eres un maldito perdedor, como yo».

Me ha promocionado a *Maître* [Jefe de Comedor], un puesto que no quiero ni puedo desempeñar. Luigi y Roberto estaban sentados en la cocina, fumando y hablando en italiano. No parecían muy preocupados. Mientras tanto, vestido con el traje de Luigi, me vi obligado a adular a los clientes, a acompañarlos a sus mesas y a fingir interés por sus necesidades. Salvaje estaba sentado en la barra, gritando los datos biográficos de sus clientes a medida que entraban.

Cuando entró una pareja de mediana edad de aspecto respetable, gritó: «¡Vaya, si son el Sr. y la Sra. Wellington! Él lleva peluquín y ella ha pagado tres mil libras por esas tetas tan bonitas».

En lugar de salir corriendo o darle un buen golpe en la cabeza, el señor y la señora Wellington sonrieron y me permitieron acompañarlos a la mesa número seis. Quizás estén orgullosos de sus atributos artificiales. Como diría mi abuela, recientemente fallecida: «No hay nada más extraño que la gente, especialmente los londinenses».

Pobre abuela. Nunca fue a Londres en su vida.

Durante los últimos cuatro días, no he podido escribir ni una palabra. La idea de que Angela Hacker lea mi manuscrito me ha inhibido por completo. Sin embargo, esta noche he logrado un gran avance.

Tenía bloqueo de escritor. Durante más de cinco horas se quedó mirando fijamente la página, burlonamente vacía. Su editor lo llamaba cada hora. Las imprentas esperaban, pero aun así no lograba finalizar su libro. Jake miró por la ventana, buscando inspiración. La línea de rascacielos de Nueva York se extendía hasta el infinito...

«¡Infinito!», gritó Jake emocionado, y comenzó a trabajar en su novela, Sparg de Kronk.

Sparg se había alejado mucho de Kronk y estaba de pie en un promontorio, contemplando con asombro una extraña masa de agua y una línea azul frente a él. Sin saberlo (porque no existía el lenguaje), Sparg se maravillaba ante el mar y el lejano horizonte. Sparg gruñó y comenzó a descender del promontorio. Caminaría hasta la línea azul, pensó. Sería algo que hacer. Sparg pensó esto porque aún no sabía nadar...

He recibido la confirmación del Instituto Faxos de que tengo plaza en el curso de escritura. Estoy aterrado.

Viernes 27 de marzo

Luigi ha sido reincorporado y, gracias a Dios, ya estoy de vuelta y seguro en la cocina. Roberto me ha permitido observarlo mientras cocina. Durante la mayor parte de mi vida, me han negado una educación culinaria adecuada.

Nunca aprendí nada de mi madre; dejó de cocinar comida de verdad poco después de leer *La mujer eunuco*. Aunque, irónicamente, la autora de esa obra seminal, la Sra. Germaine Greer, es una renombrada cocinera y organizadora de cenas. Gracias a la amabilidad de Roberto, ahora sé cocinar pasta *al dente* [en su punto] y preparar un bizcocho básico, y casi domino la sopa de berros. Ahora me levanto de mi banqueta doble por las mañanas, ansioso por ponerme a trabajar.

Los billetes de avión llegaron hoy.

Una chica nueva empezó a trabajar como camarera en «Salvajes» esta noche. Se llama Jo Jo y es de Nigeria. Estudia Arte en St Martin. Es más alta que nadie en el restaurante. Lleva el pelo trenzado con cientos de cuentas diminutas. Hace ruido al caminar. Su madre es una figura importante en la industria de los tractores en Nigeria.

Sábado 28 de marzo

Hoy hice una *torre* de profiteroles. Roberto dijo: «¡Felicidades, Adrian! El glaseado de chocolate está perfecto».

Jo Jo probó la primera y su pronunciamiento fue «delicioso». Luigi por casualidad llevaba su cámara Polaroid, así que me fotografió a mí, a la torre y a Jo Jo. He colgado la foto en mi pared. Salgo bastante guapo.

Domingo 29 de marzo

A mediodía todavía estaba en la cama cuando llamaron a la puerta. Nunca tengo visitas, así que me alarmé un poco. Acerqué el oído a la puerta, pero solo oí un ruido metálico peculiar. Finalmente abrí la puerta, pero dejé la cadena de seguridad puesta. Me alegré mucho al ver a Jo Jo a través de la rendija.

Me sonrió y me dijo que iba a la Tate Gallery.

«¿Quieres venir?», preguntó.

Le quité la cadena y la invité a pasar. Recorrió la habitación y comentó lo ordenada que estaba.

Se detuvo junto a la mesa donde estaba mi manuscrito en su carpeta transparente y dijo: «Así que este es tu libro».

Lo tocó con reverencia. «Me gustaría leerlo algún día».

«Cuando esté finalizado», dije.

Le preparé una taza de Nescafé, me disculpé y fui al baño a lavarme y cambiarme.

Me miré en el espejo del lavabo. Algo había cambiado en mi cara. Ya no me parecía a John Major.

A Jo Jo le gusta caminar, así que fuimos caminando a la Tate. Me sentí orgulloso de que me vieran con una mujer tan deslumbrante. Le pregunté sobre Nigeria y ella habló de su país con evidente cariño. Es yoruba y viene de Abeokuta.

Me preguntó por mi familia y le conté sobre la intrincada red de relaciones, las rupturas y las reconciliaciones.

Se rió y dijo: «Para entender las relaciones de mi familia, necesitarías una computadora extremadamente sofisticada».

Nunca había estado en la Tate, pero Jo Jo la conocía bien. Me guió por la galería y me hizo ver algunos de sus cuadros favoritos — todos representaban personas, me di cuenta. Vimos pinturas de Paula Rego, Vanessa Bell y Matisse, y una escultura de Ghisha Koenig llamada «The Machine Minders» [Los Cuidadores de Máquinas], y luego insistió en que nos fuéramos antes de que nos aburriéramos y nos empezaran a doler los pies.

Mientras bajábamos las escaleras, Jo Jo me preguntó si quería tomar el té en su piso de Battersea.

Le dije: «¡Me encantaría!». Cruzamos la calle y esperamos en la parada del bus, pero entonces, por impulso, paré un taxi negro y fuimos a su piso con mucho estilo.

Vive en el último piso de un edificio señorial. Todas las habitaciones están llenas de sus cuadros. Muchos son autorretratos desnudos, en los que se ha representado con una gran variedad de colores, incluyendo verde, rosa, morado, azul y amarillo.

Le pregunté si quería transmitir un mensaje sobre su color. «No», respondió riendo. «Simplemente me aburriría usando solo negros y marrones».

Comimos bollos, tomamos té Earl Grey y hablamos sin parar: sobre «Salvajes»; la política nigeriana; gatos; uno de sus profesores de arte, que se está volviendo loco; Cecil Parkinson; el precio de los pinceles; Vivaldi; nuestros signos del zodiaco — ella es Leo (pero en el límite con Cáncer); y su internado femenino en Surrey, donde vivió desde los once años hasta que la expulsaron a los dieciséis por subirse al tejado de la capilla en protesta por la pésima comida.

Con una copa de vino barato, hablamos de árboles; Matisse; Moscú; la política rusa; nuestros pasteles favoritos; el uso de paraguas; la col; y la Familia Real. Es republicana, dijo.

Con una última copa de vino y un plato de pan y queso, le hablé de mi abuela, mi madre, Pandora, Sharon, Megan, Leonora, Cassandra y Bianca. «Llevas mucho equipaje», dijo Jo Jo.

Nos despedimos a las 10:30 p.m. con un amistoso apretón de manos. Antes de que cerrara la puerta, le pregunté cuántos años tenía. «Veinticuatro», dijo. «Buenas noches».

Lunes 30 de marzo

Salí de «Salvajes» durante mi tiempo de descanso y compré Ambre Solaire [crema solar] (Factor 8), alpargatas, camisetas sin mangas, tres pares de pantalones cortos más y dieciséis mil dracmas.

Trabajé en el libro hasta altas horas de la noche. Estoy nervioso por la opinión de Angela Hacker. Añadí más palabras descriptivas a *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria* y quité más palabras descriptivas de *Sparg de Kronk*.

Martes 31 de marzo

El personal organizó una pequeña fiesta *bon voyage* [buen viaje, fiesta de despedida] en la cocina después de que el restaurante cerrara al mediodía. Me tocó mucho. Roberto preparó kebabs y una auténtica ensalada griega en mi honor. Jo Jo había comprado dos botellas de retsina por la mañana y todos brindamos y nos prometimos amistad eterna. Entonces llegó Salvaje quejándose de que Luigi se había olvidado de añadir el IVA a la cuenta de alguien, así que la fiesta se disolvió. Jo Jo es buena empacando, dijo. Se ofreció a venir a ayudarme.

Extendí mi ropa, mi neceser y mi manuscrito sobre la cama antes de empacar, y entonces me di cuenta de que los ladrones se habían llevado mi maleta.

Jo Jo corrió al mercado de Berwick Street y compró una de esas bolsas de fibra sintética a rayas, como las que llevan los refugiados en las noticias. Una vez empaquetado todo, discutí con Jo Jo sobre si llevar o no un abrigo conmigo. Ella me dijo que debería, pero decidí que no. En su lugar, me puse un jersey de algodón sobre los hombros. Todo el mundo dice que en Grecia hace calor en abril. Ahora mismo con estos pantalones cortos tengo las piernas muy blancas, pero para cuando vuelva, estarán gloriosamente bronceadas.

Primavera

Hotel Adelphi
Atenas
Jueves 2 de abril
9:30 a.m.

Querida Jo Jo:

Por primera vez en mi vida, no hay nadie que me desee un feliz cumpleaños. Ahora tengo veinticinco años. Lo cual es una carga para la vida de cualquiera. ¿Todavía estoy cualificado para ser llamado «joven novelista británico»? Espero que sí.

Otros participantes del curso del Instituto Faxos se mueven por el vestíbulo del hotel, charlando animadamente entre ellos. Corrí de vuelta al ascensor al verlos y subí a la terraza de la azotea, pero Angela Hacker estaba allí, fumando un cigarrillo y mirando con melancolía la Acrópolis a lo lejos. Es delgada y viste de blanco. Llevaba joyas étnicas de plata. No sé cuándo se tomó la fotografía del folleto, pero en persona aparenta al menos cuarenta y ocho años. Obviamente está pasada, sexual y artísticamente.

No te agradecí como es debido aquella tarde en la Tate. No dejo de pensar en los cuadros. Me gustaron especialmente los pintados por esa mujer portuguesa, Paula algo.

Los mejores deseos,
Adrian

Ferry
Viernes 3 de abril

Queridos mamá y papá:

Estoy escribiendo esto desde el primer ferry, que nos lleva al punto de embarque para el segundo ferry a Faxos. Angela Hacker y la mayoría de los doce miembros del grupo de escritores ya están en el bar. La mayoría de ellos fuma. Probablemente te llevarías de maravilla con ellos, mamá. Los demás viajeros, más holísticos, están mirando por la borda, tomando fotos o intercambiando recetas de aromaterapia. Prefiero estar solo. No quiero cargar con un «amigo» hecho a toda prisa y pasarme las próximas dos semanas intentando deshacerme de él o ella. Acaba de empezar a llover. Tendré que parar e ir adentro.

Con cariño de tu hijo,
Adrian

Ferry
Viernes 3 de abril
4:00 p.m.

Querida Jo Jo:

Ha llovido torrencialmente durante las tres horas de travesía. Llevo puesto mi suéter de algodón, pero aún tengo frío. Ahora desearía haber seguido tu consejo y haber traído un abrigo.

Angela Hacker se ha estado cayendo en el bar. El mar está agitado, pero creo que su falta de equilibrio se debe más a la gran cantidad de resina que se está echando al colete. Mis compañeros escritores no han parado de reír desde que subimos al ferry. Sin duda, alguna broma interna. Todavía no me he presentado a ellos.

Cabaña de Bambú Número Seis
8.00 p.m.

El viento silba entre las tablas de mi cabaña. Afuera, el cielo está gris y salpicado de nubes de tormenta. Cenamos al aire libre, bajo un «techo» de hojas de palma. Como era de esperar, la ratatouille estaba fría.

Desde aquí puedo oír toser a Angela Hacker, aunque su cabaña está al menos a doscientos metros más abajo, en la ladera rocosa.

Hubo una reunión comunitaria a las ocho, donde el personal permanente y los facilitadores se presentaron y explicaron su trabajo. La reunión se celebró en lo que aquí llaman el «Anillo Mágico», que está en la cima de la colina. El Anillo Mágico es una base de hormigón, rodeada por un muro bajo y cubierta con las típicas hojas de palma y un techo de bambú. No tiene nada de mágico.

Me preocupó mucho oír a la Sra. Hacker describir su curso como «Escribir por placer». No obtengo placer escribiendo. Escribir es algo serio, como pintar.

Hay un hombre aquí que lleva el pelo como tú. Lo vi en el promontorio, contemplando el mar. De lejos se parecía a ti. Mi corazón dio un vuelco.

Mi cabaña está al lado del gallinero. Una cabra acaba de meter la cabeza dentro de mi cabaña y un burro rebuzna en algún lugar del pinar. Si el Arca de Noé hubiera llegado a la playa, no me sorprendería.

Los mejores deseos,
Adrian

Faxos
Domingo 5 de abril

Querida Pan:

Me pediste que te contara qué tal el curso de Faxos, así que te cuento sobre el primer día.

Los escritores nos reunimos en la terraza a las 11:15 a.m. Me senté a favor del viento, lejos del humo del cigarrillo. A las 11:30 a.m., Angela Hacker aún no había aparecido, así que enviaron a un hombre llamado Clive, que tenía siete forúnculos en el cuello, a su cabaña. Finalmente, apareció al mediodía y se disculpó por haberse quedado dormida. Luego, durante una hora y quince minutos, divagó sobre «la verdad», «el impulso narrativo» y «el desarrollo de una voz original».

A la 1:15 p.m. se puso de pie de un salto y dijo: «Bueno, eso es todo por hoy. Escribid un poema que incluya la palabra “Grecia”. Estad preparados para leerlo en voz alta mañana a las 11:15». Luego se dirigió al bar Bamboo, donde pasó la mayor parte del día. Cuando terminé mi poema, entré a tomar una taza de té y la oí hablar de tu universidad en Oxford.

Le pregunté si te conocía y me dijo que te había visto en casa de Jack Cavendish varias veces, «antes de que Jack dejara a su tercera esposa», dijo.

Le dije: «¡Qué pequeño es el mundo!».

«Intenta no usar clichés, cariño», me respondió. Es una mujer extraña.

Todo lo mejor de parte de,

Adrian.

Faxos
Lunes 6 de abril

Querida Rosie:

Espero que te guste esta postal de un burro tan simpático. Su expresión un poco estúpida me recuerda a la del perro.

Te envío un poema que me vi obligado a escribir sobre Grecia. Ya es hora de que empieces a interesarte por las cuestiones culturales. La vida es mucho más que los videojuegos Nintendo.

Con cariño, de tu hermano,

Adrian

Oh Grecia, tierra antigua y culta
Me envuelves el corazón como
Una vieja goma elástica.
Tus pensionistas, con aspecto de brujas
Felices con sus ropas negras,
¿Acaso ignoran todos los servicios que les faltan?
¿Se conformarán con ver
Al burro con su carga?
¿No querrán un vehículo para
Recorrer el camino?

Faxos
Martes 7 de abril

Querido Baz:

Estoy aquí en Faxos con Angela Hacker, a quien entiendo que conoces bastante bien. Nos caímos bien enseguida y me ha invitado a quedarme en su casa de Gloucestershire cuando volvamos. Quizás pueda ir algún fin de semana, pero actualmente estoy investigando en la cocina de un restaurante en el Soho para mi próximo libro, *La picadora*, así que no podré quedarme un par de semanas, como a ella le gustaría.

La razón por la que te escribo es para decirte que espero que ya no haya resentimientos por el asunto Sharon Bott, porque es probable que pronto nos movamos en los mismos círculos y preferiría que no hubiera sentimientos de rencor entre nosotros.

¡Enhorabuena por llegar finalmente al número uno! Un saludo,
Tu viejo amigo,
Adrian Mole

Faxos
Miércoles 8 de abril

Estimado John Tydeman:

Como seguramente habrá notado por el matasellos, me encuentro en la isla griega de Faxos. Participo en un curso de escritura que imparte Angela Hacker (le manda saludos).

Nos pidió que escribiéramos la primera escena de una obra de radio, algo que nunca había intentado antes.

Pensé que le podría interesar leer lo que he escrito. Estaría encantado de terminarla si cree que tiene mérito.

Estaré de vuelta en Londres a las 3:00 p.m. del 15 de abril, por si quiere que hablemos cara a cara.

Pensándolo bien, el 16 sería más conveniente para mí. Probablemente necesite descansar después del viaje.

Así empieza la obra:

El sándwich de pepino
Obra para radio de Adrian Mole

Una habitación en una casa lujosa. Se oye un partido de tenis a través de las puertas francesas. Se sirve el té. Una cuchara tintinea en una taza.

LADY ELEANOR: ¿Un sándwich de pepino, Edwin?

EDWIN: No intentes engañarme con tus ideas burguesas de refinamiento. ¡Yo sé la verdad!

LADY ELEANOR (*jadea*): ¡No! ¡Claro que no! ¡No conoces el secreto que he guardado durante cuarenta años!

EDWIN (*con desprecio*): Sí, lo sé. La criada, Millie, me lo contó.

Suena una campana.

MILLIE: ¿Me llamaste, mamá? Perdona que te entretenga, solo estaba ayudando a cocinar el pastel del vigésimo primer cumpleaños del joven Edwin.

LADY ELEANOR: Puedes retirarte, Millie. Has revelado mi secreto.

MILLIE: ¿Qué secreto? ¡Ah! ¿El de que naciste hombre?

Continuará

No quiero influir en su opinión de ninguna manera, pero después de terminar de leer este texto, mis compañeros escritores guardaron un silencio atónito. El único comentario de Angela fue: «Deberías haber mantenido el secreto en suspenso hasta la última escena de la obra».

Me parece un buen consejo.

En fin, espero que disfrute de *El sándwich de pepino*.

Suyo,

Con los mejores deseos,

Adrian Mole

Faxos

Jueves 9 de abril

Querida Jo Jo:

El sol brilla desde hace dos días y ha convertido Faxos en un paraíso. Los colores son impresionantes: el mar es azul pavo real, la hierba es verde menta y las flores silvestres están esparcidas por la ladera como confeti viviente.

Siento que algo le ha pasado a mi cuerpo. Se siente más suelto, como si se hubiera liberado y estuviera flotando.

He estado asistiendo a talleres de interpretación de sueños a las 7:00 a.m. La facilitadora es una amable terapeuta de sueños americana llamada Clara. Le conté un sueño recurrente que tengo en el que intento recoger el último guisante de mi plato pinchándolo con un tenedor. Por más que lo intento, no logro que las puntas del tenedor se claven en la pulpa del guisante.

Durante años me he despertado frustrado y con hambre después de soñar con el guisante.

Clara me aconsejó que viera el sueño desde la perspectiva del *guisante*. Me esforcé mucho por hacerlo y, al comentarlo con Clara después, comprendí que yo, Adrian Mole, era el guisante y que el tenedor representaba la MUERTE.

Clara dijo que mi sueño con el guisante demostraba que le tengo miedo a morir.

¿Pero quién *anhela* la muerte? No conozco a nadie que esté encantado con esa perspectiva.

Clara me explicó que le tengo un miedo *morboso* a la muerte.

¿Cómo te sientes respecto a la muerte, Jo Jo?

He hecho amistad con el chico de las trenzas con cuentas como las tuyas. Su nombre es Sean Washington. Su madre es irlandesa; su padre es de San Cristóbal. Está aquí haciendo un curso de manejo del estrés, pero pasa el rato con el grupo de escritores en la terraza del bar.

Hoy nos tocó a ambos picar verduras y él y otros me felicitaron por mi destreza. Creo que me gustaría ser chef. Quizás le pregunte a Salvaje si me da una oportunidad cuando vuelva.

Angela Hacker ha prohibido a su grupo de escritores usar clichés, pero como ella no leerá esta carta, me despido diciendo:

Ojalá estuvieras aquí,

Adrian

Sábado 11 de abril

¡Mi primer fax! Iba dirigido a «Adrian Mole, Instituto Faxos», y llegó a la agencia de viajes del pueblo. Luego lo llevaron al Instituto Faxos en una furgoneta de la frutería y me lo entregó en la terraza del bar Julián, el apuesto administrador calvo. Causó sensación.

Querido Adrian:

Gracias por tus cartas. Ojalá pudiera estar allí contigo. Suena idílico.

Me alegra mucho que te sientas a gusto. Cuando te vi por primera vez en la cocina del Salvaje, pensé: este hombre está *sufriendo*. Quise tocarte y consolarte en ese mismo instante, pero por supuesto, una no hace esas cosas — no en Inglaterra.

Creo que tienes en tus manos la posibilidad de ser un hombre feliz, siempre y cuando puedas dejar atrás el pasado. ¿Por qué no intentas vivir el presente y dejar todo ese equipaje en Faxos cuando regreses?

No podía esperar a contarte que me han ofrecido una exposición compartida de «Jóvenes Contemporáneos» en septiembre. ¿Vendrás a la inauguración? Por favor, di que lo harás.

Roberto se queja de que el hombre que Salvaje ha contratado para sustituirte durante quince días está masacrando las verduras y ahora se arrepiente de haberte dejado ir de vacaciones.

Todos en «Salvajes» te mandan sus mejores deseos. Roberto pregunta si le traerás una botella de ouzo [licor anisado griego].

Te extraño.

Yo también te mando mis mejores deseos,

Jo Jo.

Instituto Faxos, Cabaña Número Seis
Faxos
Domingo 12 de abril

Querida Jo Jo:

¡Qué noticia tan fantástica la exposición! Por supuesto que iré a la inauguración. Aunque septiembre parece muy lejano. La primavera es tan maravillosa aquí. Nunca había visto colores así.

En nuestra reunión de ayer por la mañana, Angela Hacker pidió al grupo de escritores que escribieran la primera página de una novela.

Quise subir corriendo a mi cabaña de inmediato y entregarle el manuscrito completo de *¡He aquí!, las colinas planas de mi patria*, pero me contuve. Al libro solo le faltan unas pocas páginas para estar completo. ¿Por qué arruinar el barco por medio metro de alquitrán? (Desde que me prohibieron usar clichés, me encuentro usándolos todo el tiempo).

Trabajé todo el día y casi toda la noche en *¡He aquí!* Y creo que ahora el libro está terminado. Así es como termina:

Jake se levantó de su terminal de ordenador y empezó a pasearse por su estudio. Ajustó el cuadro de una mujer africana de porte distinguido que había comprado recientemente en una exposición.

Luego miró con melancolía por la ventana y observó a un niño que arrastraba un palo por el suelo.

Jake estaba desesperado por terminar *Sparg de Kronk*. Podía oír al impresor golpeando la puerta, demandando el manuscrito terminado. Su editor había sido ingresado en el hospital la noche anterior por un ataque de nervios, pero el final de su libro seguía sin aparecer.

El niño que estaba fuera de la ventana se detuvo para clavar el palo en la tierra seca del Londres azotado por la sequía.

«¡Maldita sea!», gritó Jake, y saltó a su silla de escribir de última generación y comenzó a escribir el final de su libro.

Sparg forcejeó con Krun, su padre, por el palo. Se preguntó por qué peleaban por ese palo en particular. Había muchos otros tirados por ahí.

Miró el rostro envejecido de su padre, ahora desfigurado por la ira, y pensó: ¿por qué *hacemos* esto? Soltó el palo y dejó que su padre se lo llevara.

Sparg se sentó en la tierra reseca y pensó: si tan solo existiera el *lenguaje*, no tendríamos que ser tan malditamente *físicos*.

Hundió el dedo en el polvo. Lo arrastró. En pocos minutos, había hecho marcas y símbolos.

Antes de que se pusiera el sol, había escrito la primera página de su novela. Esperaba que no lloviera durante la noche y borrara su obra.

Mañana continuaría su trabajo dentro de una cueva, pensó. ¿Cómo debería llamar a su novela? Gruñó para sí mismo y probó varios títulos. Finalmente, se decidió por uno y se apresuró a ir a la gran cueva para grabarlo en la pared antes de olvidarlo:

UN LIBRO SIN LENGUAJE

Sí, ese era. Y cogió un palo y empezó a roerle el extremo hasta afilarlo.

Jake no podía esperar a que la impresora electrónica imprimiera la página mecanografiada.

«Al fin», exclamó con júbilo, «¡He finalizado *Sparg de Kronk*!»

Por favor, dime qué te parece, Jo Jo. Realmente valoro mucho tu opinión.

Esta mañana le entregué el manuscrito terminado a Angela Hacker. Lo tomó y gimió: «¡Maldita sea! ¡Solo pedí una página!».

Luego lo metió en la bolsa de rafia azul que lleva a todas partes y continuó su conversación con Clara sobre un sueño que había tenido en el que la perseguía una cucaracha gigante.

A las 11:00 p.m., después de pasar la noche con mis amigos, cantando en la terraza del bar, regresé a mi cabaña y encontré la siguiente nota, metida debajo de la puerta:

Adrian:

He leído por encima. *¡He aquí! Las colinas planas de mi patria.*

No voy a malgastar palabras. Es una obra típica de juventud y carece de mérito alguno. *Sparg de Kronk* ya se ha contado un millón de veces, querido jovencito. Pero *Un libro sin lenguaje* —la novela de Sparg— es un concepto verdaderamente brillante.

Me gustaría que vinieras a verme cuando volvamos a Londres. Quisiera presentarte a mi agente, Sir Gordon Giles. Creo que tu originalidad le gustará.

¡Enhorabuena! Eres un escritor.

Angela Hacker

Puede que sea escritor, Jo Jo, pero no encuentro las palabras para expresar mi felicidad.

Mi avión llega a Gatwick el miércoles a las 3:00 p.m.

Con cariño de,

Adrian

Martes 14 de abril

Angela Hacker anunció esta mañana que la última reunión del grupo de escritores se celebraría en la «Playa del Trasero Desnudo». Se me encogió el pene al pensarlo. Nunca antes había aparecido desnudo en público. La «Playa del Trasero Desnudo» es el lugar donde se divierten los extrovertidos y seguros de sí mismos. Yo no soy ninguna de las dos cosas. Sin embargo, después de tres copas de retsina a la hora del almuerzo, me encontré deslizándome sobre las rocas, dirigiéndome a la playa nudista.

Me asombró el azul intenso del mar. Las rocas brillaban rosadas mientras tropezaba hacia la playa, que era del color de las natillas. Me pareció lo más natural del mundo quitarme los pantalones cortos y abrazar la arena. Durante doce largos años me he preocupado por el tamaño de mi pene. Ahora, por fin, al mirar a mis compañeros escritores, pude ver que estoy hecho como los demás hombres. Me encontraba fácilmente dentro del rango «normal».

A las seis y media de la tarde me di la vuelta y me expuse al sol. No pasó nada terrible.

No hubo ningún rayo. Ni hombres ni mujeres huyeron despavoridos, gritando horrorizados al verme completamente desnudo frontalmente.

Entré en el mar y nadé hacia la puesta de sol roja como la sangre. Me dejé llevar por la corriente flotando a la deriva. Ya casi era de noche cuando regresé a la playa. No usé la toalla. Dejé que el agua se secara sobre mi cuerpo.

Regresé al Instituto a la pálida luz de la luna. Tomé un atajo a través del bosque. El suelo estaba cubierto de hojas de pino, cada paso era un delicioso y crujiente aroma.

Caminé con el agua hasta los tobillos por un claro de hierba suave y flores silvestres. Entonces olí a madreselva y sentí una brizna rozar mi rostro. Llegué al cabo y me detuve un momento, contemplando el Instituto. La puerta de la cocina estaba abierta. De ella salía una luz brillante, risas y el delicioso aroma de la carne a la parrilla.

Miércoles 15 de abril

10.00 p.m.

Vi a Jo Jo esperando tras la barrera. Tiré todo mi equipaje y corrí hacia ella.

Mole cocina su ganso

(1993)

No sé por qué, pero de repente me he convertido en el tipo de persona a la que invitan a pasar la Navidad en casa. Varias familias me han ofrecido una cama libre y un sitio en la festiva mesa. No destaco precisamente por mi carácter extremadamente extrovertido, no he intentado contar un chiste desde los 13, así que, que ahora sea visto como un activo para las celebraciones navideñas de alguien es un misterio para mí.

¿Tendrá que ver con el hecho de que ahora soy un cocinero profesional? En Salvajes, el restaurante donde trabajo, no tienen pavo en su menú navideño. Salvaje, el dueño, tuvo una mala experiencia con un pavo de 9 kilos en un campo de Norfolk.

No quiso entrar en detalles, pero me dijo: «Por lo que a mí respecta, nunca matarán suficientes de esos feos buitres emplumados». Sin embargo, se niega a tener uno en su propiedad, vivo o muerto. Así que todavía no he cocinado un pavo ni ningún otro tipo de ave navideña.

He reducido mi lista de invitaciones y me he quedado con una lista corta de tres:

1. Pandora en Oxford
2. Mi madre en Leicester
3. La madre de mi prometida Jo-Jo en Nigeria.

A regañadientes, Jo-Jo y yo decidimos descartar Nigeria. Solo tenemos cuatro días libres y Nigeria nos parece un viaje demasiado largo solo para regalarle a la madre de Jo-Jo una bufanda de lana de cordero y una cesta llena de productos de cuidado facial de Body Shop. Consideramos visitar a Pandora y a su antiguo amante, el profesor Jack Cavendish, que celebran una jornada de puertas abiertas el día de Navidad. Pero le comenté a Jo-Jo que, si bien Pandora siempre había sido generosa con el alcohol, no lo era tanto con la comida.

Tendríamos suerte si consiguiéramos algo más que un tazón de Twiglets y unas pocas olivas. Jo-Jo es una mujer alta y tiene un apetito voraz. Llamé a mi madre anoche. Empezó a entrar en pánico y dijo: «¡Dios mío! ¿Qué comen los nigerianos? ¿Maíz?». Le indiqué que Jo-Jo estaría encantada de comer una rebanada de pastel de cerdo Melton y un trozo de queso Red Leicester. Esto la tranquilizó un poco. Luego me preguntó si Jo-Jo y yo dormiríamos juntos. Le respondí:

«No es asunto tuyo, madre». Mi madre espetó: «En realidad, sí es asunto mío. Necesito saber cuántas camas hay que preparar. Y si no dormís juntos, eso significa que tu padre tendrá que sacar el colchón de camping del cobertizo e inflarlo y yo tendré que salir a comprar un edredón individual». Siguió hablando en un tono similar durante un buen rato. Finalmente, pensando en mi factura del teléfono, la interrumpí confesándole que Jo-Jo y yo éramos amantes y que nuestra contribución a las fiestas navideñas sería llevar un ganso. «¡Un ganso!», chilló mi madre.

«¿Qué demonios se supone que debo hacer con un ganso?» No necesitaba que me lo recordaran, pero continuó diciendo que nunca había cocinado un pavo con éxito. O se le olvidaba descongelarlo, o se le quemaba, o dejaba las menudencias dentro de la bolsa de plástico. Le aseguré que el ganso era la cosa más simple del mundo de cocinar, o al menos eso había leído. Mi madre dijo: «Bueno, entonces tú cocinas a la criatura», y colgó el teléfono.

Jo-Jo, que había estado escuchando la conversación, dijo: «Me pareció que tu madre sonaba muy vivaz». Le respondí: «Jo-Jo, no te dejes engañar por su vivacidad. Es una neurótica total y se hace pedazos en Navidad. Tuvieron que echarla de Marks & Spencer los guardias de seguridad una Nochebuena. La empujaron por las puertas cuando cerraban a las cinco de la tarde y corrió como un pavo sin cabeza, agarrando calcetines, calzoncillos y cajas de popurrí».

«Fue uno de los peores momentos de mi vida», dije, recordando en mi mente a mi madre, con lágrimas en los ojos, mientras la conducían con amabilidad pero con firmeza hacia la puerta de salida, y le arrebataban la cesta de alambre de sus ávidas manos. «¿Es por eso que haces las compras navideñas en agosto?», preguntó Jo-Jo.

«Sí», respondí. Luego me puse mi abrigo y salí a buscar el ganso. Dejamos Londres a las cinco de la mañana del día de Navidad. Jo-Jo conducía por la M1 como una mujer perseguida por demonios. Yo iba sentado en el asiento trasero con el ganso desplumado. Tanto el ganso como yo llevábamos puesto el cinturón de seguridad.

Llegamos a la casa de mis padres en Leicester a las 7:32 de la mañana. No había luces encendidas y mi padre, tras diez minutos de golpes, abrió la puerta. Iba descalzo con una camiseta rota en el cuello y unos calzoncillos. No estaba afeitado y su pelo parecía un cepillo de baño revuelto. No era una presencia impresionante. Le presenté a Jo-Jo. La miró con asombro y nos invitó a pasar.

«Tu madre no se acostó hasta las cinco de la mañana», dijo. «Estuvo envolviendo regalos a las dos, limpiando la casa a las tres, y preparando pasteles de carne picada a las cuatro». «Eso explica el olor a quemado», dije. «Sí», respondió, bostezando y mostrando varias caries grandes en los dientes. «Bajé las escaleras y encontré a la pobre vaca dormida con la cabeza sobre el pastel de Navidad medio glaseado».

Miré por la ventana del salón hacia el jardín trasero y vi una bandada de pájaros en el césped, comiendo lo que parecían los restos de los pasteles de carne picada quemados. Jo-Jo miró con curiosidad alrededor de la habitación. Un desaliñado árbol de Navidad se alzaba en un rincón, decorado con alambre de plástico verde, del que colgaban luces con forma de faroles.

Una mezcla heterogénea de adornos colgaba desordenadamente de las delgadas ramas. Intenté ajustar el hada de la parte superior, que se balanceaba peligrosamente hacia la izquierda, pero al hacerlo, una lluvia de agujas de pino cayó del árbol y se enredó en la alfombra de pelo largo. Guirnaldas de papel colgaban en diagonal del techo, pero dos habían perdido sus chinchetas y se balanceaban peligrosamente cerca de la estufa de gas.

Salí al coche y regresé con el ganso. Mi padre dijo: «¡Qué buena pechuga!», y lo acarició con admiración, luego subió a despertar a mi madre y a mi hermana Rosie. Llevé el ganso a la cocina y comencé a prepararlo para el horno. Había preparado el relleno de ciruelas pasas y manzana la noche anterior; tardé solo unos instantes en rellenar las cavidades y cerrarlas.

Mi madre bajó las escaleras con su vieja bata de felpa. Le señalé que le faltaba el cinturón.

Tosió sobre su cigarrillo y dijo: «Lo usé como correa provisional, pero el perro saltó la verja y volvió sin él». Miré al perro, que estaba tumbado bajo la mesa de la cocina.

No parecía capaz de moverse, y mucho menos de tener la agilidad requerida para saltar por encima de nuestra verja. Mi madre dijo: «Espero que tu padre me haya comprado uno nuevo». «¿Un perro nuevo?», grité.

«¡No, una bata nueva, idiota!», dijo. La llevé al salón y le presenté a Jo-Jo, que estaba ajustando las cadenas de papel sin la ayuda de una escalera. Jo-Jo besó a mi madre y mi madre le devolvió el beso, y enseguida me di cuenta de que mi madre había cautivado a otra de mis amigas. Entonces mi madre anunció que Bert Baxter había sido invitado a pasar el día. ¿Tendría que recogerlo y llevarlo en silla de ruedas a nuestra casa? ¡Estaba horrorizado!

¿Nunca me libraría de ese viejo sucio y malhablado? Me quedé callado, pero decidí no tener nada que ver con sus asquerosas uñas de los pies. Si el gobierno no puede cortárselas, que así sea. Sus garras amarillas desde luego no son mi responsabilidad. Mi madre no recibió su bata nueva. Mi padre le había comprado tres delantales y un batidor de mano. Ella dijo: «Gracias, George», y sonrió, pero tenía una mirada asesina.

Me puse uno de sus delantales y fui a rociar el ganso. Parecía que había bastante grasa en la sartén. Cuando volví al salón, encontré a Jo-Jo y a mi madre riéndose del regalo que le había comprado a Jo-Jo: un corpiño de satén turquesa. «¿No te gusta?», pregunté. Jo-Jo respondió: «Mido 1,80 m y mis medidas son 102-71-97. Este corpiño me queda tres tallas pequeño».

«Nunca aciertan», dijo mi madre con amargura mientras desenvolvía un par de bragas extragrandes que le había regalado mi padre. A las diez, salí de casa a regañadientes y fui a recoger a Bert Baxter. Estaba sentado junto a la ventana, con su gorra puesta, esperándome. Aparte de una ramita de acebo de plástico sobre la fotografía de Queenie, su difunta esposa, no había nada en su casa que indicara que era Navidad.

Su sala de estar parecía Siberia. Le pregunté: «¿Por qué no has encendido la estufa de gas?». Baxter gritó: «¡No soy un flipado millonario! No puedo comer y a la vez mantenerme caliente». Al doblar la esquina de nuestra calle, vi un Volvo familiar grande que se detuvo frente a nuestra casa y a Pandora y a su amante, Jack Cavendish, bajar del coche. Seguidos de Ivan y Tania Braithwaite.

La puerta principal se abrió y mi madre, ahora vestida con un vestido negro corto y con el regalo de Rosie, un par de astas de reno, en la cabeza, los recibió con gritos de alegría. Al parecer, Pandora había cancelado su «en casa» y en su lugar había ido a casa de sus padres por Navidad. Sin embargo, la luz de los Braithwaite se había cortado y se habían puesto a merced de mi madre. Después de los saludos y de que se abriera el champán de Pandora, Bert me dio un regalo.

Era un cortaúñas. «Si no te importa, muchacho», dijo, agachándose para quitarse los calcetines malolientes. Cuando completé la horrible tarea y tiré los trozos, fui a echar un vistazo al ganso. ¿Daría para diez? Estaba encogiéndose a un ritmo alarmante. La sartén estaba ahora llena de grasa.

Estaba a punto de tirarlo cuando me llamaron al salón para ver una demostración de la nueva muñeca de Rosie orinando y defecando. Me dio asco, y lo dije. Pandora dijo con tono arrastrado: «Al menos Rosie no se convertirá en una retentiva anal, como tú». Me retiré a la cocina y preparé las chocolatas, las patatas asadas, las zanahorias, la col lombarda al horno, los guisantes, los tirabeques, las coles de Bruselas y la salsa de pan.

Colé el líquido de las menudencias, anuncié que el almuerzo estaría listo en tres cuartos de hora, y les pedí a mis padres que buscaran la extensión de la mesa. Le pedí a mi padre que encendiera el fuego. «No puedo», dijo borracho. «Esa chimenea echa más humo que yo». Todos rieron. «Me da igual», dije.

«Estoy determinado a tener una chimenea navideña como las de Dickens, por una vez en mi vida». A las dos menos cinco, me dio un ataque de pánico. ¿Cómo iba a lograr cocinar todo a tiempo, mantenerlo caliente y calentar las fuentes y los diez platos en el patético horno de mi madre?

Su equipamiento era lamentable: tres cacerolas, una lechera quemada y un colador, era todo lo que tenía en mis manos. Estaba a punto de revisar el ganso y escurrirle un poco de grasa cuando me llamaron al salón para escuchar al profesor Cavendish recitando *Cuento de Navidad* de Dickens.

El humo salía a borbotones de la chimenea y su recitado pareció durar horas, pero finalmente llegó el final:

«Hubo una pausa contenida mientras la Sra. Cratchit, mirando lentamente el cuchillo de trincar, se preparaba para clavarlo en la pechuga; pero cuando lo hizo y el tan esperado chorro de relleno brotó, un murmullo de alegría se extendió por toda la mesa, e incluso Tiny Tim golpeó la mesa con el mango de su cuchillo y exclamó débilmente: “¡Hurra!”. Jamás hubo un ganso igual».

Tampoco habíamos visto un ganso así en casa. Volví a la cocina y encontré humo y llamas lamiendo la puerta del horno. Logré cerrar el gas y bajar unas toallas mojadas de arriba para cubrir la parte delantera del horno.

Entonces ordené a todos que salieran de la casa y llamé a la brigada de bomberos. Para cuando llegaron, las llamas ya se habían apagado. Así que era seguro volver a entrar y evaluar los daños. Mi madre aún llevaba los cuernos de reno en la cabeza. «No está tan mal», dijo, mirando a su alrededor. Luego resbaló con un poco de grasa de ganso en el suelo y me tiró al suelo con ella. Supongo que si tienes que ir a urgencias de un hospital con una pierna rota, el día de Navidad es el mejor día para hacerlo.

Las enfermeras llevaban sombreros ridículos, así que los cuernos de reno de mi madre apenas llamaron la atención. A las 5:30 p.m. me llevaron en silla de ruedas a la sala de ortopedia. A las 7:30 p.m. les rogué a mis visitas que dejaran de reírse y me dejaran en paz. Al llegar a las puertas dobles al final de la sala, me arrepentí. «¡Dios os bendiga a todos!», grité, agitando una muleta hacia ellos. Luego, preocupado de que no me hubieran oído, grité de nuevo: «¡Dios os bendiga a todos!».

Mayo 2026